
3 1761 08695692 7





LO QUE SÉ POR MÍ

EL CABALLERO AUDAZ

LO QUE SÉ POR MÍ

CONFESIONES DEL SIGLO



OCTAVA SERIE

MADRID
V. H. Sanz Calleja.-Editores e Impresores.
Casa central: Montera, 31.—Talleres: Ronda de Atocha, 23.
TELEFONO 17-88

Imprenta, Litografía y Encuadernación
V. H. DE SANZ CALLEJA
Casa central: Montera, 31
Talleres: Ronda de Atocha, 23
Teléfono 17-88.—Madrid

PABLO IGLESIAS



Irene López Heredia.



Salvador Rueda.



Marqués de Villaviciosa de Asturias.



Pablo Iglesias.



Marqués de Cabriñana.



«La Argentina.»



Felipe Sassone.



Amalia de Isaura.



Sofía Casanova.



Antonio Casero.



Pedro Muñoz Seca.



María Ladrón de Guevara.



Alfonso Costa.



Carmen Jiménez.



Adela Carbone.



José Rodríguez Carracido.



Tito Schipa.



Titta Ruffo.

PABLO IGLESIAS

Por mucho que me esfuerce, no conseguiré daros una impresión justa, exacta, del despachito pequeño, desordenado y modesto, en donde, durante unos instantes, esperamos al viejo jefe del partido socialista. Es la habitación de un estudiante aplicado que gusta rodearse de viejos libros de lance. Toda la pared frontal está repleta de volúmenes, y también los hay sobre la mesa y en montones alrededor del sillón... La habitación del fondo es la alcoba, y en la obscuridad, blanquea la alba colcha de *crochet* que cubre el lecho. La luz se recibe por un balcón que cae sobre la calle de Ferraz, y desde el cual se contempla el recreo de Magic-Park, desolado en los días de hielo, y más allá, un pedazo del paseo de Rosales, también triste y solitario, porque la tarde muere envuelta en el sudario gris de la niebla.

Al lado del balcón, una vieja butacona de mimbre, blandamente preparada con su

almohadón forrado de seda, nos habla de los muchos ratos que pasará *el abuelo* refugiado en sus brazos, rememorando los días de fervientes luchas o entregado a la lectura de sus libros amigos. A mí, esta modestia, casi esta pobreza con que vive el jefe de los socialistas españoles, me produce una tierna emoción.

Aparte de sus sentimientos políticos, que no compartirá el que no quiera, todos tenemos que estar de acuerdo en que la figura recia, austera, redentora y romántica de Pablo Iglesias es sublime. Una condescendencia suya, una blandura, hubiese cambiado su pobre vivienda fría en confortable hogar. Una claudicación momentánea le hubiera colmado de honores y riquezas, y, sin embargo, nada le hizo vacilar; envejeció sin apartarse un instante del camino emprendido, sin separarse de sus ideales, sin renunciar a su pobreza.

Seguramente ahora, sentado en esta butaca, recibiendo el calor de un brasero, al enterarse de las continuas y vergonzosas claudicaciones de esos hombres que se llaman políticos—no aludo a Cambó ni a Melquiades—, hará un gesto de asco y se sentirá muy superior al medio moral que le rodea.

Fueron unos segundos de espera; en seguida apareció la figura apostólica, venerable y sugestiva de Pablo Iglesias. Ya no es el Pablo Iglesias de otros tiempos: aquel que ante la injusticia se erguía

amenazador, enseñaba los dientes, apretaba los puños, fascinaba con sus ojos de acero y rugía como un león. La edad y las dolencias han puesto grilletes a su espíritu y a sus entusiasmos. Solamente sus ojos claros continúan jóvenes y brillan intensamente al rememorar el pasado. Viste con pulcritud: una camisa de dormir, un traje claro y un pañuelo de seda cruzado al cuello; su cabeza está enhiesta, con gorra. Lentamente me saluda y me invita a tomar asiento ante su mesa de trabajo; después él se deja caer sobre la butacona de mimbre.

—Estoy muy enfermo—me dice con lentitud y amargura.

—Pues por las apariencias, nadie lo adivinaría.

—Sí, sí; en estos días he mejorado algo; pero, sin embargo, no consigo que mi mal rompa el cerco con que me oprime.

—Pero ¿qué tiene usted?

—No lo sé; vejez, agotamiento, debilidad; me ahogo en cuanto hago el menor esfuerzo.

—Entonces ¿no va usted a la Casa del Pueblo?

—No puedo; si no salgo de casa nada más que para dar un paseíto por Rosales, cuando el día se presta a ello.

—Y por el Congreso, ¿cuánto tiempo hace que no va usted?

—Mucho. Cuando se discutían los sucesos de agosto estuve un día y me ahogaba.

Volví a casa malo y me costó unos cuantos días de cama. No puedo, no puedo.

Y el recio caudillo socialista decía estas palabras transido de amargura.

—Pues yo deseaba celebrar con usted una interviú.

—Me agrada por charlar un rato con usted; pero me contraría por tener que hablar de mí.

Hice un gesto para desvanecer sus últimas palabras; pero él, sinceramente, las afirmó.

—Se lo digo a usted de verdad; a mí me molesta extraordinariamente hablar de mi vida y de mí. Creo, y me parece que no estoy equivocado, que a nadie importa nada el hombre, sino su obra.

—No estoy conforme, don Pablo; el hombre interesa si su obra es interesante.

—Yo solo no tengo ninguna obra. Lo digo de verdad. Mi partido es el esfuerzo de muchas voluntades. Todos contribuímos por igual.

Hablaba lentamente, con cansancio.

—¡Este pícaro ahogo!—lamentó.

—¿Le molesta a usted hablar?

—Un poco; pero no se apure usted; llegaremos hasta donde se pueda... Estoy condenado al silencio y la quietud.

—¿Quiere usted que hablemos de sus principios?

—Con mucho gusto. Esos son sencillos.

—De pequeño, ¿se crió usted con holgura?

—¡Quiá, no! Con hambre, con mucha hambre. Mi padre era proletario en Ferrol.

—¿Allí nació usted?

—Sí, allí; allí vivimos penosamente con el jornal de mi padre. Pero un día murió, y mi pobre madre se encontró en la calle agobiada por el dolor, desamparada y con dos hijos, el mayor yo, de nueve o diez años.

Hizo una pausa para respirar largamente, y después me preguntó:

—¿Usted vió alguna vez sufrir a su madre?

—Sí—murmuré entristecido.

—¿Verdad que es el dolor más grande del espíritu?

—En efecto—asentí.

—Y yo, con mis diez años, ¿cómo iba a remediar sus males? Recordó entonces mi madre que aquí, en Madrid, en casa de Altamira, estaba colocado un tío suyo; pero como la pobre no había tenido la precaución de cultivar este parentesco, llegamos a Madrid en su busca y nos encontramos con que el allegado había muerto. Y en este Madrid, tan grande y tan bullicioso para los que llegan de provincias, nos encontramos los tres, desolados, sin un pedazo de pan que llevarnos a la boca y sin una casa en donde refugiarnos.

—¿Y qué tuvieron ustedes que hacer?

—Los hijos ingresamos en el Hospicio, y la madre tuvo que ponerse a servir.

—¿Guarda usted buen recuerdo del Hospicio?

—Regular. Allí aprendí el oficio de tipógrafo y allí me pegaron injustamente por ser bueno.

—¿Cómo por ser bueno?

—Verá usted. Yo era aplicado, sumiso, puntual y trabajador. Era lo que se llama un chico bueno; en mi oficio se podía salir a la calle; pero yo no usaba este privilegio más que cuando era preciso. Llegó la Nochebuena; tenía hambre de ver a mi madre, y en una de mis salidas corrí en su busca; no supe separarme de ella en toda la noche. A la mañana siguiente, cuando volví al Hospicio, el regente, que era un hombre de corazón muy duro, me cuadró delante de él y me dijo: "Oye, granujilla, en dónde has pasado la noche?" "Con mi madre—le dije—, perdóneme usted; tenía muchas ganas de verla y me daba pena dejarla sola en una noche tan señalada." Y aquel hombre, que, repito, tenía corazón de tigre, me pegó despiadadamente. No soy rencoroso y todavía siento rabia al pensar en ello; siento el ultraje de las bofetadas como si me las estuvieran dando ahora mismo.

Y el viejo león se agitaba nervioso por el recuerdo y angustiado por la disnea.

—¿No le han vuelto a usted a pegar?

—Me prometí entonces no dejar a ningún hombre que me pusiera la mano encima, y... hasta ahora no se ha repetido el

caso, y... ya es demasiado tarde. Bueno, pues sin ningún requisito, sin despedirme de nadie, abandoné aquel mismo día el Hospicio y empecé a rodar por las imprentas.

—¿Y le iba a usted bien?

—En unas bien y en otras mal. Mi afán en el oficio era ganar un poquito y, sobre todo, aprenderlo bien. Yo me tropecé con un impresor, Julián Peña, que me estrujó todo lo que pudo.

—¿Y le guarda usted rencor?

—No; si yo no sé odiar; se me olvidan en seguida las ofensas. La prueba es que siendo ya jefe del partido tuve la vida de este hombre en mis manos y lo salvé.

—¿Ganaba usted mucho en el oficio?

—Sí, señor, porque era algo largo—que se dice—, y cuando logré libertarme de Peña trabajaba a destajo, aquí en casa de Rivadeneyra y en *La Iberia*.

—¿Y cuánto ganaba usted?—insistí.

—Me sacaba un jornal decoroso para aquellos tiempos: alrededor de los treinta reales; pero hacía un gran esfuerzo para conseguirlo.

—¿Y cuáles eran sus vicios y aficiones de entonces?

—Ninguno; yo no he entrado todavía en una taberna a beber ni a jugar; lo único que me gustaba con locura era el teatro; tanto es, que tuve pensamientos de hacerme cómico. Iba siempre que podía, y era en lo único que gastaba algún cuarto.

—Y su hermano, ¿continuó en el Hospicio?

—No, señor; antes del año de mi fuga le saqué yo.

—Ahora hablemos de sus primeros pasos en el socialismo.

—Esos fueron bien seguros y públicos. El año 69, cuando se formó la Internacional, ingresé en ella y formé con todos los compañeros el partido. De entonces acá, ¡cuántas luchas, cuántas inquietudes, cuántos peligros, cuántos sufrimientos he soportado! Muchos; no me explico cómo vivo; pero lo doy todo por bien empleado al ver el vigor de nuestro partido.

—¿Habrá usted pasado muchas vicisitudes?

—Figúrese usted. Todas las cosas miserables las he conocido y he vivido; estuve en el Hospicio, en el hospital y en la cárcel. Tengo sesenta años; a los quince empecé a luchar, y no lo he dejado hasta la fecha. Yo he sufrido y he trabajado intensamente. Ahí, amigo *Audaz,* en donde está usted, me he sentado infinitas noches a escribir, y cuando he querido recordar me acompañaba la luz del día. ¡Así estoy!

Fué un suspiro justificado por el ahogo, que cada vez se acentuaba más.

—Y en su vida íntima, ¿ha sido usted feliz?

—Perfectamente feliz.

—¿Es usted casado?

—¡Oh, no!—rechazó—. Tengo una com-

pañera desde hace muchos años, y nos queremos mucho y bien.

—¿Cuál es la aspiración suprema que tiene usted?

—Para mí particularmente, nada. Yo, viejo y enfermo, ¿qué voy a desear? Que los ideales de mi partido avancen, que prosperen nuestras iniciativas y que consigamos hacer una Humanidad mejor.

—¿Cuál ha sido el día más feliz de su vida?

Meditó, y, moviendo la cabeza, exclamó:

—¡Oh! Son muchos los días, y eso es difícil. Recuerdo que en el Congreso los demás diputados han solido decirme: "Pero ¿qué vida es la de usted? ¿Qué goces disfruta?" Yo me he sonreído; porque aquí en donde me ve usted, yo soy uno de los hombres que ha tenido más momentos dichosos en la vida. ¿Le parece a usted poca felicidad sentir el entrañable cariño que me profesan los compañeros? Pues qué, ¿he gozado yo poco cuando he salido de propaganda por provincias y hasta en los sitios desconocidos me encontré siempre con hermanos? ¿Qué saben de estas cosas los que creen que la felicidad se halla en alimentar un vicio repugnante? Es preciso experimentar estas sensaciones para apreciar en toda su intensidad el placer indescriptible que proporcionan.

—¿Y sufrir?

—Sufrir, he sufrido mucho; ya se lo he dicho.

—¿Cuántas veces estuvo usted en la cárcel?

Sonrió.

—Nueve o diez, ¡qué sé yo! Aquí estuve en el Saladero dos o tres veces. ¡Cárceles horribles! ¡La cárcel de Málaga es espantosa! Con decirle a usted que en diciembre le levantan a uno en vilo las chinches, ya está dicho todo. Yo pasé en esta maldita cárcel dos Nochebuenas, y no podré olvidarlo nunca.

—Y en peligro de muerte, ¿ha estado usted alguna vez?

—No creo haberlo corrido; en 1909 trataron de asustarme diciéndome que me iban a fusilar. Claro que no lo consiguieron; era inocente querer asustar con la muerte a un hombre como yo, que hubiese dado la vida con gusto por el triunfo de sus ideales.

Al decir esto, le dió un golpe de tos. Su rostro se puso violáceo. No podía respirar. Acudimos, solícitos, en su auxilio. El venerado abuelo se ahogaba..., se ahogaba... Al fin, pasó la tos y quedó el maldito ataque de asma. No podía hablar. Trabajosamente, haciendo un gran esfuerzo, balbució, deplorándolo:

—¡Ya ve usted!... ¡No puedo!... ¡No puedo!... ¡Me ahogo! Otro día...

—Sí, don Pablo; no se moleste usted; otro día, cuando ya se sienta usted fuerte, continuaremos y me hablará usted de política general y me contará usted cosas

muy interesantes de su vida. ¡Ahora, no quiero molestarle más; a cuidarse mucho y a ponerse bien!

—¡Sí, sí!—murmuró angustiosa y amargamente el viejo caudillo de los ojos de tigre, dientes de león y barbas de santo—. Me parece muy difícil ponerme bien y seguir viviendo...

MARIA FERNANDA
LADRON DE GUEVARA

MARIA FERNANDA

LADRON DE GUEVARA

—¡María Fernanda!

—*Caballero Audaz.*

—Hemos sido puntuales.

—En efecto; los dos hemos llegado al centro del paseo a las doce en punto.

—¿Dispone usted de mucho tiempo para que hablemos?

—Regular. A la una y media tengo ensayo.

Hice un gesto de contrariedad. Ella agregó:

—¡Si no tengo tiempo ni de vivir!

—¿Ni de hablar con el novio?

Hizo un delicioso mohín de sorpresa:

—¡Oh, no!

Y después, sin poner demasiado calor en la negativa, agregó:

—Yo no tengo novio.

—¿De verdad?

—De verdad — aseguró formalmente —. Es más: no lo he tenido nunca.

—No me lo explico.

—Yo sí; porque en mi imaginación no deja ningún espacio sin ocupar el arte —dijo María, con un matiz de ingenua alegría en la voz.

Hubiera deseado ser más expansiva, decir más; pero todavía no habíase establecido corriente de confianza entre nuestros espíritus, y prefirió esperar una nueva pregunta, mientras que acariciaba todo con sus magníficos ojos soñadores.

Es María Fernanda Ladrón de Guevara una chiquilla de portentosa belleza. Alta, armónica, distinguida, piel blanca translúcida de rosa, cabellos obscuros inmensos, ojos dorados, larguísimas pestañas, boca pequeña y encendida y manos marfileñas de santita. Mirándola tan niña, tan ingenua, tan sinceramente candorosa, nadie es capaz de adivinar que ésta sea la artista joven de moda en los escenarios de Madrid. Parece una honesta marquesita que todavía está matriculada en el colegio de "Las damas negras". Su mayor encanto es el candor: un candor celestial que comienza en su mirada, dulce, apacible e interrogadora, y continúa en su voz, musical e infantil—voz de deliciosas tremuleces—. En el curso de la conversación, a cada momento, se siente invadida por una elegante cortedad imperceptible y temblorosa; entonces, encendida, calla, entre nubes de rubor.

Aquella mañana vestía un largo y elegante abrigo con cuello de piel. Después

de presentarme a su mamá comenzamos a buscar sitio decorativo para hacer las fotografías.

El Paseo del Prado estaba invadido por un centenar de amas de cría y de soldados. Los chicos jugaban y lloraban. Era un día gris, humoso.

Abandonamos el salón y llegamos hasta el jardín del obelisco del Dos de Mayo.

—Este es un lugar muy a propósito—exclamó María Fernanda con júbilo, y se dispuso a *posar* sentada en un banco, después de pie, por último mirándose las manos con incitante coquetería. Cuando hubo terminado el fotógrafo comenzamos nuestro diálogo.

—Cuénteme usted cosas, María—la invité yo.

La artista sonrió, haciendo un gesto de impotencia:

—No se me ocurre nada; ya le decía a usted en mi carta que yo era la artista menos interviuvable que había. Mi vida se desliza monótona, con las solas emociones de los estrenos; mi carrera es muy sencilla e igual desde el día que empecé. Mi vida íntima es bien sosa: acompañada siempre de mi madrecita atravieso la calle y la vida para ir de casa al teatro, y del teatro a casa. ¿Qué le puedo yo a usted contar que le interese? Absolutamente nada. Segura estoy de que ya, en este momento, está usted arrepentido de haber tenido conmigo la deferencia de querer lle-

var mi espíritu a las páginas de su libro, ¿no?

Yo protesté sinceramente ante su larga mirada, que intentaba auscultar mi espíritu.

—¡Por Dios, María! Un pobre concepto tiene usted de mis aptitudes de escritor al suponer que, con una interlocutora como usted, no seré capaz de hacer una interviú interesante.

Rió incrédula. Yo proseguí:

—Lo que le pasa en este momento es que su espíritu está algo cohibido ante mí: le falta confianza, naturalidad.

—¡Oh, no! Nada de eso.

—Sí, señorita. Yo también, hablando con usted, experimento una gran timidez.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Ante una mujer muy bella siempre se está tímido. Además, usted teme que yo no la trate muy bien.

—¡Eso sí que no! Respecto a ese punto estoy muy tranquila.

—¿Y eso?—inquirí.

—Pseh—labió largamente, mostrando sus dientecitos de alabastro—. ¡Qué sé yo! Mire usted: yo jamás he accedido a celebrar interviús; en América un periodista se disgustó por mi obstinada negativa; y, sin embargo, ahora, por tratarse de usted, he hecho una excepción. Esto le prueba que no experimento la menor inquietud.

—Hace usted bien, porque yo siempre tengo elogios para las damas.

—Entonces confío en su bondad.

—¿Qué edad tiene usted, Marujita?

—Veintidós años.

—Y de esos bonitos veintidós años, ¿cuál ha sido el más feliz?

—¿Qué sé yo? Es posible que todavía lo esté esperando. Días muy dichosos sí los he tenido, pero, ¡el más feliz!... Hay que esperar que yo me encuentre en plena posesión de la vida.

—¿Tiene usted gran vocación por el arte?

—Inmensa. En este momento, que toda mi ilusión la tengo puesta en el escenario, no tengo necesidad de ocuparme de nada más; por eso...

Sonrió tímida.

—Prosiga usted—la invité.

—Por eso le dije a usted que no tenía tiempo de enamorarme.

—¿Es usted coqueta?

Me miró sorprendida:

—Sí; elegantemente coqueta. Un poquitín: me gusta alentar algo las ilusiones. Me parece demasiado cruel, y muy poco femenino, desdeñar rotundamente a los admiradores.

—¿Recibe usted muchas apasionadas cartas de enamorados?

—Según las obras que interpreto; esto demuestra que ustedes, los hombres, no responden más que a la impresión del momento.

—¿Con qué obra recibía usted más cartas?

—Con *Veletas*. Era una cosa enorme. Hacía yo un papel muy gracioso, y llovían los enamorados circunstanciales.

—¿En qué obra obtuvo usted mayor éxito?

—En *Mamá* gusté muchísimo, y ya empezaron a confiarme papelitos.

—¿No ha trabajado...

Sin dejarme terminar repuso:

—Solamente con doña María y don Fernando.

—¿Para su gusto, serán los mejores artistas?

—Figúrese usted. Los quiero mucho, y ya estoy allí como en familia. En varias ocasiones me han hecho tentadoras proposiciones para trabajar en otro teatro y, la verdad, no me he decidido. El mismo Vilches quiso contratarme de primera actriz; no acepté; prefiero la Princesa a todo.

—¿Qué obra interpreta usted más a gusto?

—*La Inmaculada de los Dolores*. No sé si aquí la pondremos en esta temporada.

—¿Es usted miedosa en escena?

—En escena, no; pero, antes de salir a ella, mucho.

—¿Qué género le gusta más?

—La alta comedia: el repertorio de Linares Rivas y Benavente.

—¿Nunca protestó el público estando usted en escena?

—Jamás. ¡Oh! Y yo creo que, si de mí protestase el público, me caía redonda al suelo.

—¿Qué aspiración suprema tiene usted para el porvenir?

—Sin gran impaciencia, acaricio la idea de formar un hogar.

—¿Pero sin novio?

—¡Ya lo tendré!

—Entonces, ¿usted jamás piensa hacer ninguna locura?

—¿Cómo una locura?

—Una locura propia de una artista: enamorarse, escaparse con el novio y casarse después.

—¡No, no! ¡Qué horror!

—¿Usted se cree bonita o fea?

—Sería tonto que le dijera a usted que me considero fea. No; yo sé muy bien que, si fuera fea, no podría ser la dama joven de la Princesa. Soy una chica regular. Podía ser más fea y más bonita, ¿verdad?

—¡Qué sé yo!—dudé sinceramente—. Sería difícil mejorar sus ojos. A propósito, ¿de qué color son sus ojos?

—Según la luz y la hora del día.

—¿Qué es lo más bonito que tiene usted?

Bajó los ojos con fingido rubor:

—¡Qué sé yo!

—Sí lo sabe usted, María.

—¿A usted qué le parece?

—La voz primero; los ojos después, y luego el cabello.

Entonces ella murmuró con coquetería:

—Lo que a mí más me gustan son mis manos.

—A ver.

Me mostró sus manos, largas y pulidas, con sus uñitas rosadas y brillantes, como pequeños espejitos.

—Parecen las cabezas de dos serpientes de alabastro—exclamé.

—Tal vez sean—murmuró ella.

—¿Cuál es el día más triste que ha tenido usted en su vida?

El rostro niño de la bella artista se sumergió en una profunda tristeza. Y evocó el instante más amargo de su vida, con los ojos brillantes, esmaltados por las aguas del llanto:

—El día en que murió mi hermano. Ya era un hombre; nos queríamos entrañablemente; toda la vida juntos.

—¿De qué murió?

—Del pecho. Y aquí tenemos ya la crueldad de nuestra profesión. Tuve que dejarlo de cuerpo presente y acudir a mi teatro a entretener al público como si tal cosa. ¡Y con el espíritu transido de dolor tenía que reír y tenía que hablar! ¡Es horrible!

Y cerró los ojos con terror.

Y la apenada artista hizo un silencio para recoger disimuladamente, en el perfumado pañuelo de encajes, el agua de sus apasionados ojos de niña soñadora.

EL MARQUES DE CABRIÑANA

EL MARQUES DE CABRIÑANA

El ilustre prócer, después de escucharme atentamente, guardando un silencio afable, hizo un gesto de franca contrariedad. Yo insistí, como si su gesto hubiese sido una negativa.

— Me defraudaría usted, marqués — le aseguré sinceramente.

—No lo crea usted, amigo mío; yo le garantizo que está usted equivocado; mi conversación no ofrece ya ningún interés; yo mismo he puesto gran empeño en retirar mi nombre de la circulación. No quiero quebrantar mis propósitos. Apartado, ya hace muchos años, de la política, y teniendo también muy abandonadas mis antiguas aficiones a la esgrima, equitación y demás deportes, nada podría usted obtener de mí que resultara interesante y de amenidad para los lectores de su libro. Créame usted, soy sincero.

Sin insistir, le pregunté:

—Entonces, ¿ya no hace usted esgrima?

—Poca, muy poca; la necesaria para no

perder el compás, para conservar la flexibilidad de los músculos. Algunos ratos voy a casa de Lancho o de Afrodisio y a "La Peña".

—Marqués: en esgrima, según dicen, ha sido usted un tirador formidable.

Su rostro se alegró irresistiblemente, y con una sencillez muy masculina murmuró:

—De espada y sable llegué... llegué a ser un tirador difícil; de florete no hice nada nunca; y es que yo siempre fuí muy incorrecto en esgrima, tal vez por exceso de fuerza y violencia. En aquellos tiempos Gabriel Orozco, Alfredo Sanz, Velázquez y yo éramos de los más fuertes en esgrima y en gimnasia.

Nos hallábamos sentados en el despacho del ilusrtre marqués. Un despacho severo y suntuoso. En el centro del testero frontal había una gran panoplia con toda clase de armas. Sobre el peluche rojo brillaban los aceros como ray de sol en un charco de sangre. Al detenerse mi mirada curiosa, el marqués me fué enterando de la historia de aquellas armas.

—Con estas espadas se batieron el viejo conde de Xiquena, el actual Rafael Gasset, el general Martínez Campos y Borrero.

Al mismo tiempo que decía esto, descolgó una de ellas, batió fuertemente con su hoja el aire y después, entregándomela, exclamó:

—Verá usted qué bien se cogen y qué

cazoleta tan pequeña tienen. Con ellas los duelos son menos peligrosos. Se hiere fácilmente el antebrazo y la mano.

Y al fijarme en una bayoneta y un sable que ocupaban en la panoplia lugar preferente, contestó mis preguntas:

—Con esa bayoneta mataron en Miranda a mi abuelo, el general Cevallos-Escalera, tres veces laureado. Ese es el sable que llevaba mi hermano Cayetano cuando murió como un héroe en Santa Bárbara de Oteiza. Mi pobre madre tenía las pensiones de San Fernando de su padre y de su hijo.

—Todo esto es muy interesante.

—Para mí, mucho. No hay en este despacho nada que no me hable de un momento crítico de mi vida o de la de mis ascendientes. Cada cosa tuvo su instante glorioso.

El marqués de Cabriñana es arrogante. Muy alto, recio, de proporciones gallardas. A su rostro enjuto, anguloso y de facciones aristocráticas, le dan un gran prestigio y severidad sus grandes barbas rubias, pulcramente cuidadas. Sus ademanes y su actitud tienen serenidad y armonía.

El trato es afable, con esa afabilidad noble, atrayente y sugestiva que caracteriza a los hombres fuertes, sanos y dueños de sí.

—Y dígame usted, marqués: una vez se habló de un duelo que tuvo usted en Palacio.

—En efecto; y aquel rumor tuvo su fundamento.

—¿Quiere usted contármelo?

—Fué sencillamente que se dió una fiesta de esgrima en Palacio.

Le interrumpí:

—¿Hace tiempo?

—Sí. No recuerdo los años. Era todavía regente la reina Doña María Cristina. Don Alfonso XIII comenzaba a ser mozo. Puen bien; se celebraba una fiesta de esgrima, organizada por Carbonell, y a ella concurrieron los mejores profesores españoles y extranjeros. El marqués de Heredia y yo éramos los únicos espectadores que asistíamos a la fiesta ajenos al séquito de los reyes. Se verificaron varios asaltos a espada y florete entre los maestros, y cuando ya se daba por terminada la sesión, el rey se mostró interesado en presenciar un asalto a sable. El conflicto era tremendo, porque no había sables ni caretas, ni guantes. "Señor, es imposible", le dijo alguien. Entonces yo me despojé de mi levita, desenvainé los sables de reglamento que llevaban al cinto mi cuñado el general Echagüe y el coronel Cirujeda, ayudante del rey. Y entregándole uno a Pardini, profesor de la Escuela de Caballería, le dije: "Complazcamos al rey", y caí en guardia.

—¿Sin caretas y sin guantes?—pregunté.

—Sin nada. Comenzó un asalto duro e interesante. El amor propio nos aguijo-

neaba. Estábamos en presencia del rey. A los pocos momentos la chaquetilla de Pardini enrojecía y la sangre también saltaba por encima de mi guante blanco de cabritilla. Usted sabe lo pequeñas que son las guardas de los sables de reglamento. Entonces la reina Doña Cristina se dió cuenta de que estaba presenciando un duelo y de que nos hallábamos heridos, y se opuso a que continuáramos. Pardini tenía un tajo en el pecho; yo, un corte en la mano que me había llegado hasta el hueso. Mire usted.

Y el marqués me enseñó una profunda cicatriz que cruza su diestra.

—Es bonito eso.

—Tiene una segunda parte—continuó—. Algunos periódicos dijeron que yo me había batido en los salones de Palacio y que estaba herido en la mano. ¿Cómo desmentir esto? No bastaba negarlo. Entonces, al día siguiente, organizamos un asalto público en la sala de Adelardo Sanz, en el cual tomé yo parte.

—Pero ¿cómo? ¿No estaba usted herido?

Me atajó:

—Sí, señor; en la mano derecha; pero yo tiraba también con la izquierda. Soy ambidextro. Nadie notó este detalle, y el público, al leer la reseña del asalto, comprendió que la noticia que se había dado el día anterior de haber sido yo herido en los salones del Palacio Real era un *canard*.

Y el arrogante marqués de Cabriñana rió noblemente.

—Y su afición por los deportes, ¿cómo nació?

—Verá usted. Yo era el muchacho más débil del mundo. Tenía una afición loca por la milicia, y a los catorce años entré en la Academia de Artillería. Allí, mi debilidad se acentuó de una manera alarmante; a los dos años estaba seriamente enfermo, y por prescripción facultativa me vi en la triste necesidad de abandonar la carrera y cultivar los deportes.

—¿Qué edad tenía usted entonces?

—Diez y seis..., una edad algo expuesta.

—¿Y era usted enamorado?

Sonrió; después, con franqueza muy cordial, apoyó:

—No recuerdo si lo era; lo que sí recuerdo es que no fuí dueño de mi voluntad ni de mis pasiones hasta que fuí mayor de edad. Obedecí a los médicos y al confesor como obedecía a mis padres, y así llegué a ser a los veinte años un hombre fuerte, con la carrera de abogado terminada, y... sin remordimientos.

—¿Quiénes fueron sus profesores de esgrima?

—Nicolás el Zuavo y Sanz.

—¿Qué armas prefería usted, el sable o la espada?

—Comencé aprendiendo el sable y después la espada. Me gustan por igual las dos armas. Con Adelardo Sanz tirábamos to-

dos los días en el jardín de la casa de mis padres, Cedaceros, 11. Allí nos reuníamos unos cuantos aficionados y nos entreteníamos haciendo toda clase de deportes.

—¿Por qué se le ocurrió a usted la idea de escribir su *Código del honor?*

—¡Pseh!—labió indiferente—. Para quitarme de encima las consultas constantes; porque resultaba que el duque de Tamames, Portago, Xiquena, Benalúa, Tetuán y yo éramos una especie de abogados asesores en estas cuestiones; en seguida acudían a nosotros y nos mareaban con preguntas. Yo, de acuerdo con Tamames, pensé hacer un cuestionario. Lo consulté con él, con don José Echegaray, con otras autoridades, y resultó el libro que usted conoce.

—¿Cómo es que ya no interviene usted en ninguna cuestión de honor?

—Es largo de contar. Soy un escéptico. En este país se le concede poca importancia a la silueta moral de la persona. Cuando la cuestión de los anarquistas en Barcelona, se acusaba a un jefe del Ejército de haber martirizado a unos presos; le acusaba públicamente un diputado republicano; se nombraron padrinos por ambas partes, y los padrinos del jefe militar dijeron que el republicano no estaba en el pleno goce de sus derechos como hombre de honor y que, por tanto, no podía batirse; entonces nombraron un tribunal de honor, compuesto por Tamames, los generales Contreras, Díaz de Ribera, Maren-

co y yo, que actué de secretario. Este tribunal acordó, por unanimidad, y apoyado en pruebas documentales, descalificar al jefe republicano. Y cuál sería nuestro asombro cuando supimos, al día siguiente, que al llegar la noticia al Congreso, el presidente del Consejo de ministros había dado un abrazo al diputado descalificado, diciéndole: "¡Qué caramba, reciba usted la enhorabuena!" A aquel abrazo siguieron otros de jefes significados de los diversos partidos. Y en aquel mismo momento, los que formábamos el tribunal acordamos solemnemente no volver a intervenir en cuestiones de honor. Esto es todo.

—Y a propósito, marqués. ¿Cree usted que antes de batirse se deben averiguar los antecedentes del adversario y aprovechar cualquier sombra que tenga en su honor para rehusar el encuentro?

—Con arreglo a los códigos de honor, sí: se debe indagar y desistir de un lance si el individuo no está capacitado para ir al terreno de los caballeros. Ahora bien: yo, en este punto, disiento de mí mismo y de mi libro; pienso como el coronel Valdés, y creo que para dar una estocada cualquier pecho es bueno, aunque sea el de un rufián; a la mesa se sienta uno con cualquiera, sin averiguar su condición; pues para batirse opino que se debe seguir la misma norma. Después... después..., las indagaciones. Los duelos vienen de nuestros abuelos, que se batían en medio de

una encrucijada, a la luz de una hornacina, y para jugarse la vida no se preguntaban quién era el adversario. ¡Nadie! Un corazón y un acero. Para un hombre de valor, sobra.

—¿Qué opinión concreta tiene usted del honor, tal como lo interpreta la sociedad moderna?

Hizo un gesto de terror.

—¡Hum, amigo mío! El tema es un poco complicado. El honor, en mi pinión, varía según las épocas, las naciones, los temperamentos y las tradiciones. El honor es un sentimiento de venganza, de tomarse la justicia por su mano. El hombre íntegro no quiere que nadie castigue las ofensas que le infirieron, quiere castigarlas él mismo, aunque sea exponiendo su vida.

—Alguna vez, cuando le ofendieron, ¿acudió a las Tribunales de justicia?

—Yo he procurado siempre valerme de los puños, porque los tenía buenos, y después, de las armas.

—Usted, ¿siempre aconsejaría a un ofendido que se batiera?

—Yo, cuando me consultan (para algo lo hacen), aconsejo siempre que no se batan. Me lo agradecen, y es un deber de conciencia. Ahora bien; hago excepciones. He aquí un caso: Una noche, al llegar a mi casa, a la una de la madrugada, me encuentro con que mi hijo me está esperando; me cuenta, con todo género de detalles, que había tenido una cuestión con

Carlos Barbería; yo me hago cargo del caso, y a los pocos momentos concerté un duelo a sable; fueron padrinos de mi hijo los mismos que lo habían sido siempre míos: el coronel Gayoso y el duque de Tetuán. Yo mismo, con harto dolor de mi corazón, le llevé al terreno.

—¿Y fué herido?

—Sí; recibió un tajo muy profundo en la cabeza. A los pocos días fuí yo herido de bala en una ingle. Fué una mala racha de duelos. Tres en cuatro meses.

Hubo un silencio. Yo meditaba más preguntas. Vino a mi memoria la figura de Cabriñana político.

—No hemos hablado de sus tiempos de luchas políticas.

—Y que fueron accidentados. Yo no sentía ni siento la política. La política son nebulosidades, sombras, hipocresías y traiciones, y yo soy diáfano, recto, excesivamente franco. Me incorporé a ella empujado por la indignación que me causaron los abusos que cometían entonces los concejales del Ayuntamiento de Madrid. Sin afiliarme a ningún partido fuí diputado; más tarde, director; hice mis denuncias y procesé a los que pude... Aquella campaña mía derribó al Gobierno de D. Antonio Cánovas, de Alberto Bosch y de Romero Robledo.

—Por entonces, ¿tuvo usted varios duelos?

—Menos de los que esperaba. El acta

del de Altavilla, y la fama que tenía de tirador fuerte en el terreno, me evitó muchos encuentros.

—¿Y fué usted agredido?

—Sí; una noche que iba yo por el Prado me salieron unos malvados a sueldo y me soltaron dos pistoletazos; yo respondí haciendo fuego, y entonces huyeron.

—¿Cuál es el momento más feliz que ha tenido usted en la vida?

—El día en que nació mi hijo. Yo ambicionaba tener un hijo varón, y desde ese momento fuí feliz; me hice vanidoso, saqué el título, me hice caballero de Calatrava, etc... Todo me parecía poco para él.

—Y el momento más amargo de su vida, ¿cuál fué?

—Cuando perdí otro hijo mío, de tres años.

—¿Cuál es su aspiración suprema en el porvenir?

—Ver a todos los míos sanos y felices.

Calló el noble marqués de los varoniles arrestos y del honor impecable. Su figura, arrogante, de titán y apóstol, yacía reclinada en el sofá.

ADELA CARBONE

ADELA CARBONE

Aquella mañana color de nube, maravillosamente opaca, que amaneció blandamente envuelta en capas de humo mojado, no volverá...

El Retiro, en su soledad sublime, parecía recibirnos con ese gesto solemne y magnífico de las majestades abandonadas. Sus paseos, dulcemente tristes y lloviznados, eran lienzos de Rusiñol.

—Ha querido el Parque—exclamó Adela, dando placenteros saltitos de niña traviesa—recibirnos a nosotros solamente. El sabe que estamos locos y que no nos amilana ni el cielo amenazador, ni la lluvia, ni esta blandita alfombra de tierra mojada, en donde tan a gusto se hunden mis pobres pies.

—Tan pequeñitos y tan lindos—agregué.

—Tan necesarios—corrigió ella.

—Por aquí no se atrevería usted a caminar descalza como en *La venganza de don Mendo*.

—Por un voto o por un capricho, sí;

pero usted no sería tan cruel que me dejase, ¿verdad?

—No sé, Adelita, no sé—murmuré vacilante—; son tan bonitos sus pies que, por contemplarlos a plena luz, es posible que no tuviese piedad.

—¡Oh, qué egoísta!—reprochó haciendo un gracioso mohín de enojo—. ¿Y me dejaría usted andar descalza por este paseo lleno de guijarros y de lodo?

—No, eso no; la llevaría a usted en volandas.

—¡Qué bien! Como Anteo a la Tierra.

Y caminaba saltando y haciendo monerías como una chicuela de colegio. Parecía la Claudina de Willy. Iba mostrando poco a poco las galas de su talento extraordinario, sin abandonar un instante su feminidad deliciosa; en cada momento, para cada cosa tenía un comentario ingenioso y oportuno, que nos hacía pensar un poco y nos dejaba maravillados de su inteligencia privilegiada. Estaba muy bella, muy interesante y muy exótica, dentro de una elegancia afrancesada. Sus grandes pupilas, color de concha, se detenían en todo, con esa ingenua curiosidad de los niños... Su cuerpo, cimbreante y quebradizo de bayadera, estaba envuelto en un largo abrigo color perla, forrado de pieles. Una graciosa gorrilla cubría su cabeza dorada.

Jugueteaba con el paraguas, con el bolso, con los guantes, con todo...

—Parece usted una extranjera—le dije.

—¿Por qué?

—Por el espíritu y por la línea.

—Y lo soy. Soy italo-española-sudamericana. Esto, así dicho, le parecerá a usted la razón social de una compañía trasatlántica; pero no: es que he nacido en Ginebra el año... ¡Bueno, el año no lo sabrá usted nunca! Fué más o menos cuando Cristóbal Colón salió para descubrir el Nuevo Mundo. ¡Si viera usted cuántas veces, durante mi niñez, he hecho ese recorrido! Y siempre, siempre, cuando me hallaba entre el mar y el cielo, pensaba tercamente, obstinadamente, en el gran aventurero, en la voluntad maravillosa, en la fe en sí mismo, en la firmeza de sus ideales. ¡Quién pudiera creer así en sí mismo! ¡Saberse dueño de un secreto... que era más secreto que todos los ocultos pensamientos, porque lo decía y nadie comprendía claramente, porque lo explicaba y nadie quería saber! ¡Quién pudiera tener un secreto así!, ¿verdad?, que cuando deja de ser secreto se convierte en la mitad del mundo.

—¿Le gusta a usted el mar?—pregunté llevado por el deseo de oírla hablar tan bien.

Suspiró hondamente.

—¡Ay, mucho! En esos largos viajes me he familiarizado con el Océano, tan azul, tan latente, tan misterioso... Con el cielo ecuatorial portentoso de estrellas; con los países que se hallan en la ruta, y en los

que nos detuvimos en muchas ocasiones. Brasil, muy cosmopolita, muy opulento, lleva una activa vida intelectual. Hermosos teatros, casinos, cafés, casas de modas, joyerías deslumbrantes. ¿Y el campo? ¡Esas florestas insospechables! Hay bosques de helechos, cortinas de zarzas y floridas lianas. He visto mariposas que sólo aparecen en los cuentos de hadas. Las alitas de estas mariposas son así, del tamaño de mis manos.

—No son muy grandes—la interrumpí.

—¿Le parecen a usted pequeñas?—me preguntó con coquetería.

—Pequeñas y bonitas—aseguré sinceramente.

—Mil gracias; pues entonces del tamaño de sus manos. Hay barcos que se detienen en Dakar. Dakar es una ciudad tórrida. La tierra es roja. Las palmeras, gigantescas, como sus hombres; los hombres de Dakar son estatuarios y terribles.

—¿En qué sentido?

Rió maliciosa, y...

—Las mujeres, broncíneas y desnudas, llevan la piel trabajada en raros diseños, como una arqueta de cuero repujado; van cubiertas de amuletos; junto a sus chozas tejen cestillos, que bordan con lanas policromas; engarzan corales para los collares, que luego venden. A la puerta del mejor restaurante hay dos jaulas con unos leones muy tristes; dan mucho miedo. Mientras se come una ensalada, parece

que los leones van a comerle a uno. ¡Es terrible y cómico para el que come la ensalada; pero para los leones será sólo terrible! En fin, podría escribir muchos libros con mis impresiones. Después de mucho viajar, cuando ya era una mujercita, visitamos España. ¡España! Hoy conozco todas sus capitales y algunos pueblos interesantes por sus tradiciones y monumentos.

—¿Cuáles eran sus preferencias de niña?

—La escultura. Yo creía que era la manifestación más completa del arte. Mi padrino fué un notable escultor italiano. Estaba sugestionada por las galerías de Roma y Florencia; por eso dibujaba con desatino; pero ya no sé nada de nada en el difícil arte.

—¿Cuál fué el primer disgusto serio que tuvo usted?

El rostro niño y placentero de Adela se entristeció. Con voz velada por la emoción, contestó:

—¿Serio? El primero y hasta hoy el último: ver morir a mi ilustre profesora; aquella gran actriz y gran señora que se llamó María Tubau.

—¿Qué fué lo primero que le hizo a usted soñar?

Entornó los ojos con inefable deleite para rememorar.

—De niña, las lecturas históricas. Esa historia, un poco imprecisa, de los libros infantiles, que aun vagamente me hacía

pensar en otros usos, otras costumbres y otras mujeres. Sobre todo, las mujeres del Viejo y Nuevo Testamento me interesaron y me interesan siempre. La reina de Saba, todo fasto y oro, sonriendo maligna. Ruth, con su mansedumbre hecha de imperiosas ambiciones. Rebeca, Judith, Esther. ¿Y las mujeres que oyeron la voz enternecedora y profética del Rabino? ¡Las que se contemplaron envueltas en la melancolía de su mirada, que distinguía la Muerte y la Eternidad! Eso fué lo primero que me hizo soñar. El encuentro con esas escrituras magníficas y fuertes, cuya huella no han borrado los siglos.

Hubo un silencio. Estábamos en el *parterre*. Adela acariciaba todo con sus ojos soñadores de artista.

—¡Qué magnífico es este *parterre!* Parece bordado por una mano cuidadosa.

—¿Qué país ama usted más, Adela? ¿El en que nació, el en que vivió o el en que triunfó como artista?

—He elegido para vivir España. Y he elegido libre y conscientemente.

—¿Cómo nacieron sus aficiones al teatro?

—Viendo trabajar a mi inolvidable María Tubau.

—¿En qué obra obtuvo usted mayor triunfo?

Rió burlona, y exclamó:

—¡Triunfo yo! No; yo no he tenido triunfo. Han gustado las obras y he po-

dido gustar en ellas. Eso es todo. Sé muy bien el valor de la palabra "triunfar". ¡Triunfar! No, no; yo, particularmente, personalmente, no he triunfado.

—¿Qué obra hace usted con más gusto?

—Aquellas en donde hay, aunque sea poco, algo de sentimiento y, sobre todo, feminidad.

—¿Por lo visto, es usted romántica?

—Según la interpretación vulgar de la palabra, no; en el noble y depurado sentido del vocablo, sí. ¿Recuerda usted al divino Rubén Darío?

Románticos somos. ¿Quién que es no es román-[tico?

—¿Es usted triste o alegre?

—No puedo ser triste, porque soy un poco versátil y muy impetuosa, y... no puedo ser demasiado alegre... porque he vivido.

—¿Cuál fué el día más feliz de su vida?

El rostro bello de la artista se arreboló de alegría.

—El día que mis compañeros, todos unidos fraternalmente, me ofrecieron un banquete para festejar la aparición de una pequeña novela que publiqué hace dos años. Don Jacinto Benavente, siempre amable, se dignó apadrinar la tierna idea. Mi empresario, también indulgente y dadivoso, asistió, y asistieron todos. ¿Comprende usted lo que es eso? ¡Todos mis compañe-

ros del teatro! ¡Oh, aquel día! No puede haber, no es posible que haya para mí un día más dichoso.

—¿Está usted enamorada?

Acogió mi pregunta con una alegre carcajada, que sonó en el *parterre,* solitario y gris, como risa de ángel.

—¡Qué preguntas! En este momento—¿qué hora es?—no; pero, ¿quién sabe si dentro de este mismo día?

Después, recobrando una seriedad muy cómica, prosiguió:

—No, no hay que reírse; he estado enamorada, muy enamorada, y pienso seguir por el mismo camino. No es mala fruta el amor.

—Usted, Adelita, escribe muy bien: ¿qué prefiere, la literatura o el arte dramático?

—Verá usted: en mí, la literatura y el arte dramático forman un dualismo apasionado. Ante ellos soy como una mujer que se casa por amor... y a quien le gusta otro hombre. Estoy desposada con mi teatro; pero el día que sea vieja tendré que *divorciarme.* Por eso algunas tardes levanto las cortinas de mis balcones para ver pasar a mi otro amor y sonreírle desde lejos. Es osible que termine por refugiarme en sus brazos.

—¿Qué querría usted ser mejor, gran escritora o gran actriz?

—Gran actriz. No crea usted que no doy la debida importancia a la imaginaria elección, no; es que soy muy impresiona-

ble y amo más lo transitorio, si es llamarada, que lo trascendental y duradero. Además, yo no tengo a quien legar mi gloria.

—¿Qué literato español le gusta más?

—Don Benito Pérez Galdós. Sí; ya sé que esto lo ha contestado mucha gente y puede hacer pensar si se dirá porque don Benito está sobre el bien y sobre el mal. ¿Y no se dirá porque, efectivamente, se siente así?

—¿Y su autor dramático predilecto?

— D'Annunzio, porque es siempre un poeta luminosamente estético, porque es simbólico y... porque es esencialmente latino.

—Oyéndola, ¿a que no sabe usted lo que estoy pensando, Adelita?

—¿El qué?—inquirió muy intrigada.

—Que de buena gana cambiaría usted de sexo, ¿no?

—¡Quiá! Se equivoca. ¡Nunca, nunca! ¿Qué dirían ustedes? Mujer, mujer, mujer. ¿Sabe usted cuántas divinas prerrogativas tiene una mujer? Sí; sí lo sabe usted y se muere usted de envidia. Lo veo; mujer, mujer, mujer; ¡cuanto más mujer, mejor!

—¿Quiere usted que divaguemos un poquito sobre amor?

—Si usted se empeña, hablemos de amor: ¿qué es amor? Dicen que sólo pueden definir el amor aquellos que han sabido vivirlo. Muchas veces he pensado si esas definiciones psicológicas serán las

verdaderas. Los que HAN SABIDO VIVIR EL AMOR, ¿han sabido vivirlo, en efecto? Stendhal lo desglosa, lo desengarza y clasifica como un joyel precioso, cuyas diversas gemas tuvieron valor, color y formas distintas. Goethe lo había divinizado en el sacrificio, y el señor de Voltaire habíalo escarnecido cuando el moribundo ruiseñor sevillano cantó:

La tierra se estremece alborozada;
oigo, flotando en olas de armonía,
rumor de besos y batir de alas;
mis párpados se cierran, ¿qué sucede?
—¡Es el amor que pasa!

¿De quién fiarse, pues? ¿A quién creer? En la república de nuestro corazón, cada uno siente a su manera. Depende mucho de las pulsaciones, de los nervios y, sobre todo, del *interlocutor*.

—¿Es usted bonita?

Volvió a reír, y...

—No; pero... ¡cualquiera lo creería!

—¿Quiere usted, como final de esta conversación tan intereresante y tan amena, contarme alguna anécdota?

Pensó unos momentos.

—Sí —gritó con regocijo—; recuerdo una que pinta la crueldad y el desagradecimiento de los hombres. Viajaba yo en un expreso; en mi departamento se presentó un muchachillo y sigilosamente se tendió entre mis almohadones, tapándose con la manta. Casi inmediatamente apare-

ció el revisor. "Perdón, señoras—dijo—: ¿han visto ustedes pasar a un joven?" Yo comprendí. Me dió horror delatarle, y sin reflexionar respondí: "No; no he visto pasar a nadie." Apenas desapareció el revisor, nuestro protegido se puso de pie, echó por la ventanilla mi manta y se lanzó tras de ella, perdiéndose en las sombras del campo, mientras el tren seguía raudo su marcha. Yo, aquella noche, tuve frío, y pude meditar mucho sobre el egoísmo y crueldad de los hombres...

ANTONIO CASERO

ANTONIO CASERO

—Que no, Antonio; que no.

—¡Que te digo que sí, hombre! ¿Te voy a engañar yo, con lo que te quiero, so pelmazo? ¡Vamos, Pepe!

Hizo una pausa; me puso delante un plato que era una montaña de paella; se sirvió él otro, y, después, con hablar lento, voz ahuecada y pastosa y ademanes justos —como pudiera hacerlo el más castizo madrileño—, continuó:

—De Madrid, hombre, de Madrid. Verás tú: eso de Salamanca fué una broma, por cierto para mí muy agradable, porque mi padre nació en un rinconcito de aquel solar castellano y es un pueblo noble. Pero mi madre nació en Madrid, en la calle de Toledo, próximo a la ermita de la Paloma, y yo vine al mundo en estos Madriles de mi alma, en el mismísimo barrio de Maravillas, y fuí bautizado en la iglesia de San Ildefonso, ¿te enteras? Si se pudiera ser de dos partes, sería de Madrid y de Salamanca.

Y como me viera sonreír incrédulo, protestó rápido:

—No te rías, Pepe; no te rías, que lo que te estoy diciendo es la pura verdad, y para que te convenzas voy a demostrártelo con documentos.

Y al decir esto el simpático Antonio Casero hizo un alto en la comida, sacó un puñado de papeles del bolsillo, buscó entre ellos y me entregó un documento, diciéndome:

—Toma, lee; precisamente la llevo siempre encima.

Era la partida de bautismo. Salté la mirada sobre ella. "Año 1872. Un niño nacido en la plaza de San Ildefonso; bautizado con el nombre de Antonio."

—Basta—exclamé entregándosela—; yo sostendré que eres más madrileño que la Puerta del Sol. ¡A otra cosa!

—¿Pero tú crees que uno que no sea madrileño, nacido y criado aquí, es capaz de sentir por este pueblo el amor que yo siento, y consagrar a él toda su labor? Yo llevo dentro del pecho, en vez de corazón, un Madrid pequeñito que no cesa de palpitar.

Comíamos al aire libre, en el merendero de Paco *el Patas,* situado en los Cuatro Caminos. Un gran rayo de sol, cálido como un aliento, invadía nuestra mesa y templaba nuestros cuerpos. Allá, en el centro del merendero, a poca distancia nuestra, un clásico organillo lanzaba sus notas

agudas y metálicas. Alrededor de él giraban lentamente, unidas en lujurioso abrazo, unas cuantas parejas, iguales a las que tan magistralmente llevaron a nuestros escenarios las plumas de D. Ricardo de la Vega, Arniches y este chispero con quien platico.

De vez en cuando se acercaba a nuestra mesa el dueño del merendero y se interesaba por las impresiones que nos iba produciendo el menú. Antonio Casero le daba un golpecito en las corvas y familiarmente le decía: "La paella, de primera, señor Paco." "El morapio, *súper*."

Todos conocéis a Antonio Casero. Pequeñito, grueso, con un gran bigote. Anda y habla con una fina flamenquería madrileña y posee una gran simpatía muy infantil. No creáis, por lo madrileñísimo y popular de su obra, que Antonio Casero es un chulo. Nada de eso. Es un caballero afable y culto, que rinde pleitesía a su tierra.

—¿Cómo fué dedicarte a este género literario?

—Qué sé yo; que lo lleva uno en la sangre. Era yo estudiante y andaba siempre metido en los bailes de los barrios bajos. Allí se me ocurrió el primer diálogo que escribí. Se inauguraba una tienda en la calle del Humilladero, y alrededor de la murga bailaban varias parejas; escuché el diálogo de una; era gracioso y castizo. Al llegar a mi casa lo quise escribir en prosa

y me salieron dos versos; entonces seguí y seguí... Me costó un trabajo ímprobo, pero salió un romance que se publicó. Desde aquel día, antes de escribir, busco el asunto en el arroyo. Enrique García Alvarez, tu hermano y yo siempre andábamos por los barrios bajos.

—¿Y los sainetes?

—Los sainetes los hago en el lugar de la acción; me enamoro de un sitio, lo visito con frecuencia, me hago amigo de la cambianta, del zapatero, del dueño de la prendería, de la verdulera, etc., y voy pergeñando el sainete. Claro que siempre tengo la vista puesta en los actores que me lo han de interpretar. Dos actores que me han inspirado siempre para el sainete son Leocadia Alba y Simó Raso, porque, chico, ¡eso es maravilloso!; pensar en Leocadia Alba y salir un tipo, es todo uno. Por cierto que te voy a contar una cosa que tiene gracia. Catarineu, aquel gran poeta y amigo nuestro, quería cultivar el sainete, y, para verlo del natural, decidió acompañarme un día al lavadero del Manzanares, porque la acción de la obra que proyectábamos se desarrollaba en un lavadero. Quedamos citados, y Catarineu se me presentó con un *mackferland* y un sombrero de copa. "Querido Ricardo—le dije—, que vamos a la ribera, que no respondo de la chisterola." ¿Tú recuerdas lo tímido que era el pobre Catarineu?

—Sí; lo recuerdo con cariño.

—Pues bien; no hacemos más que asomar los tipos por el lavadero y empezó la *chufla;* una lavandera de las más decididas gritó con chulería: "*Oye,* compañeras: atención, que acaba de llegar el Juzgado de guardia." En este momento, vino un golpe de aire y la chistera voló al Manzanares. No te quiero decir.

Reímos. Tomamos un trago de Valdepeñas, y mientras seleccionábamos la fruta le pregunté:

—¿Cuál fué la primera obra que estrenaste?

Después de alegrarse su rostro con el recuerdo, murmuró:

—Chico, fué en el teatro Martín. Yo llegué allí sin recomendación ninguna, y con el ejemplar en la mano entré en Contaduría, aturdido por esa timidez de los diez y seis años; entregué el libro y lo echaron en un cajón donde había centenares de obras. En ese momento se truncaron mis ilusiones. Me hizo el efecto de que mi obra caía a una fosa llena de cadáveres. Pero ¡oh, Providencia! Un señor, al oír mi nombre, se fijó en mí. —"¿Usted es ese Casero que hace cosas madrleñas."—me preguntó. —"El mismo." —"Pues leeré su obra en seguida." Y, en efecto, la leyó, y a los pocos días se estrenaba.

—¿Un drama?

—¡Oh, no! Un sainete. Yo no he hecho más que sainetes madrileños; este pueblo es capaz de inspirar a cien poetas. Observa

que todo lo del pueblo de Madrid es bello, romántico. Me decía un día D. Ricardo de la Vega: "Cuando escriba usted cosas del arroyo, recoja usted las flores; desprecie la morralla." Y así lo hago. Chico, hablando de Madrid me vuelvo loco. Esta simpatía que encuentras aquí, no la hay en ninguna parte; todo el que viene, al poco tiempo de estar entre nosotros, ya se considera madrileño y es capaz de morir como Daoiz.

—Sigamos con tu primer estreno; ¿gustó?

—Sí, hombre; mucho. Estaba el teatro lleno de modistas, cigarreras y estudiantes.

—¿Y cobrabas?

—No; verás: cuando ya llevaba veinte representaciones la obra, al pasar yo un día por la taberna que hay frente al teatro, se acercó un revendedor muy chulo que había entonces, y me dijo: —"Que sea enhorabuena, pollo. ¡Bien estamos chupando del bote!" Yo le contesté: —"No, señor; a mí nadie me da nada por esto." —"¿Cómo que no?" —"Como que no." —"¡Vamos, hombre!; pero ¿es que tú no estás *metío* en eso de las galerías dramáticas?" —"No señor." Entonces el revendedor, sintiéndose el hombre bueno de uno de los dramas de Martín, exclamó: —"¿De manera que ese tío no te endiña *parné?* ¡Ah!; pues te va a endiñar; ese mosquito te va a galapagar ahora mismo todas las representaciones que

llevamos de la obra." Yo vi el cielo abierto ante aquel protector tan decidido y que llevaba una estaca como un nogal, colgada de un brazo. Entramos en el escenario en el crítico momento en que el empresario, que era el primer actor de la compañía, se disponía a salir a escena a interpretar el protagonista de la obra *El señor gobernador*. El revendedor le detuvo cogiéndole por un faldón de la casaca, y le dijo: —"Oiga usted, señor gobernador. Usted le tiene que pagar a este pollo sus derechos o hay conflicto." El empresario, sorprendido, gritaba: —"Hombre, suélteme usted, que me esperan en escena; luego hablaremos de eso." A lo que el revendedor, lentamente, respondía: —"Déjeme usted a mí de historias griegas y apoquine los *pavos* al pollo." El traspunte, por otra parte, gritaba: —"A escena, a escena!" Ya el actor le suplicaba a mi amigo: —"Por Dios, suélteme; en cuanto termine el acto hablaremos." Pero el revendedor respondía impertérrito: —"O le endiña usted la pasta al pollo, o no sale a escena." —"Que no." —"Que sí." Por fin, el empresario, rendido, dió una voz al contador y le dijo: —"Que paguen veinte representaciones a este niño." Entonces fué libertado, y al salir a escena tenía que decir: "¡Qué feliz, qué dichoso soy con este cargo de gobernador." La transición era tremenda... ¡Figúrate!

—Ya, ya.

—Ese fué—prosiguió Casero—el primer dinero que me dió la literatura.

—Pues ¿y los periódicos?

—Entonces en los periódicos no se pagaba a nadie. Hoy ya es otra cosa. A propósito de no pagar la colaboración en los periódicos, recuerdo que yo hice un verso que decía:

> El mundo es una comedia,
> como ya lo han dicho varios,
> donde hay un papel de primo
> que hacemos tarde o temprano.

Tras de lo de Martín, animado con el éxito, publiqué versos y estrené más obras en todos los teatros de Madrid.

—¿Cuántos actos tienes estrenados?

—Unas cuarenta y seis obras.

—¿Cuál es la que mayor éxito tuvo?

—*La familia de la Sole, o el casado casa quiere,* que se estrenó en Lara.

—¿Cuánto dinero has hecho con la pluma?

—Hombre, no sé, no sé... No lo he contado nunca. Son muchos años trabajando y sin descansar, y cada día más, y dispuesto a seguir.

—¿Qué preparas ahora?

—De obras teatrales estoy terminando un sainete en tres actos para la Guerrero; otro en uno, que se titula *La tranquilidad del hogar,* y varias cosas más, que se estrenarán en esta temporada.

—¿Y libros?

—Libros tengo siete publicdos. Ahora daré uno que se titula *De Madrid al cielo,* y preparo otro que se llamará *Los pregones madrileños.*

—¿Qué te ha producido más dinero, el libro o el teatro?

—En general, todo; yo no tengo queja de mi labor; creo que he ganado más de lo que merezco.

Habíamos terminado de comer y nos servían unas tazas de café pardo que sabía a cocimiento de malvas, con unas gotas de Monóvar.

—Y dime, Antonio, ¿cómo fué meterte en política?—le pregunté.

—Ya ves, las cosas. Porque yo era muy amigo de Canalejas, quería hacerme concejal; a la muerte de Canalejas, Romanones se acordó de mí; presenté mi candidatura por el distrito del Hospicio y salí en primer lugar.

—¿Qué impresión sacaste del Ayuntamiento?

—Mira, chico, con sinceridad—murmuró mientras encendía su habano—. Saqué una impresión gratísima; en el Ayuntamiento, dentro del presupuesto mezquino que tiene—el mismo de hace veinte años—se hace una labor intensa. Los que hablan mal de nuestro Municipio es que no lo conocen.

Hizo un silencio. Después continuó:

—De todo lo de aquella Casa, lo que más me ha entusiasmado es la labor si-

lenciosa, constante e interesantísima que hace con todo amor por sus Madriles ese gran madrileño que se llama Paco Ruano. Es un hombre de talento privilegiado. Él inspira a los alcaldes, él alienta a los concejales y él, con todo entusiasmo, trabaja y trabaja sin cesar; siempre velado, siempre oculto, jamás quiere aparecer.

—En efecto—asentí sinceramente—. Es un hombre interesante.

—Quiere modernizar Madrid sin quitarle sus notas de arte y sin despojarle de su carácter típico de graciosa majeza.

Se iba el sol.

—Vámonos—propuse.

—Vámonos—aceptó el poeta madrileñista.

Y cogiendo su pañosa azul, que yacía doblada sobre una banqueta, se la echó con garbo sobre los hombros y comenzó a andar airosamente. Con un tono de camaradería simpática se fué despidiendo de todos los que había en el merendero.

—¡Adiós, Pepín! ¡Adiós tú, guillao! ¡Hasta la vista, Petronilo!; que se alivie la parienta; dale recuerdos de mi parte. Bueno, señor Paco, hasta más ver; ya vendremos por aquí, si sigue este tiempo.

El señor Paco nos acompañó hasta la puerta del merendero.

El organillo tocaba *La verbena de la Paloma.* Yo me sentía en medio del tablado histriónico de Apolo representando un sainete de Arniches.

TITTA RUFFO

TITTA RUFFO

—Tenga la bondad de tomar asiento —me dijo un caballero alto, distinguido, de cabellos blancos y tez rojiza—. Ruffo está terminando de vestirse. En seguida es con nosotros.

Estábamos en un cuarto del Hotel París. Aquel era el gabinete que comunicaba por una puerta pequeñita con la alcoba en donde se vestía el gran cantante. Los muebles, anticuados y viejos, de la habitación estaban, en casi su totalidad, ocupados por bártulos de viaje. Maletas, sacos de mano, *pleit,* sombrereras, portacuellos. En el sofá que estaba libre tomé asiento, mientras que el caballero alto y distinguido me observaba con una sonrisa afable y familiar. Sobre el friso de la chimenea había varias botellas de vino de Rioja y dos fruteros bien repletos de manzanas y naranjas mandarinas. Encima de la cómoda había un bastón sin estrenar todavía, envuelto en papel de seda y con la tarjeta del donante.

Se oía a Titta Ruffo trajinar y toser en la alcoba vecina. El caballero distinguido, que permanecía de pie, quiso amablemente romper el silencio que nos oprimía y me preguntó:

—¿Trabaja usted mucho, *Caballero Audaz?*

—Regular—me limité a responder.

—Pues Ruffo—prosiguió enlazando un tema con el otro—se metió el lunes en la cama y hoy viernes se levanta.

—¿ Descansando ? —inquirí ingenuamente.

—No; enfermo con un gran catarro cogido en la noche del lunes. Estuvo ensayando, sudó y la noche era muy fría. Estos cantantes son flores de estufa.

—¿Pero ya está bien?

—Sí, señor; y esta noche se nos va.

—¿Cómo eso?—pregunté sorprendido.

—Nada—me informa con afectada naturalidad—; que desde el día primero tiene cumplido su contrato en Madrid y ahora acude a otros compromisos.

Hubo un silencio, durante el cual yo le ofrecí un cigarrillo a mi interlocutor, el cual lo aceptó sonriendo. Después, para continuar el diálogo, le pregunté:

—¿Usted es el representante de Titta Ruffo?

—No, señor—protestó rápida y cortésmente—. Soy su mejor amigo, su íntimo amigo, casi su hermano espiritual. Le acompaño a todas partes.

Hablaba el español correctísimamente; pero por su acento parecía extranjero.

—¿Es usted americano?

—No, señor. Me llamo Carlos Younger; soy inglés, y desde hace algunos años vivo en España con mi familia. Todo el mundo lo recorro en compañía de Ruffo.

El diálogo fué interrumpido por el barítono, que apareció en la puerta de la alcoba.

—¡Buena mañana!—exclamó; y, después, dirigiéndose a mí con esa artística timidez de los italianos, me tendió su mano fornida.

—Pero, ¿qué es esto? ¿Se marcha usted hoy?

—Sí; me marcho. María Gay no vuelve, y yo tengo que cantar el día 13 en una función benéfica de Trieste. Mañana, sábado, embarco en Barcelona. Pero tome usted asiento, mi señor.

—¿Y ya no vuelve usted en esta temporada?—le pregunté, al mismo tiempo que de nuevo me dejaba caer en el sofá.

—Es posible..., es posible. Puede ser que vuelva a cantar *Hamlet* y *Rigoletto*.

El insigne cantante es alto, recio y tosco. Más que barítono de ópera parece un barrista de circo. La cabeza, grande, con el pelo abundoso, peinado hacia atrás; la cara, ancha, de facciones abotargadas; los ojos, pequeños, observadores y color de caoba; la nariz, aplastada, y los labios, extraordinariamente gruesos. En sus acti-

tudes y en sus movimientos es bruscamente varonil. Después, hablando, tiene una voz dulce y musical, y acciona como un consumado actor. Vestía un traje de americana gris que no armonizaba con las botas y los botines color marrón. En la solapa de la americana llevaba clavada la banderita de soldado aliado. La única alhaja que lucía en sus manos era una gruesa sortija de oro con un magnífico zafiro.

Al notar que la observaba, exclamó:

—Es un amuleto. Esta sortija tiene su historia, que me obliga a no separarme de ella. Ya se la contaré a usted.

—¿Quiere usted que hablemos de su niñez?

—¡Oh, ya lo creo!—aceptó con júbilo—. Precisamente a mí me gusta mucho volver la vista a los años niños. Yo nací en Tizza; pero muy pequeño me trasladaron a Roma. Allí comenzó mi educación.

—¿Artística?

—No, quiá; mis condiciones de cantante fueron un secreto hasta los diez y ocho años.

—Pero ¿no sentía usted afición por la música?

—Por el teatro en general. Yo, la primera vez que escuché *Manon,* rompí a llorar y me aficioné locamente por el teatro.

—Y ¿cuál era el actor o cantante que más le subyugaba entonces?

—Zacconi. ¡Oh, el gran Zacconi!

Y entornó los ojos para rememorar,

como si soñara, en una *pose* muy de actor italiano. Después, saliendo de su éxtasis, continuó:

—Canté alguna vez, y alguien me dijo que tenía buena voz, y a los diez y ocho años fuí matriculado en el Conservatorio de Santa Sicilia, y después de algunos meses tuve que abandonarlo, porque se empeñaban en clasificarme como "bajo" y yo tenía una voz de barítono perfectamente timbrada. Entonces comencé a estudiar con profesores: esos tristes profesores de canto que en un tiempo triunfaron, fueron *divos,* y después un mal día la voz les abandona y tienen que dedicarse a dar lecciones... Poco a poco mi vocación se fué despertando, y así llegamos a mi *début,* que era la realización de mis sueños.

—¿En dónde debutó usted?

—En el Constanza.

—¿Con qué obra?

—Con *Lohengrin.*

—¿Tuvo usted éxito?

—¡Enorme! Los periódicos de aquella época me pronosticaron una grande carrera.

—Bueno; usted, además de un estupendo cantante, es un admirable actor, ¿quién fué su maestro?

—Nadie. Yo me he estudiado solo la escena. Siempre he procurado que el tipo por mí interpretado se adaptase a mi figura y que me fuese simpático, lo sintiera yo palpitar dentro de mí. Así, pues, *Ham-*

let, por ejemplo, lo hago sin forzarme nada, con una facilidad y simplicidad extraordinarias; pero es porque en la psicología del personaje hay algo mío. Todos llevamos dentro de nosotros un Hamlet. ¿No?

Asentí. El cantante estaba de pie en el centro de la habitación, y al hablar elocuentemente accionaba con vehemencia, como si estuviera en el escenario.

—¿Cuándo comenzó usted a ser *divo?*

—Mi primer triunfo en Madrid atrajo sobre mi arte la atención del mundo entero. Por eso quiero tanto a este teatro Real, que es el terror de todos los cantantes, y a este público madrileño, tan injustamente temido. Conmigo no tuvo jamás ni un momento de vacilación. Siempre se entregó con un entusiasmo extraordinario.

—¿Cuál es la obra que canta usted con más gusto?

—Ya lo he dicho: *Hamlet.*

—¿Y en cuál le aplauden más?

—No sé; según el sitio: aquí, en España, gusto más en *Rigoletto.*

—¿A qué músico admira usted más?

—A Verdi.

—¿Y qué compañero le interesa más cantando?

—Chahapin, un bajo ruso extraordinario: el artista más grande del mundo. Es un genio.

—¿Cuántas óperas tiene usted incorporadas a su repertorio?

—Tengo cuarenta y cinco óperas. Por eso en años anteriores me reía cuando el público dió en decir que mi repertorio estaba limitado a *Rigoletto, Hamlet* y *El barbero*. Este año, que he variado, el mismo público deseaba volver al repertorio pasado... ¡Cualquiera sabe cómo acertar!...

—¿Ningún clima le molesta para cantar?

—Sí, señor; el clima de Madrid es muy malo; jamás se tiene aquí la garganta en su punto; siempre está algo congestionada. Yo aquí pierdo una cuarta parte de mi voz. ¡Si el público del Real me oyese cantar en otras partes!... Ya daría yo algo.

—¿Es usted casado?

—Sí, señor; y en Roma, en un palacio edificado por mí, tengo mi casa, mi mujer y dos chicos: niño y niña. Allí me refugio cuando los contratos me dejan algún tiempo libre; ¡pocas veces lo consigo! Ya ve usted, ahora estos dos últimos años de guerra los tuve que pasar ocupando mi puesto de soldado, y por tanto, separado también de mi familia.

—¿Su profesión le exigirá que haga usted algunos sacrificios?

—¿Algunos? ¡Muchísimos!—suspiró—. Yo he vivido una vida estúpida; esclavo de mi garganta; teniendo que sacrificar toda clase de deleites; entregado a todas las privaciones. Es decir, yo he estado en la vida, y hasta ahora no he podido entregarme a vivirla de la misma manera que paso por las poblaciones de todo el mundo sin ver-

las, sin estudiarlas, sin disfrutar de ellas. Ando de cuarto en cuarto como un pájaro de jaula en jaula. ¡Oh, esto es horroroso!

—Pues rebélese usted.

—Ya me he rebelado contra la estúpida ambición de reunir más dinero para no disfrutarlo. Acabo de cumplir cuarenta y un años; estoy en la plenitud de mi vida, y he roto con la maldita disciplina recomendada a los cantantes. Desde hace algún tiempo a esta parte no me privo de nada. Si la vida fuera eterna, tal vez me conviniera seguir reuniendo dinero; pero para unos años que me quedan de lucha, no merece la pena. Así que ya bebo vino, salgo cuando me parece, me divierto; y si esta conducta perjudica mi voz, en el momento que se acabe me reuniré con los míos a disfrutar viendo cómo ellos disfrutan del bienestar que yo les he proporcionado a costa de mil sacrificios.

—¿Qué capital ha reunido usted?

—Lo suficiente para vivir muy bien. Siete millones de pesetas, que es lo que he ganado en estos diez últimos años.

—Entonces, si volviera usted a nacer, ¿no se acogería a la misma profesión?

Protestó rápido y sincero:

—¡Oh, no! Prefiero una cabaña en medio del campo, sin la preocupación de mi garganta y sin privarme de nada, a los millones ganados con tantas contrariedades y privaciones. ¡Calle usted! ¡Si la vida de un cantante no es vida!

—¿Cuál es la cifra máxima que ha ganado usted por cantar una ópera?

—Alguna vez, en América, cinco mil duros por noche.

—¿Con qué *diva* canta usted más a gusto?

Encogió sus anchos hombros con indiferencia.

—Me es igual—y tras de meditar un instante, prosiguió—: Tal vez con la Paretto y la Gay.

—¿Qué proyectos tiene y qué ilusiones acaricia para el porvenir?

—Muy sencillos. Pienso formarme una tertulia de unos cuantos amigos de verdad (no esos amigos ocasionales que surgen con el éxito), cosa que es muy difícil, y vivir en mi palacio de Roma entregado a mi familia y preocupado solamente con mi afición favorita, que es la filatelia. Tengo la mejor colección del mundo.

Le ofrecí un cigarro; lo rechazó sonriente; después le pregunté:

—¿Qué es lo que más le inquieta de la vida?

—La vejez. Debe ser muy triste la vejez cuando de joven se triunfó. Por eso yo no puedo, no quiero esperar a ser viejo para disfrutar de la vida. Yo trabajaré muy poco; antes de tres años estoy retirado de la escena.

—¿Qué es lo que más le interesa de la vida?

—La mujer y el amor.

—Usted, por su profesión, ¿inspirará muchas pasiones amorosas?

—Sí; desgraciadamente, sí — repuso entristecido.

—¿Cómo desgraciadamente?

—Porque para un hombre de sentimientos nobles y que tiene corazón sensible, es una desgracia inspirar pasiones que no puede alentar ni corresponder.

—Cuénteme usted alguna anécdota amorosa.

—No puedo decir nada; soy casado, y resultaría una interviú comprometida.

—¿Cuál es el día más triste que tuvo en su vida?

—Cuando han muerto mis padres; cuando ha muerto una mujer que yo idolatraba.

El rostro de Titta se entristeció; en sus ojos aparecieron lágrimas. Su amigo intervino para consolarle.

—Bien, Ruffo; ya pasó eso; no pienses en ello.

—¡Oh, no ha pasado; no pasará jamás! Lo tengo clavado en el corazón.

—El qué, ¿una mujer?

—Sí; una mujer que lo fué todo para mí en el mundo. Ella plasmó mi espíritu a su gusto; ella me alentó y por ella he llegado a ser lo que soy.

Continué interrogándole con el gesto; él, muy triste, con voz angustiada, continuó:

—Nos conocimos en un barco, camino de América. Yo todavía no era nadie: un aventurero; ella vivía en los veintiún años

y poseía una belleza y una distinción extraordinarias; veneciana y educada en Andalucía, en sus ojos soñadores llevaba las dos patrias.

—¿Y se enamoraron ustedes?

—No, señor—corrigió—; fuí yo el que me enamoré de ella, y después de mucho tiempo ella se fué dando a mí. Desde aquel momento no nos separamos; y aquella mujer, con su talento extraordinario, fué variando mi manera de ser; es decir, fué incorporando su espíritu a mi materia. A los diez años de conocernos enfermó. Se moría sin remedio, y en su última hora, con sus últimos besos, me profetizó que yo triunfaría ruidosamente. "Cuando cantes *Hamlet* acuérdate de mí", me dijo. Y ahí tiene usted por qué esta ópera es mi preferida: porque en cuanto salgo a escena veo la cara de ámbar de mi muerta que me sonríe, que me inspira, que me alienta. Es lo que quedó de su espíritu en mí. Este golpe del Destino me destrozó física y espiritualmente. Estuve un año enloquecido de dolor. sin cantar y haciendo una vida tumultuosa; me di al alcohol y mataba mis recuerdos a fuerza de *wyskis;* siempre andaba borracho. Después me redimió mi compañera de hoy.

El notable cantante estaba llorando acongojada pero varonilmente. Como lloramos los hombres.

SOFIA CASANOVA

SOFIA CASANOVA

—Me sentaré aquí, cerquita de usted, *Caballero Audaz,* porque no veo nada. Estoy cieguecita—empezó diciendo la ilustre escritora de los cabellos empolvados, la gentil figura, la voz dulcísima y las manos de abadesa.

—¿Cómo cieguecita?—exclamé sorprendido, mirando con atención sus ojos azules.

—Es la triste reliquia que me ha dejado la horrenda tragedia. Fuí herida en los ojos, y... apenas veo. No puedo escribir; tengo que dictar.

—¿Y cómo fué esa desgracia?

—Fué en Petrogrado, en un choque de bolcheviques y revolucionarios. Iba por la calle, acompañada por mi nietecita María Cristina—que lleva este nombre porque a su padre le salvó la entonces reina regente de ir toda su vida a una fortaleza, condenado por el zar—. De pronto nos vimos entre dos fuegos. Dos hordas furiosas nos atropellaron; caímos al suelo; yo perdí el conocimiento; cuando volví en mí no veía nada.

—¿Y su nietecita?

—Se salvó de milagro, gracias a un noble oficial.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en España?

—Unos ocho días. Y me encuentro aquí como en una quimera deliciosa, como en un baño templado. Después de haber asistido a tantos horrores, después de haber sufrido tanto, vivo aún. Me parece soñar.

—¿Desde dónde viene usted?

—De Polonia, atravesando toda la Europa del armisticio, en un tren militar interaliado; mejor dicho: un pedazo de tren espantoso que llegó hasta París. Allí me esperaban parientes y amigos delegados de la paz.

—¿Y vino usted sola?

—Completamente sola; y... gracias, porque el caso es excepcional, y se ha hecho una violencia para dejarme venir.

Sofía Casanova conserva en el acento, íntegramente, esa melosidad característica de las galleguitas.

—A pesar de los años que lleva usted vividos en Rusia, sigue usted siendo gallega.

—Ya lo creo—exclamó con orgullo—. Nacida en Coruña.

—¿Y criada?

—Aquí.

—¿Cuándo y por qué comenzó usted a escribir?

—Bastante tarde: a los diez y ocho o

veinte años. ¿Por qué? Por necesidad de dialogar con las cuartillas. Yo era, y lo sigo siendo—claro que en relación con mis años—, muy tímida, muy reconcentrada: vivía para mí, intensamente para mí; mi sensibilidad era de tal naturaleza, que yo sufría de todo: del color, del sonido, de las palabras: todo tenía para mí un perfil tangible; en cada palabra veía yo un color distinto. Este fenómeno psicofisiológico existe, reconocido por la Ciencia; se ha estudiado mucho, y se denomina, en francés, *audittion-colories*. Cuando yo era muchacha, aquí no se sabía nada de eso, y ¡claro!, mi caso producía risa. "A ver, niña—me decían unos—, dinos qué color tiene tal palabra." También escribía yo en secreto y para mí; guardaba mis estrofas con la misma ilusión que a esa edad se guardan las misivas del novio. Me sorprendía yo de saber escribir aquéllo, y me parecía que dentro de mi ser había otra persona. Un día cayeron mis versos en manos del conde de Andino, gran amigo de casa, poeta y perfecto caballero, y él se constituyó en mi primer mentor. Me llevó a Valencia; allí fuí acogida con amor; mi enorme parecido con la infanta Eulalia fué un estímulo de cariño para todos.

—¿Se parece usted a la infanta Eulalia?

—Entonces, como dos gotas de agua; hasta el punto de que casi todos los enamorados de la infanta sentían hacia mí simpatías. Este parecido se debe haber

distanciado, porque Eulalia está poco sufrida, y se retoca mucho, y yo ya ve usted cómo tengo el cabello y los ojos. Pues bien; en Palacio se me animó, y comencé a escribir en *El Faro,* de Vigo. Luego publiqué mi primer libro de versos, que me dió una notoriedad grande. Hice amistad con Ferrari, Echegaray y, sobre todo, con Campoamor; yo fuí su dolora. Tenía culto por él. Presentada por Campoamor conocí a mi marido: Lutoslawoski.

—Cuénteme usted eso.

—Es muy sencillo. Lutoslawoski, filósofo polaco, perteneciente a la nobleza varsoviana, había venido a España a estudiar el pesimismo de nuestra literatura.

—¿Era usted joven?

—Tenía veintitrés años.

—Guapísima, por supuesto.

Rió, un poco confusa.

—Ya lo he dicho antes: como la infanta Eulalia; muy rubia, con los ojos verdes.

—Y Lutoslawoski, ¿cómo era?

—Poco mayor que yo; alto, basto, con unas manazas enormes, muy feo y con muchísimo talento. No, su figura no me cautivaba; en cambio su imaginación sí. Yo, un día, le regalé un libro de poesías, y él entonces escribió en el mismo libro: "Esta poetisa será mi mujer", y me lo devolvió, diciéndome: "Yo marcho a mi patria: no sé el tiempo que tardaré en volver; pero esté usted segura que volveré a bus-

car ese libro." Y así fué; volvió y nos casamos.

—Qué raro—comenté.

—Luego, después de casarse conmigo, me dijo que lo había hecho porque le habían predicho que el hombre que libertase a Polonia tenía que nacer de madre española.

—¿Y tuvieron ustedes hijos?

—No, señor: cuatro hijas. Y como desde que nos casamos hicimos una vida errante, cada una nació en una parte del mundo. ¡Ah!, pero lo gracioso es que, como los españoles tenemos tan mala fama, la familia de mi marido se quedó aterrada al saber que el mayorazgo se unía a una española. Y, no obstante, cuando llegué al señorío de ellos, fuí acogida con un cariño que no se ha desmentido en treinta años.

—¿Cuál fué la emoción más tangible que experimentó usted la primera época de su vivir en Polonia?

—De aislamiento, de soledad.

—¿Hablaba su marido el español?

—En mi casa todos hablaban el español: hasta una de las criadas, que me llevé conmigo. Ponga usted en esa interviú que yo he pasado por todas las penas y todas las alegrías que se pueden pasar. Yo borré mi personalidad en España y me acogí a la de mi marido en Polonia. Es decir, que allí nadie me conoce por Sofía Casanova: ni como escritora, ni como nada personal:

únicamente soy la esposa de Lutoslawoski. Yo cambié toda la libertad que tenía aquí por la opresión de un país perseguido. Y... me dediqué únicamente a la educación de mis hijas; durante diez y seis años no he cogido la pluma, porque considero que todas las glorias imaginables no nos compensan del placer de cumplir con la obligación de ser buenas madres. No volví a escribir hasta que fuí abuela. Es decir, resucité en 1918.

—¿Tiene usted muchos libros publicados?

—Bastantes, bastantes. Me parece que doce.

—¿Cuál fué el que tuvo mejor acogida?

—*Más que amor,* traducido a varios idiomas.

—¿Qué hace usted más a gusto: poesía o prosa?

—La poesía, porque canta dentro de mí, me aturde.

—Entonces, ¿escribirá usted con mucha facilidad?

—No; pero sí con emoción.

—¿Dónde la sorprendió a usted la guerra?

Hizo un gesto de dolor:

—En Polonia: en mi señorío. Yo asistí a la movilización, y cuando ya iban las tropas hacia la Prusia oriental, yo salí de mi señorío, llevando consigo a mis nietecitos, intentando salvarlos del peligro de los campos en fuego.

—Pero su señorío estaba situado...

No me dejó terminar.

—En las planicies del Vístula: en el escenario de la guerra. Quedó arrasado. Yo me reuní con mis hijos en Varsovia, y luego me puse el hábito de caridad con la cruz roja, y entré en los hospitales. Yo, entonces, todo el primer año de la guerra lo pasé en Polonia.

—¿Y su marido?

—No había salido de Francia: estaba haciendo la campaña antigermana.

—Cuénteme usted algún momento interesante.

—Interesante, ninguno. Horriblemente angustiosos, todos. ¡Qué horrible! Debimos enloquecer cuantos fuimos actores en esta tragedia. Una noche... Pero no querría entristecerlo a usted.

—Por Dios, señora—protesté—, es tristeza que ennoblece.

—Una noche—prosiguió—, después de una guardia de cuarenta y ocho horas en el hospital, al entrar en casa me telefonearon que volviera en seguida. Volví rendida, y me comisionaron, con tres mujeres y dos sanitarios, para que, en seguida, partiéramos para la línea de fuego a recoger 700 heridos. Noche de nieve; el tren que nos llevaba estaba compuesto por una locomotora y varios furgones. Marchaba lentamente, con las luces apagadas y deteniéndose a cada instante. Por el camino nos salían aldeanos y soldados al encuen-

tro, diciéndonos que no siguiera el tren porque íbamos a ser cogidos por los alemanes. Y el tren continuaba hacia Skierniewice, que era el lugar en donde se estaba librando la batalla. Por el lado izquierdo aparecía todo el horizonte enrojecido por el intensísimo fuego, que no cesaba ni un instante; por el lado derecho la Rusia, blanca y silenciosa. Yo tuve mucho miedo: tenía la evidencia de que caminaba hacia la muerte. Entonces me puse a orar. Invité a las señoras que me acompañaban a que hicieran algún voto, alguna promesa a Dios si nos sacaba bien de nuestro empeño. Las señora se negaron a hacer ninguna promesa.

—¿Eran católicas?

—Sí; pero allí se practica la religión de otra manera. Yo hice la promesa de rezar todas las noches, a aquella hora, y durante toda mi vida, una salve a la Virgen del Perpetuo Socorro. Y por fin llegamos a Skierniewice. ¡Cómo estaba aquéllo, Dios mío! Heridos, muertos, terror. El jefe de la gendarmería se vino hacia mí gritando desesperadamente: "¿Qué hacemos aquí? Que nos saquen de aquí." Acomodamos los heridos—¡espantosos heridos!—, y yo, no sabiendo a cuál acudir. "¡Agua!"—pedían todos desesperadamente—. Uno llevaba una herida en el vientre. Depués de vendarlo bien, me dijo: "Me sangra todavía." Yo, para contener la hemorragia, puse mi mano sobre la herida; sentí en mi mano

esa impresión tremenda que produce la sangre caliente. Así hicimos el viaje de regreso.

—Este es el momento más espantoso que ha pasado usted durante la guerra.

—¡Oh!, no. señor. El momento más horrible, mejor dicho, los días más tremendos, fueron al finalizar el año 1915, cuando la ola de hambrientos, de famélicos, de extenuados, no nos dejaban curar a los cuatro o cinco mil heridos que recibíamos a diario.

—Usted también pasó hambre.

—¡Ah!, ya lo creo; ¡muchísima! Mire usted el pan que comíamos.

Y me enseñó un pedazo de pan negro y amasado con paja.

—¡Es tremendo!

—También sufrimos la peste, y yo...

Vaciló un momento; después suspiró amargamente:

—Perdí a un nietecito, y dos cuñados míos fueron asesinados por los bolcheviques.

—¿Y su fortuna?

—Estamos completamente arruinados.

—¿Cuánto poseían ustedes?

—Seis u ocho millones de rublos, y todo se destruyó. ¡Terrible!

En los ojos de la insigne escritora brillaban las lágrimas.

—¿Cree usted que está terminada la guerra?

—Según. Si los aliados no le dan a Po-

lonia las fronteras que necesita, y la condenan a ser un vasallo de Alemania y Prusia, todo es inútil. La paz de Europa depende de Polonia. Polonia, con sus treinta y cinco millones de habitantes, si no resuelve en justicia su pleito, no dejará que se consolide la paz.

—¿Y respecto al porvenir de Rusia?

—¡Oh! El porvenir de Rusia es la esfinge del mundo. Yo creo que Rusia caerá absolutamente bajo el dominio de Alemania.

—¿Qué opina usted de la actitud observada por España durante la guerra?

—Que la neutralidad de España ha sido una inspiración santa, un acierto infinito; nada puede compensar a un pueblo de los espantosos horrores que le acarrea una guerra tan despiadada, tan inhumana, tan desesperadísima como la pasada. La Historia juzgará esta guerra como un salvajismo impropio de la civilización de estos tiempos.

Hubo un silencio. Sofía Casanova, con su dulce gesto de mártir, esperaba nuevas preguntas, jugueteando con los impertinentes de concha. Su conversación, tan sencilla y tan amena, me había interesado profundamente.

—Es usted una mujer extraordinaria —exclamé, como si pensase en voz alta.

—Bah—desechó molesta—. Soy la única mujer española que vengo de aquellos lugares de desolacón y muerte, en donde los

hambrientos cavan sus fosas y en ellas se matan con sus mujeres e hijos.

—¿Piensa usted estar mucho tiempo entre nosotros?

—Mes y medio o dos meses. Dentro de unos días marcharé a mi Galicia, que me reclama de una manera conmovedora, y después... con mis hijos...

SALVADOR RUEDA

SALVADOR RUEDA

Decía así su carta:

"Biblioteca de la Universidad.

Señor *Caballero Audaz*.

Mi célebre y generoso amigo: Su recuerdo es para mí la fiesta de las fiestas. Para mayor comodidad suya, estaré todas las mañanas, de diez a una, en esta Biblioteca.

Me hallo en vísperas de ir a ocupar la Biblioteca del Instituto de Málaga. La revelación de una grave enfermedad de mi pobre hermana Ubalda, que tiene ya muchos años y se halla en mi aldea, sola e inválida, ha hecho torcer el curso de mi vida y renunciar a viajes, pluma, todo, por acompañar su ancianidad: ha sido en la familia heroína y santa, y merece todo sacrificio. Acaso en esta semana pueda yo marchar, dando mi adiós a la vida literaria... ¡Cincuenta años de Madrid que tengo que arrancar de un tirón enorme!

Perdone el estado de mi corazón, pues le

hablo a un gran amigo. Cuando usted venga pondré la cara alegre y nada podrá conocerme el público.

He seguido con admiración toda su brillante historia de hombre de letras, singular, en su género, del cual ha hecho usted algo magistralísimo, y me alegro de que días antes de desaparecer para siempre de la Corte y del tajo literario, usted se acuerde de quien tanto le admira, quiere y besa sus manos,

Salvador Rueda."

La leímos varias veces, invadidos por una profunda tristeza. Era la carta de un excelso poeta que renuncia a su gloria después de haberla conquistado. "¡Cincuenta años de Madrid que tengo que arrancar de un tirón enorme!..." Bien sabíamos nosotros el valor espantable que tenía este sacrificio.

Al día siguiente de recibir la epístola, abrazábamos al maestro en el salón de la Biblioteca de la Universidad Central.

El glorioso autor de *La Musa* es un hombre pequeño, nervioso y tímido; pero de una timidez exagerada, que en algunos momentos—cuando justamente se le ensalza—le aturde y confunde. A pesar de los cincuenta años luchando en Madrid y de su vida errante por el extranjero, no ha conseguido eliminar la sana modestia y la dulce cortedad de aldeano. Tiene la tez

rojiza, los ojos negros e insinuantes, ojos de soñador, y el cabello, ondulado y peinado hacia atrás, ya comienza a granarse en tallos de plata.

Vestía, muy modestamente, un trajecito negro. Allí, rodeado por pilares de libros, respirando el aire saturado por un fuerte olor a pergamino, celebramos nuestra conversación:

—Pero, ¿qué es eso, maestro? ¿Qué nos dice usted en su carta? ¿Abandona usted Madrid y la vida literaria?

Hizo un sublime gesto de amarga conformidad.

—Madrid, en seguida y para siempre; la vida de las letras no sé si podré, me costará mucho trabajo; yo he de consagrarme en Málaga a enfermero y a bibliotecario. El amor a mi hermana tiene en mi vida más fuerza que todo.

—Eso no puede ser: usted continuará cosechando gloria.

—Pero sin sembrar.

—¿Es usted malagueño?

—De su provincia; de Benaque, una aldea llena de luz y de pureza, como una llama.

—¿De familia humilde?

Sonrió con dulce orgullo.

—Humildísima. Eramos pobres campesinos, sin más bienes que el trabajo corporal en la tierra.

Hizo una pausa y entornó los ojos para rememorar. Después agregó con júbilo:

—Yo también cultivé la tierra y sé hacer todas las faenas campestres. No se ría usted: todavía las sé hacer y las puedo hacer con mi edad y todo. Ahora, cuando yo torne a la aldea, seré el primero en coger un frutero para vendimiar, llenaré cajas de pasas y cargaré agua en la fuente. Haré todas las labores que hice de mozo.

Dió un suspiro largo, y...

—La tierra seguirá en su vigor inmortal, y yo me llegaré a ella hecho un hombre exhausto y cansado. Tendré que redoblar mi esfuerzo para conseguir lo que con tanta facilidad lograba cuando mozo.

—Entonces, ¿usted ha labrado la tierra?

—Pues qué, ¿no lo dicen mis manos? Cincuenta años llevando la pluma no consiguieron quitar la pátina que en ellas dejaron el arado, la hoz y la azada.

—¿A qué edad se despertaron sus aficiones poéticas?

—A los quince años; levantando coplas en las parrandas, cantadas a las mozuelas en las rejas, yo escribí los primeros versos de mi vida.

—¿Sabía usted leer?

—Y medio escribir. A los aldeanos les encantaba la oportunidad con que yo narraba en coplas sus amarguras, sus alegrías y sus lances amorosos; después cayó un libro de Espronceda en mis manos, y aquello trastornó definitivamente mi vida. No viví absolutamente nada más que para la poesía desde aquel momento. A los diez

y seis años me llevaron mis padres a Málaga, donde comencé a escribir composiciones serias, que llegaron a oídos de Núñez de Arce, el cual me profetizó una vida célebre y me trajo a Madrid con un destino de cinco mil reales en la *Gaceta.* En seguida entré en *El Globo;* allí escribí cuadros de costumbres andaluzas, en prosa, y al mismo tiempo publiqué algunas novelas, y siempre poesías. De *El Globo* pasé a *El Imparcial* como redactor literario. Yo no he escrito jamás una línea de política... y no lo he sentido. En *El Imparcial* tuve la gloria de conocer a Ortega Munilla, que siempre me quiso bien. Entonces él era ya un maestro, estaba consagrado, y yo le miraba con una admiración casi religiosa. *Clarín* me hizo un inmenso beneficio. Decía que en su época sólo había dos poetas y medio—salvo Zorrilla—, que eran: Campoamor, Núñez de Arce y Manuel del Palacio; y al llegar yo, amplió su operación de aritmética. También *Clarín* echaba de menos una revolución rítmica en la poesía castellana y me aludió, creyendo que yo podía hacerla. Y yo, aprovechando lo que había aprendido en la Naturaleza, de ella transcribí las impresiones que fueron base de la revolución de la lírica española.

Al llegar a este punto de la conversación, recordamos que, por la originalidad del estilo y lo personalísimo de sus versos, el excelso nombre del maestro Rueda alcanzó una gran popularidad. Salvador

Rueda estuvo, durante veinte años, abasteciendo de poesía el Parnaso español, en el período en que declinaban sus dioses y no asomaban otros poetas nuevos. Es de justicia recordar bien todo esto.

Proseguimos hablando:

—¿Qué libro fué el primero que publicó usted?—le preguntamos.

—Uno que se llama *Poema nacional,* formado por dos volúmenes de poesías.

—¿Y obtuvo éxito?

—¡Qué sé yo!—evadió confuso—. Siempre mis cosas han rodado mucho por el mundo.

—¿Cuántos libros lleva usted publicados?

—¡Oh! No sé. Muchísimos. Ultimamente se han seleccionado los de poesías y he formado dos tomos colosales, que se llaman *Poesías completas* y *Cantando por ambos mundos.*

—¿Cuál de sus libros fué mejor acogido por el público?

—*Poesías completas.*

—¿Y de novelas?

—Hay una que obtuvo una venta tremenda: *La cópula.*

—¿Le habrán producido mucho sus libros?

Hizo un gesto desdeñoso.

—No, amigo *Audaz;* nada. Yo he escrito casi gratis. He cobrado tan rara vez a los editores, que puede decirse que mi labor, salvo contadas excepciones, ha sido rega-

lada. Ahora bien: algunos editores se han enriquecido con mis obras.

—También cultivó usted el teatro.

—Algo publiqué en Revistas, y la Guerrero estrenó en Buenos Aires una obra mía, titulada *La Musa,* cuya idea ha sido después llevada al teatro muchas veces por autores poco escrupulosos.

—Entonces, maestro, ¿qué dinero le habrá dejado la literatura?

—Muy poco; nada, puede decirse. Durante la primera época de mi vida en Madrid le saqué mucho, muchísimo, a la poesía; cobraba más que todos los poetas juntos; pero era porque tuve yo necesidad de hacer un esfuerzo para intensificar mis ingresos, porque tenía que atender obligaciones de familia. Muerta mi madre, cuando ya no eran tantas las obligaciones, he cobrado muy rara vez las cosas mías. Yo no tengo amor al dinero; cuando joven, lo quería para llevárselo a mi pobre vieja.

—Entonces, ¿usted seguía visitando su aldea?

—¡Oh, sí! Siempre que podía me refugiaba en su amor y en su paz, y le llevaba a mi madre el dinero ganado, para que ellos vivieran mientras que yo volvía. Recuerdo — evocó sonriente — que una vez llegué hasta mi casita sin avisar y ser visto; nadie me esperaba; mi madre, con el pensamiento puesto en los peligros que su hijo estaría corriendo en la Corte, planchaba distraídamente en el patio. Yo la ob-

servé un rato con arrobo. ¡Suspiró por mí! Después, mientras que fué a cambiar de plancha a la cocina, yo saqué los billetes de cien pesetas que traía y cubrí por completo la mesa en donde estaba planchando, y escondido esperé... Cuando la pobre vieja volvió, creyó estar loca; levantaba los ojos al cielo en busca del ángel que había realizado el milagro. Entonces yo aparecí, y tuve que andar muy listo para que no cayera al suelo con un síncope.

—Muy bonito todo eso, maestro. ¿Quiere usted que ahora hablemos un poquito de América? ¿Cuántas veces la visitó usted?

—No sé fijamente cuántas veces he visitado naciones de nuestra lengua. Deben ser unas diez.

—¿Con qué finalidad?—inquirimos.

—Con el único y puro objeto de hacer intercambios espirituales y difundir el genio de nuestra raza, ¡solamente por el goce divino y sublime de oír las más grandes aclamaciones a España en las cinco partes del mundo!

—¿Y qué impresión ha sacado usted de estos viajes?

—De que a España se la ama intensamente más de lo que cree la gente; esto se observa cuando a esos viajes se va con pureza de intenciones. ¡Porque demasiada recompensa recibe el viajero hispano cuando, al arribar a esas naciones, se encuen-

tra con mil brazos que le reciben como si fuese hermano! ¡Esta recompensa vale más que todo el dinero de la tierra!... Vaya usted a América, amigo mío; participará de esta satisfacción; verá usted cómo su nombre, entre aquellos nobles ciudadanos, es tan familiar como aquí.

—Sí; iré, maestro—le prometimos—. Precisamente he recibido una invitación de la Argentina, que usaré en cuanto se termine la guerra. ¿Qué lugar de América le gustó a usted más?

—Todos mucho, porque todos parecen influídos por la misma corriente de amor a España. De la Argentina he admirado su grandiosidad babilónica y su civilización ejemplar; de Filipinas, el arraigo que allí tienen nuestras costumbres y nuestra religión; de Cuba, todo, porque es un paraíso; de Méjico, la originalidad, la intensidad y el vigor de su vida. ¡Qué tierras tan seductoras!...

Hubo una pausa. Prosiguió:

—Durante estos viajes he escrito *El poema de América,* sobre los sitios mismos del descubrimiento y la conquista; sumamente sintético, porque, aunque escrito para todo el mundo, tiene miras a los colegios y al Ejército, como página que debe saberse de memoria, por ser una fuente de patriotismo. Santiago Alba, ese admirable cerebro, ese infinito corazón, ese gran gobernante, en cuyas manos están los destinos de la Patria, y que ama las artes, fué

el iniciador de estos viajes míos a América, y, por tanto, a quien corresponde toda la gloria de ellos. Ahora tenía la idea de publicar este poema por cuenta del Estado. La crisis ha desbaratado sus propósitos. Usted, *Caballero Audaz,* puede influir para que el nuevo ministro realice el proyecto de don Santiago. Las cosas dichas por usted son escuchadas.

—Y dichas por usted más escuchadas y aprendidas, maestro; pero yo le complaceré.

—Sí; a ver si puede llevarse a término esta empresa. Yo he regalado la edición para que regalada sea en los colegios.

—Cuénteme usted alguna anécdota, don Salvador.

Meditó murmurando.

—Me han pasado tantas cosas, que por la misma abundancia de ellas no recuerdo ahora ninguna. Yo he asistido a tres naufragios, y mi vida es una novela romántica.

—¿Cómo es que no se casó usted?

—¡Ay, Dios mío! Por amor a mi familia. En fin, ya ve usted lo que hago ahora: torcer el rumbo de mi vida y acudir al lado de la enferma.

—¿Y será usted feliz en su aldea?

Su faz tostada se inundó de regocijo.

—Ya lo creo. De todas las clases de vidas que yo he vivido en el mundo, la que más me gusta es la de mi aldea. Y es que yo no he dejado de ser aldeano ni un minuto.

No aspiro a nada más. Allí me refugiaré a labrar la tierra, hasta que la tierra me sepulte. Algunos amigos de la niñez me esperan todavía: con ellos hablaré, y hablaré de esta vida que abandono.

Los ojos del poeta brillaban...



TITO SCHIPA

TITO SCHIPA

El simpático tenor se vestía para hacer el Leonardo de *La bruja.*

Todavía en camiseta—una gruesa camiseta gris, de pésimo gusto—, tomó asiento delante del tocador y comenzó a pintarse. Entretanto, un peluquero joven y afeminado se entregó a la tarea de ondularle sus largos y lacios cabellos, negros como la endrina.

El cuarto, amplio, estaba lleno de admiradores del artista. *El Caballero des Grieux,* con su elegante y blanda simpatía de actor italiano; Joaquín Belda, con su ocurrente gracia madrileña y la clásica capa española; el pequeñito maestro Barrera, con sus lentes y una levita demasiado larga; el viejo tenor Berges, entristecido al rememorar sus casi olvidados días de triunfo; el secretario de Tito, chispeante de buen humor y magnífico dentro de su empeño *chaquet* gris, que le daba aspecto de pájaro. Entraban y salían caballeros flamantes y absolutamente desconocidos, que resuelta-

mente abrazaban a Tito; le deseaban mucho éxito; le pedían, con tiernas frases aduladoras, un retrato firmado, y, tras una sublime reverencia para los concurrentes, abandonaban el cuarto. ¿Quiénes eran? Nadie daba razón. Entonces el secretario de Tito exclamaba, con marcado acento italiano: "Algún aristócrata".

Todas las perchas del cuarto estaban ocupadas con ropas en desorden; también las butaconas antiguas. Sobre un gran baúl que se hallaba en el centro, había tomado asiento el gran amigo Felipe Sassone. Schipa no desviaba un momento la atención de su *maquillage* y de su cabeza, que se iba embelleciendo extraordinariamente. De rato en rato tomaba un trago de café de un termo que había sobre el tocador, y después daba unos cuantos alaridos para probar la voz. Entonces algún concurrente elogiaba sus facultades. El reía muy infantil. El anciano tenor Berges, con palabras veladas por la emoción, recordaba la gloriosa noche en que estrenó *La bruja.*

—¡Hace treinta y tres años!—exclamaba con desaliento.

—Todavía no pensaba yo nacer—murmuró Schipa en un español italianizado.

La conversación fué interrumpida por un nuevo personaje que entraba en el cuarto haciendo grandes exclamaciones en italiano. Era un tipo pintoresco. Alto, delgado, con abundosa cabellera; vestía de

chaquet, y en el ojal lucía un magnífico clavel blanco; usaba monóculo; nos saludó rendido, y después, dirigiéndose al *divo,* exclamó, con voz potente:

—*¿Come va, tenore illustre, e quegli acuti, e quelle smorzature, come vanno?*

El tenor, sonriendo, repuso:

—*E... Siamo qui, cogli acuti e le smorzature al caffé. Finisco ora di mangiare... Questo benedetto publico spagnuolo e quello che mi preocuppa; non so quell che dira.*

—*Via, via, ti vogliono bene.*

Cuando terminó el peluquero, el tenor se puso en pie, hizo otra prueba de voz y fué a esconderse detrás de un gran biombo que había en un rincón del cuarto. Allí, ayudado por su criado, terminó de vestirse, y salió transformado en el gentil cazador de *La bruja.* El secretario le colgó el zurrón, después la bocina, y, por último, al mismo tiempo que le entregaba la escopeta de guardarropía, que era un tarugo de madera, exclamó:

—Llevas más arreos que un caballo.

Todos rieron; también el artista sonrió, y, ya preparado para salir, vino a sentarse en el brazo de la butaca que yo ocupaba.

—¿Qué hay, artista?—le pregunté.

—Ya ve—contestó, encogiéndose de hombros.

—¿Un poco de miedo?

—¿Miedo? ¡Oh, no; miedo no! Yo no siento miedo nunca.

—¿No lo sintió usted nunca antes de salir a escena?

—Sólo una vez.

—¿Cuándo?

—El año 1916. La noche que debuté en Madrid.

—¿Y cómo fué eso?

—Acababa de marcharse Anselmi; todavía flotaba en el ambiente el entusiasmo que en Madrid acostumbra a levantar este artista. Y yo quise debutar con *Manon,* su obra favorita. La Empresa trató de disuadirme; debutar con *Manon,* después de los éxitos de Anselmi, era estar loco, ir al fracaso. Yo insistí; este teatro Real sirve para consagrar *divos;* en su escenario tenía yo necesidad de jugarme toda mi carrera a una carta. Cuando estaba ya preparado para salir a escena en *Manon,* se me acercó el conde de Cazal y me dijo: "El rey se iba de cacería y, al enterarse que debutaba usted esta noche con *Manon,* ha suspendido su viaje para oírle." Y en aquel instante tuve miedo. Era la primera vez que cantaba delante de un soberano.

—¿Y qué pasó?

—¿Qué pasó?... ¿Qué pasó?... Pues que al público de mi Madrid de mi alma le gusté mucho; que me aplaudieron con delirio; que fué la noche más feliz de mi vida, y que me hice hombre.

Schipa hablaba con aturdido entusiasmo infantil, haciendo gestos de exagerada flamenquería.

—Entonces, ¿le gustará a usted el público de Madrid?

—Mucho, mucho. Oír hablar el español me llena de alegría el alma. El público de este Real es muy inteligente y muy severo; no hace cumplidos, no.

—¿Desde muy pequeño tenía usted vocación por el canto?

—¡Oh, sí! Yo creo que ya canté dentro de las entrañas de mi madre.

—¿En Italia se educó usted?

—Sí, señor; yo soy de Apulia, nacido en Lecce, la bella ciudad de Italia en donde ocurre el drama de D'Annunzio *La hija de Yorio*. Mi padre era allí, en Lecce, un viejo empleado de Correos. Yo, en cuanto pude, lo redimí; hoy tiene ochenta años y está temblón, y no habla más que de su hijo. Yo experimento una tierna emoción hablando de mi pobre viejo.

En efecto; la voz dulce del artista era una suave caricia para el recuerdo del viejo autor de sus días.

—¿Y qué hacía usted de pequeño?

—Ir al colegio y cantar en las iglesias con voz blanca de soprano ligero.

—¿Y era usted elogiado?

—Mucho; pero, como todavía no había llegado la muda de mi voz, nada se podía vaticinar sobre el porvenir. Una noche cantaba yo en la iglesia y el obispo de Lecce fué a oírme. A la mañana siguiente me mandó buscar. Con la timidez propia de los pocos años acudí a su presencia.

Entonces me propuso ingresar en el Seminario, y que él se encargaría de pagarme todos los gastos si yo aceptaba la carrera de cura. Como la chispa del arte no había prendido en mi espíritu, y además no creía que la voz me iba a seguir, acepté encantado, e ingresé en el Seminario.

—¿Tenía vocación para seguir la carrera eclesiástica?

—Ahora no; entonces, la serenidad del internado, la dulzura que allí se respiraba íbase apoderando de mi alma. Allí cantaba letanías y música sacra. Hay una epístola que no la pueden cantar más que los canónigos, y, gracias a mi voz, se hizo una excepción para que la cantase yo. Así se deslizaron tres años. Alguien me habló de la ópera, y yo, por las noches, disfrazado de seglar, acudía al teatro, y hasta tomé parte en algunas óperas. A hurtadillas me hice discípulo de canto del maestro Jerunda, y ya cuando tuve fe en mis facultades de cantante, fuí a ver al obispo, y le dije: "Querido obispo: me he equivocado; la carrera de cura no es mi carrera." El señor obispo lo lamentó; me dió buenos consejos, y yo me largué a Milán, teniendo veinte años.

—¿Con qué dinero?

—Di en Lecce un concierto y recaudé seiscientas liras, con cuya cantidad viví en Milán seis meses.

—¿Qué hacía usted en Milán?

—Estudiar con Piccoli, que me enseñó

óperas y me colocó la voz. Y llegó la noche de mi *début*.

—¿En dónde?

—Debuté en Bercelli, con *La Traviata*, pagando yo cincuenta liras que me envió mi pobre hermano.

—¿Y gustó?

—Con locura; hasta me hicieron olvidar las cincuenta liras que me había costado.

Tito reía ingenuamente.

—¿Y después?—le preguntamos.

—Después seguí cantando allí; pero ni me pagaron ni pagué.

—¿Cuántos años tiene usted, Schipa?

—Veintinueve; nací el mismo día que murió Gayarre.

—¿Qué vida hace usted?

—Buena; no me privo de nada.

—¿Fuma usted?

—No, porque no me gusta; no he fumado jamás; pero bebo vino en las comidas, salgo de noche, asisto a los teatros y me alimento sin régimen.

—¿Come usted antes de cantar?

—Cuando la función está muy cerca de la comida como ligeramente.

—¿Cuántas óperas canta usted al año?

—Unas ciento veinte.

—Aparte de la profesión, ¿qué es lo que más le interesa de la vida?

—La música; yo soy compositor; amo con delirio la música. He comprado un

baúl inmenso para llevarme a Italia toda la música del gran Chapí.

—¿Nunca se ha metido el público con usted?

—La única vez que me han silbado fué aquí.

Le miré extrañado. El, sonriendo, prosiguió:

—Sí, señor; aquí, en *Tosca,* porque querían que la cantase tres veces.

—¿Qué aspiración suprema tiene usted?

—Pseh—labió—; no sé. ¿Sabe usted lo que yo desearía?

—¿El qué?

—Una cosa absurda. Querría poder oír, durante una hora después de muerto, lo que amigos y enemigos dicen de mí. ¡Oh, eso es muy interesante!

—¿Y es usted soltero?

—Soltero, y enamorado; por eso estoy siempre tan alegre. La vida es corta, y no vale la pena de tomarse malos ratos.

—¿Con qué artista canta usted más a gusto?

—Con la Storchio.

—¿Tiene usted mucho dinero ahorrado?

—¡Oh!—exclamó—, poco, muy poquito. No ve usted que sólo llevo un par de años cobrando caro; apenas tengo unas quinientas mil pesetas.

—¿Cuál es el día más feliz que ha tenido usted en su vida?

—El día que he nacido.

—¿Recuerda usted alguna aventura interesante?

El *divo* meditó un momento, y...

—Sí, una; verá usted. Trabajaba yo en Trieste, y un día recibí una carta perfumada y escrita con una letra delgada y firme que me interesaba. En esta carta me citaba una mujer desconocida; pero ¿a que no acierta usted en dónde?

—No—repuse desorientado.

—A las tres de la madrugada, en el cementerio.

—Sería una broma.

—No, señor; a las tres de la madrugada me presenté en el cementerio, y en el sitio indicado esperé. Era noche obscura y fría; yo, a cada instante, me tocaba para convencerme de que estaba vivo. A los pocos momentos se presentó un automóvil; se apeó una bellísima mujer vestida de negro, y, como una sombra, vino a mí. —"Creí que no acudiría usted a esta cita trágica —me dijo. —¿Por qué trágica, señora —le pregunté. —Por el sitio y porque, si yo consigo que usted me ame, no volveremos más a la ciudad." Comprenderá usted mi sorpresa. "—¿Qué es lo que piensa usted, señora?—la pregunté. —Pienso oírle a usted cantar *Manon* aquí, entre los cipreses de este cementerio, ser de usted y, después, que nos matemos los dos." Me pareció una locura, y protesté. Entonces ella se lanzó sobre mí, me dió un beso y salió huyendo por entre los sarcófagos. Esperé...,

esperé, y ya al amanecer, cuando las sombras se desvanecieron y las cruces dejaron de ser fantasmas, la busqué por todas partes... Todavía no la he encontrado.

En la puerta del cuarto se escuchó una voz potente que decía: "Señor Schipa, a escena".

El tenor volvió a darse el último toque delante del gran espejo de marco dorado, y salió...

IRENE LOPEZ HEREDIA

IRENE LOPEZ HEREDIA

Rápida y grácil, como un pájaro que da un vuelecito pequeño, saltó del automóvil al paseo, y al mismo tiempo que nos entregaba su mano, larga y blanca, igual que un lirio, exclamó mirando en derredor con alegría:

—¡Cuánta luz, y qué sol tan rico! Acostumbrada a las tinieblas del escenario, me deslumbra esta luz de la mañana.

Tras de la dorada artista se apeó su mamá: una señora distinguida, resignada y silenciosa, que miraba a la hija con arrobo.

—Yo quiero que me haga usted una cosa bonita, que me presente como una mujer original, algo exótica, porque así soy...

Estas palabras de Irene nos hicieron sonreír. Ella, al observarlo, protestó:

—¿Se ríe usted? ¿De qué se ríe usted? Acaso de mí.

Nos apresuramos a explicar:

—Nada de eso, señorita. Me río del em-

peño que tienen todas las mujeres en aparecer como originales. Lo que usted me acaba de decir es lo primero que oigo a todas: "Yo no soy una mujer vulgar." "Prefiero ser estrambótica a ser cursi." "Si cree usted que yo soy como todas las mujeres, se equivoca." "Yo soy lo que se llama una mujer original." Y así siempre, Irene. Así siempre.

—Pues yo, esta vez, llevo razón.

—No lo dudo. Pero la originalidad psicológica no se demuestra con palabras, sino con hechos. Hasta este momento, nada original me revelaron sus actos. Una señorita que trabaja en un teatro de Madrid; que yo la cito en el Retiro, para, a plena luz, hacerla una interviú, y que ella acude a la cita en automóvil, acompañada de su mamá. Esto, si usted me lo permite, es vulgarcito. ¿No?

—Pero, señor mío, ¿qué quería usted que hiciera?

—¡Qué sé yo! Algo extraordinario: acudir a esta entrevista montada sobre un caballo tordo o disfrazada con el hábito de doña Inés, o guiando una motocicleta y trayendo en el *side-card* a su compañerito Sr. Vilches. En fin, algo que no fuese esto, que es lo eterno en España, lo de siempre.

—Vamos; usted hoy está loco—exclamó, mirándome asombrada.

—Mejor. Estar loco ya es menos corriente que estar tonto y muchísimo menos que estar cuerdo. ¿No?

Rió la artista, mostrando sus dientes blancos e iguales como una joya de alabastro. Su cuerpo, perezoso, gentil y cimbreante, iba envuelto en un amplio abrigo color rubí.

Mirando atentamente la perfección un poco perversa de su rostro, amasado con rosas y con nieve, la preguntamos:

—¿Se siente usted guapa?

—¿Cómo que si me siento guapa?—inquirió sin comprender.

—Que si usted se cree que es bella.

Soltó una carcajada de cristal, y

—¡Ay! ¡Qué sé yo!—trató de evadir.

—Esa respuesta tampoco tiene originalidad ninguna.

Entonces, con resolución, repuso:

—Muy perfecta no soy; pero bastantillo bonita sí. ¿No lo cree usted?

Y nos miró, incitante, con deliciosa coquetería femenina, enseñándonos otra vez la red de sus dientes frescos, que eran una tentación.

Nos limitamos a contestar:

—Con que lo crea su novio, basta. ¿No tiene usted novio?

Se entristeció; dejó un momento melancólicamente vagar por el paisaje sus pupilas azules, y, después, como pensando en voz alta, suspiró:

—¡Oh! ¡Novio yo! ¡Ya pasaron aquellos tiempos!

Y seguramente quedó su imaginación prendida en el encanto delicioso de sus

pasados e inolvidables quince años, cuando las mujeres reciben cartas de pasión desesperada, que queman como ascuas.

—¿Está usted enamorada, Irene?—la preguntamos.

Ella, en vez de responder, nos miró largamente, dejando que nosotros adivináramos en sus ojos soñadores.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted enamorada?—insistimos, después de adivinar.

—No hablemos de eso.

—¡Ah! ¿Tiene usted miedo?

—Por mí, no; por él, que no disfruta de la libertad que yo.

—¿No aspira usted a casarse?

—¡Oh, no! ¡Qué horror! ¡Jamás!—rechazó con toda su alma—. El artista, como usted dijo hace poco en la interviú de la *Argentina,* debe ser libre; cantar en todas partes, pero no anidar en ninguna. El que es libre puede, en cualquier momento, rectificar su destino; él, ¡pobre prisionero! Para mí, un marido del teatro sería algo empalagoso e insoportable, y un marido ajeno al teatro, algo ridículo.

—Esto último suponiendo que él la dejase a usted seguir trabajando.

—Pero es que mi vocación de artista está por encima de todo; se rebela contra todo. Es mi YO más firme. No hay nada que me compense de vivir, como vivir para mi arte.

—¿Entonces su única afición fué siempre el teatro?

—Siempre; yo no he vacilado jamás entre esta profesión u otra. "Cómica." No me molesta que me llamen "cómica"; al contrario, me gusta, me complace. Cuando pequeñita me preguntaban: "Tú, Irenita, ¿qué quieres ser?" "Cómica", respondía yo siempre. Y ya lo soy por completo, plenamente, en absoluto; entregada al teatro y a los del teatro en cuerpo y alma.

—Su director artístico estará muy satisfecho.

Sin saber por qué se le arreboló el rostro, y...

—Sí; soy su discípula predilecta. Gracias a Ernesto Vilches, he llegado a lo que soy; es un director artístico admirable.

—Y dice usted que su vocación por el teatro se inició desde pequeñita. ¿Y cuándo se acentuó?

—¡Qué sé yo! Me crié en Murcia...

—De donde es usted—la interrumpí.

—Sí, señor; y allí, con mis amiguitas, jugábamos al teatro. Luego...

Meditó; tras de rememorar, prosiguió:

—Luego, después de la muerte de mis hermanas, vinimos a Madrid. Aquí teníamos unas amigas que trabajaban en "El Arte Español". Y lo que pasa: ellas me animaron y yo me decidí.

—Y en "El Arte Español", ¿hizo usted papeles de importancia?

—No, quiá; inignificantes. Después pasé con la Guerrero, y a ella le debo mi carrera.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es eso? ¿Trabajó usted mucho con ella?

—No, señor; al contrario, no trabajé nada; y por haber prescindido de mí en absoluto decidí abandonar esa compañía. De lo contrario, ahora ya es posible que empezase a sacar vasos de agua a escena. Bueno. Me marché con Vilches.

No pudimos contenernos.

—Y desde entonces data su amor.

—No, señor—protestó—. Calle usted. No diga nada de eso. Después me contrató Tallaví, y, a su muerte, volví con Vilches. Y usted ya ha visto la carrera tan rápida que he hecho; hay que dejar de ser modesta.

—Perfectamente; así lo diré.

—Pero eso lo pone usted por su cuenta; diga usted: "Esta artista, que es tan eminente como modesta." En fin, esas cosas.

—Será usted complacida. Y dígame, Irene, ¿es usted apasionada?

—Sí; apasionada; sé sentir.

—¿Y feliz?

—Hasta ahora quiero serlo, y lo soy; para mí todo es satisfacción.

—Pero, perdone usted; hay dos felicidades: la de la profesión y la íntima.

—De las dos disfruto yo. Como mujer y como artista he sido muy feliz.

—En caso de tener que sacrificar una

de las dos cosas, ¿por cuál se decidirá usted, por su arte o por su amor?

—Son dos cosas tan grandes que me pone usted en una duda horrible; como no son incompatibles, me decidiría por las dos.

—No es posible.

—Pues ya lo he dicho antes: por mi arte.

—Señorita, usted no está enamorada; usted no sabe lo que es una pena de amor; de lo contrrio, no hablaría así.

Suspiró fingiendo melancolía.

—¡Que no! ¿Acaso se puede ser buena artista si no se ha templado el alma con las emociones y el sufrimiento?

Callamos.

Andando, andando, habíamos llegado hasta la rosaleda. Allí la preguntamos:

—¿Le gustan a usted las flores?

—Más que los pájaros, y eso que los adoro. Yo, antes de ahora, debo haber sido...

—Sí; palomita de las nieves o cisne.

—Tal vez cisne.

—¿Cuál es su defecto más saliente?

—Derrochar cuanto tengo.

—No me refiero al espíritu, quiero decir defecto físico.

—¡Qué sé yo! Muchos. Por lo pronto, quisiera tener la nariz así—se levantó con el dedo la puntita—, porque eso hace muy mono y muy expresivo.

—¿Y los ojos?

—Más pequeños. ¿No son demasiado grandes?

—¿Tiene mal genio?

—Sí, señor; me disfruto un genio muy fuerte. Muchos nervios.

—Entonces le darán a usted ataques y pataletas.

—¡No, no! Eso no; eso son cursilerías.

—¿Y celosa? Celosa sí es usted; se le nota en los ojos.

—¿En los ojos?

—Sí; son desconfiados.

—Pues esta vez se equivoca el psicólogo. Confío demasiado en mí para ser celosa.

—Esa me parece una respuesta vulgar; los celos no se sienten por falta de confianza en nosotros, sino porque desconfiamos de lo que consideramos como nuestro.

—Pues si viera usted que yo no sé lo que es eso. ¿Y usted?

—Yo sí. ¿Cuál es su vicio?

—¿Aparte del teatro?

—Claro.

—Tengo el vicio de amar demasiado a la persona que amo.

—¿Ha tenido usted muchos novios?

—Sí, muchos; hasta que consiguieron hastiarme.

Y ríe vanidosilla y triunfadora.

—¿Cuál es la emoción más tangible que experimenta usted en escena?

Vaciló sin saber. Después...

—No sé.

—¿Miedo?

—No; el miedo me acomete un momento antes de salir. Después me siento plenamente el personaje que represento, y yo creo que paso por todas sus emociones.

—¿Cuál es la artista de su género que más le gusta?

—A la Pino no la he visto. María Guerrero, aunque jamás se lo he dicho, me gusta muchísimo. Sin embargo, nunca se me ocurrió imitarla, defecto del que no pudieron sustraerse sus discípulas. Yo cuido mucho mi personalidad; mala o buena, quiero ser siempre yo: original, personal e intransferible.

—¿Cuál es la obra que hace usted con más gusto?

—Todas; pero sobre todas, *La muchacha que todo lo tiene.*

—Claro; como que ha sido un éxito personalísimo de usted.

—Tal vez porque sentí mucho el papel.

—¿Qué es lo que más la inquieta de la vida?

—¡No quiero ni pensarlo! ¡La vejez! No me recuerde usted que voy a ser vieja; prefiero morirme. Me hago la ilusión de que siempre estaré joven.

Y dejó caer los párpados con ensueño sobre sus bellas pupilas celestes.

Esta es la señorita feliz que todo lo tiene.

FELIPE SASSONE

FELIPE SASSONE

El largo paseo de la Castellana se extendía ante nosotros, negro, húmedo y silencioso, como un jardín encantado, con sus grandes árboles, que parecían fantasmas, y sus escasas luces, que brillaban en la obscuridad como luciérnagas.

Había cesado la lluvia. Después de comprobarlo, cerramos los paraguas y continuamos caminando lentamente, cogidos del brazo. Bajo nuestros pies crujía la alfombra dorada que en estos días de otoño habían tendido las hojas caídas.

Dormía todo; hasta aquellas cuatro campanadas, oídas en un reloj cercano, dejaban un largo eco de pereza y desaliento. El silencio de ciudad desierta era sólo turbado por nuestro diálogo pintoresco de evocaciones, anécdotas y proyectos.

La voz limpia y metálica de Felipe—voz de tenor—se complacía en dominarme. Charlaba y charlaba con una amenidad subyugadora, que hacía perder la noción del tiempo y del lugar. Hubo un solo ins-

tante en que caminamos por la obscuridad en silencio; se oía el ruido producido por las grandes gotas de agua que desde los árboles resbalaban hasta nuestros sombreros. De pronto, bajo la luz de un farol, detuve a Sassone y le pregunté:

—¿A que no sabes lo que se me está ocurriendo en este momento?

El se puso su monóculo y me miró de hito en hito, queriendo auscultar mi espíritu.

—¿Acompañarme hasta la Puerta del Sol?—inquirió.

—No.

—Pues, chico, no sé—murmuró vencido.

—Mira, querido Felipe, tú ya eres un escritor triunfante.

—¡Hombre, por Dios!—me interrumpió con fingida modestia.

—Sí, triunfante—insistí—; has luchado mucho, tienes un talento multiforme, y yo deseo, antes de marcharme a París, hacerte una interviú para mi libro de celebridades contemporáneas. ¿Quieres hablarme de ti, de tu vida, que debe ser muy interesante?

—Me encanta tu propósito y me encanta hablar de mí; siempre estoy hablando de mí, y no es narcisismo ni pedantería. Ya ves, la docenita de personas que me reconocen algún mérito dicen que soy original.

—Y lo eres—afirmé yo.

—Puen bien; el secreto de mi originalidad no es más que la sinceridad; desnu-

darme el alma. Porque puede haber parecido de facciones y hasta de movimientos; pero en el sentir, en lo psíquico, nadie se parece a nadie. Uno es uno personal, intransferible e inconfundible. El *quid* está en saber sacar *eso* de uno. Cuando tú o yo, o quien sea, habla de algo que siente y sin inquietarse de quien lo oye, sin reparo, sin adoptar posturas, sin pensar si lo que dice está bien o mal, es moral o inmoral y le conviene o no, resulta siempre original y, por consiguiente, interesante. Pone el alma a flor de piel y es siempre agradable el espectáculo del alma de un hombre.

—Sin embargo, Felipe, no llevas razón; lo mismo que en el orden físico se parecen las personas hasta casi ser iguales, ocurre en el orden espiritual. No te quepa la menor duda. Y en cuanto a llevar el alma a flor de piel, es un poco expuesto; y tú sabes, además, que es una prueba de distinción defender la intimidad del alma.

—No lo niego; pero yo fundo mi aristocracia espiritual en otra cosa: en lo agudo y lo ágil de mi sensibilidad; en el don de la risa y del llanto, que tengo fáciles, y no oculto ni un momento ni mi pena, ni mi rabia, ni mi alegría. Para que nadie se llame a engaño, quiero que mi alma salga a la calle en calzoncillos blancos, y si está ridícula así, pues... ¡paciencia!

Nos detuvimos otra vez a encender unos egipcios.

—Cuéntame de tus andanzas, de tus predilecciones, de tu niñez—insistí.

—Mira, en cien palabras te diré toda mi vida. Nací en Lima el 10 de agosto de 1884.

—Hombre, tanto detalle, no.

—No importa; así encontrarán datos biográficos el día de mi muerte—contestó en broma—. Mi padre es italiano.

Le interrumpí:

—Se te nota que eres italiano de sangre.

—¿Por qué?

—Por tu sensibilidad artística. Tienes el alma del arte en carne viva.

Rió; proseguí:

—Y, además, tu tipo y tu distinción desaliñada es de un príncipe bohemio escapado de un palacio romano. Parece que tus cabellos se han ido empolvando ante un lienzo en un estudio de Venecia y que tus ojos se han llenado de melancolía paseando por los lagos de Nápoles; y con tu chambergo airoso, tus proporciones gallardas, tu aire impertinente y despótico y un acero en la diestra, nada tienes que envidiar a un mosquetero siciliano.

—¡Por Dios, Pepe! No te burles de mí.

Protesté, y prosiguió:

—Pues bien; mi padre, italiano, y mi madre, peruana, hija de españoles, españolísima, andaluza. Mis otros apellidos son Suárez y Vargas. Crecí en la opulencia.

Nuestra fortuna, hasta mis diez y seis años, era de dos millones y medio de dólares. Soy hijo único del segundo matrimonio de mi madre. A los ocho meses me llevaron a Nápoles; a los ocho años me volvieron a llevar a América. Mi primer idioma fué el italiano, y mi madre me enseñó el español; por eso ceceo como un andaluz y acciono como un napolitano. Mi padre es el hombre de mayor cultura y de más seguro talento que he conocido. Es un artista que no produce arte. Es un crítico. Fué mi maestro; me enseñó una oración en italiano al Angel de la Guarda; me nutrió de clásicos griegos, latinos, italianos, franceses y españoles. Es un hispanófilo ardiente. Me enseñó a cazar, a tirar a las armas, a ser leal, buen amigo y a querer. Mi padre fué y es mi Dios. Tolera todos mis caprichos, todas mis aficiones, y satisfizo todos mis deses... A los nueve años, jugando al toro en el colegio, se me despertó la afición taurina, y él me formó una biblioteca taurómaca completísima, para que me enterara a gusto. A los once años le puse el primer par de banderillas a un becerro en una corrida de aficionados, y él me aplaudía desde un tendido. A los doce años resultó que yo tenía una voz muy bonita y un oído muy seguro, y a mi casa llegó un maestro de música y todas las óperas y todos los tratados que se me antojaron. A esa misma edad me dió por escribir y

entré de revistero de toros en un periódico. A todo esto, me ahogaba mi Lima chiquitita y con poco ambiente. Me escapé varias veces a los pueblos. A Chile. Quería volar y no sabía a dónde. Papá lloraba y me perdonaba siempre. Y así, estudiando en la Universidad la carrera de Filosofía y Letras, que terminé; la de Derecho..., que se torció pronto, y yendo y viniendo, y matando toros, cantando zarzuelas y representando comedias, viví..., viví dándome con toda el alma a todo y en todo momento..., y por eso estoy viejo y estoy triste...

—¿Luego has sido torero?

—Torero, tenor, comediante y poeta.

—¿Cuál fué el primer disgusto de tu vida?

—Mira, no quiero callarte nada. Tenía diez y nueve años. Nuestra fortuna había venido a menos. Papá habíase marchado a Chile a trabajar en una salitrera. Mamá vivía, con una hija casada, el marido de ésta y sus nietos, en un caserío elegante —El Barranco—, a once kilómetros de Lima, en un chalet que aún nos quedaba. Yo trabajaba en Lima; era cajista, revistero de toros y de teatros y poeta festivo en un mismo periódico. Iba a ver a los míos diariamente. Una tarde, al ir a tomar el tren, me encontré al médico de casa y me dijo que tenía el sarampión y que me metiera en la cama inmediatamente, sin tomar el tren. Lo hice así y escribí a mamá.

Al día siguiente vino una criada y, desde la reja de la ventana, me hizo saber que mamá estaba enfadadísima conmigo, porque yo le había escrito teniendo el sarampión, sin pensar que la carta podía llevar el contagio a los hijos de mi hermanastra, sus nietos, que vivían con ella. Me proponía que fuera al hospital italiano a una sala de pago; pero yo preferí irme a casa de un amigo. Mamá me envió pollos para que me hicieran caldos, y algún dinero para medicinas. Yo lo rechacé todo diciendo que sólo ansniaba cariño, y que ése lo tenía en casa de mi amigo. A los quince días, yendo por la calle, vi a mi madre que volvía de misa y corrí hacia ella con los brazos abiertos. Mamá me detuvo con el gesto, gritando: "No te acerques, estás en la seca; es la época peor." Me quedé inmóvil en medio del arroyo y rompí a llorar como un loco. Ese fué el primer disgusto de mi vida. A los pocos días resolví marcharme a Europa y fuí a despedirme de mamá. No pudo retenerme, a pesar de sus lágrimas. Me arrodillé en el salón de mi casa y solicité su bendición; ella me la dió, me besó y perdió el sentido; pero yo había resuelto partir, y... partí. A bordo, al otro día, cuando el barco iba a zarpar, llegó un criado con una carta de mi madre y doscientas libras esterlinas. Tal vez la pobre empeñó sus alhajas para enviarme ese dinero. Yo no le guardo rencor a mi viejecita. Ella era muy devota;

yo era por aquel entonces ateo y anarquista. ¡Pobre de mí! ¿Qué sabía yo? ¡Y pobre de ella!; todos le decían que su hijo Felipe era "el enemigo malo". Llegué a Italia, y un día me encontré sin dinero; entonces canté ópera en Sicilia, corrí en bicicleta en Londres, canté para los fonógrafos en París. Empecé a saber lo que son unas botas rotas y una patrona enfadada. Me embriagué de sensibilidd y de alcohol. Viví, lloré, sufrí, gocé. A las tres cornadas, que dejaron huella en mi cuerpo, se unía la cicatriz de un balazo en la tetilla izquierda, que en riña me dieron en Italia. Rodé al suelo.

—¿Y cómo fué venir a España?

—Quería conocerla. Llegué a Barcelona. Vendí a un editor, en cincuenta duros, una novela —*Malos amores*— que había tejido con aventuras de mi vida e invenciones de mi fantasía, y cuando vi en *El Imparcial* un artículo hablando bien de mi libro, tomé el mixto, y en tercera, sin comer, sin gabán, con las botas rotas y un oído enfermo, llegué a Madrid. Tenía en el bolsillo de mi pantalón treinta y cinco céntimos y era la Nochebuena de 1906. Pisé el suelo de la estación de Atocha y rompí a llorar de alegría. Mi corazón, que no me engañó nunca, me dijo que llegaba a mi tierra de adopción, a mi casa; y así era la verdad. ¡Así ha sido! ¡Ay, mi Madrid de mi alma!

Al mismo tiempo que suspiraba larga-

mente el notable escritor, miró al cielo, como si quisiera auparse y besarlo.

—Tú eres viudo, ¿no?

—Sí; verás. En 1913 fuí a Lima a casarme con la novia de mis diez y ocho años. Era de una familia distinguidísima, había sido muy firme esperándome y me casé; pero ya no estaba enamorado con pasión. El presidente de la República me mandó su coche de gala, y mi boda fué un acontecimiento; al poco tiempo regresé a España con mi mujer. Y ella fué tan buena, me comprendió tanto, que al mes de haberme casado me había cogido por el corazón; la adoraba. Entre el Gobierno de mi país y algunos periódicos de Lima y Buenos Aires, me aseguraron mil quinientas pesetas mensuales, y vine aquí sin tocar un céntimo del patrimonio de mi mujer, dispuesto a trabajar. Entré a formar parte de la Redacción de *Nuevo Mundo*. Fuí feliz unos meses. Pocos, muy pocos.

Calla Sassone; su gesto se ha entristecido; sus últimas palabras tiemblan de tristeza. No querría rememorar más; pero sigue:

—Estalló la guerra. De América me cortaron el envío de dinero. *Nuevo Mundo* cambió de propiedad; aún no éramos amigos tú y yo; aún no conocía a Verdugo, y me quedé fuera. A todo esto mi mujer pasaba un embarazo terrible. La operaron; se agravó. Pasé tres meses sin quitarme el calzado, velando a mi pobre-

cita. Todas las tardes salía a buscar dinero como un loco. Me socorrieron mis amigos. Solicité colaboraciones inútilmente. Peregriné por los teatros con mis comedias debajo del brazo. Le leí dos a Escudero, que me había ayudado en otras ocasiones, y no le gustaron; le leí una a Federico Oliver, y tampoco le gustó; le llevé otra a García Ortega, y la tiró a un cajón sin leerla siquiera. Firmé letras, me empeñé, enflaquecí, enloquecí. Jacinto Benavente, que iba a ser padrino de mi hijo, iba todas las tardes, cuando yo no estaba, a acompañar a mi Amelia... y me dejaba un sobre con dinero sobre mi oratorio; gracias a Jacinto no nos morimos de hambre en casa. Pero nació el chico, y a los veinte días mi Amelia se murió para siempre, toda pálida y más hermosa que nunca. Penella y su mujer me llevaron a su casa con el niño; pero el pobre hijito mío siguió a su madre antes de dos meses. Se llevaron mis muebles los acreedores. Penella se fué a América, y yo me quedé en la calle sin más dinero que lo poquito que daba *El intérprete de Hamlet,* que el gran Morano me estrenó en Zaragoza.

—¿Cuándo?

—La misma noche que moría mi mujer. Enrique López Alarcón fundó *Gil Blas* y me llevó a la Redacción, me puso una cama allí, vivió conmigo, me llevaba a comer a casa de su madre; fué para mí un hermano.

Se detuvo para recordar.

—¡Ah! Sí. Se estrenó en Madrid *El intérprete;* fué un éxito. Arturo Serrano me ofreció su amistad y su teatro Infanta Isabel. Estrené allí *Lo que se llevan las horas, La princesa está triste, Los ausentes.* Fuí a Buenos Aires. Volví. En Eslava estrené *A campo traviesa,* y ahora *La señorita está loca.* Estoy en *El Fígaro;* me han ayudado todos: públco, críticos, amigos y..., ya lo sabes..., todo Madrid ha sido bueno para mí...

—Y libros publicados, ¿cuántos tienes?

—Unos quince, entre novelas, comedias y versos.

—¿Escribes con facilidad?

—Como hablo, y lo mismo la prosa, el diálogo y el verso. Sé bien mi oficio.

—Entonces ¿ya habrás ganado bastante dinero?

—Este año unos ocho mil duros; pero el 31 de dicembre no tendré un cuarto, como ahora. No sé por qué.

—Eres un hombre de corazón muy sensible; se dice por ahí que estás enamorado otra vez de una...

Me detuvo tapándome la boca.

—Calla; no digas su profesión ni su nombre. De una mujer. Es cierto. ¡Estoy enamorado con fiebre, con locura! Aquí, en España, están los ojos negros más bonitos del mundo.

—¿Cuál es tu aspiración suprema para el porvenir?

—Formar una compañía dramática y dirigirla en un teatro de Madrid. Ya ves, no aspiro a ser káiser ni presidente de una República. Sueño con una compañía teatral.

—¿Cuál ha sido el momento más feliz de tu vida?

—El día del banquete a Galdós, Unamuno y Cavia Cuando, al levantarme a ofrecerlo, temblando de miedo, vi que no me tiraban ningún panecillo a la cabeza, me creí alguien.

—Y dime, Felipe, ¿tienes confianza en ti para triunfar definitivamente?

Suspiró como un galán italiano, y...

—¡Qué sé yo! ¡Lo que Dios quiera, lo que manden esos ojos negros! Lo mismo me pueden aplaudir por la calle que puedo acabar en un presidio. Y cuando me aburra esto; cuando el ruido de mi corazón me aturda y me desespere el tic-tac de este reloj que llevo en el pecho, le meto un pedazo de plomo dentro, lo paro para siempre, y en paz. Pero quiero que sepan que soy bueno y que me quieran mucho. Quiero que me lloren, Pepe.

Habíamos llegado al Hipódromo. Comenzaba a grisear el día. Y en aquel momento, al recibir la luz macilenta del cielo poblado de nubes plomizas, nos sentimos transidos de frío, cansados, pálidos, sucios, débiles, nerviosos y tristes. Eramos dos hombres malos, que habíamos pasado la

noche fuera del hogar. Y en silencio, alentados por el pueril recuerdo de nuestros lechos, emprendimos el regreso, sin hacer caso de la churrera ni del vendedor de periódicos.

ALFONSO COSTA

ALFONSO COSTA

Esta Embajada lusitana da la angustiosa sensación de una casa en almoneda...

Si colocásemos el palacio que en la Castellana es mansión del príncipe de Ratibor al lado de este pisito modesto, nos haría el mismo efecto que al establecer la odiosa comparación de una luz de cinco bujías luciendo al lado de una estupenda nitra de mil...

No podemos sustraernos a la impresión: parece que al modesto perchero en donde hemos dejado nuestros sombreros le falta un cartelito, que debiera decir: "Perchero casi nuevo, 20.000 reis", y a esas sillas doradas del gabinete en donde esperamos pacientemente, otro análogo: "Salita completa con ricas cortinas de terciopelo, dos *tostones*". No; para nuestro gusto no es ésta la severa y suntuosa casa en donde debe estar representada la nación vecina, tan temible como importante...

De servidumbre también anda muy medianamente: el mismo ilustre Sr. Vascon-

cellos, con su elegante chaquet, las erguidas guías de su bigote y sus magníficos lentes sin armadura, tiene que acudir a abrir la puerta de la calle cuando alguien llama. Por cierto que con este motivo hemos escuchado un diálogo que dicho excelentísimo señor sostenía con un visitante, que nos llenó de confusión:

EL VISITANTE.—¿El señor embajador de Portugal?...

EL SR. VASCONCELLOS *(con absoluta naturalidad)*.—El señor embajador no se halla en este momento en la Embajada...

EL VISITANTE *(sorprendido y desconcertado)*.—Perdón, caballero... Creí que usted era el propio Sr. Vasconcellos...

EL SR. VASCONCELLOS.—Pues si tal cree usted, no debe dudar un momento más de mi palabra. El señor embajador no se halla en este momento en casa...

También el insigne médico portugués, representante de la nación vecina, tiene que acudir frecuentemente a las demandas que hace el timbre del teléfono.

—¿Quién llama?...

—...

—Un servidor de la Embajada...

—...

—Perfectamente; le daré el recado a su excelencia el señor embajador...

Todo esto es sumamente interesante y divertido. A nosotros nos encanta, y por eso esperamos muy complacidos en la

simpática compañía de Guerra Oliván y del fotógrafo Alfonso...

Primero fué llamado a la habitación cercana el encantador camarada Guerra y Oliván...

Aún nosotros permanecimos en el gabinete dorado una media hora más... Nos entreteníamos en contemplar un retrato de Gimeno, nuestro ministro de Estado, y otro del político portugués Machado, que por todo adorno había sobre la mesa...

Se escuchaba, como un murmullo, el diálogo que nuestro compañero sostenía con Costa... La voz de Guerra, amable, blanda, amilanada; la del ministro de Hacienda lusitano, enérgica, dura, desagradable... De vez en cuando intervenía la de Vasconcellos, muy semejante a un maullido de un gato...

Y ya casi dormitábamos cuando se volvió a abrir la puerta, y en el dintel aparecieron el Sr. Vasconcellos y D. Alfonso Costa, que nos invitaban, con sonrisas llenas de cordialidad, a pasar... No habíamos terminado de estrecharnos las manos en mutuas reverencias cuando entre los dos políticos portugueses comenzaron a cruzarse miradas de inteligencia y de inquietud...

Don Alfonso Costa, pequeño, recio, regordete, sin línea decorativa, con la tez bermeja y con su luchana que da la sensación de estar muy bien teñida, preguntaba, con sus ojos menudos, encogidos y

negros, al Sr. Vasconcellos: "¿Quién es este señor?" El simpático caballero Vasconcellos, alto, sumamento afectado en sus gestos y en sus movimientos, le contestó en voz alta, haciendo unos protectores elogios de este periodista, cosa que fué muy agradecida por nosotros.

Y tomamos asiento entre el Sr. Costa y el Sr. Vasconcellos... Comenzamos nuestra conversación.

—Ante todo, señor ministro, le doy las gracias por esta amable audiencia...

—De nada, señor—repuso Costa en un castellano sumamente retorcido, siempre dominado por el acento portugués.

Vasconcellos vió que era el momento de lucir sus dotes admirables de diplomático, e intervino...

—¿Ha tenido usted que aguardar mucho?—nos preguntó.

—No—repusimos con naturalidad—. Dos horas... El señor ministro nos citó a las cinco; son las siete y media. ¡No es mucho!...

—El señor ministro está tan ocupado... —disculpó Vasconcellos.

—Sí, sí; ya lo comprendo—aceptamos—. Y... ¿con qué objeto ha venido usted a España?... Asuntos políticos relacionados con la guerra tal vez...

Don Alfonso contestó rápido, atajándonos:

—No, señor; nada de eso. Su Majestad el Rey de España ha sido muy amable

conmigo cuando hace dos años sufrí aquel espantoso incidente que me tuvo casi fuera de la vida. Yo quería expresarle mi profundo agradecimiento personalmente... Pues yo, cuando sufrí el incidente, no era presidente del Consejo, ni ministro, ni ocupaba cargo oficial ninguno, y, sin embargo, Su Majestad tuvo para mí toda clase de atenciones... Este verano, de paso en San Sebastián, adquirí con el señor conde de Romanones el compromiso de venir a España para visitar a don Alfonso... Y he aprovechado el tener que ir al frente francés a pasar las Pascuas con mi hijo, que es oficial de Ingenieros, para cumplir mi agradable compromiso...

—¿Y qué impresión lleva usted de la entrevista que ha tenido con nuestro Rey?

—¡Oh, señor! Una impresión agradabilísima... Supera a todas las ilusiones que yo me había forjado... Don Alfonso es un monarca de agudísima inteligencia y de una simpatía subyugadora...

—¿Qué le ha parecido a usted España?

—Yo soy viejo amigo de España. La he visitado con bastante frecuencia, pues vivía aquí un tío mío, hermano de mi madre, y a su lado he pasado muchas temporadas. Ya él murió; pero aún vive su esposa. Conozco Barcelona, que es una maravilla, y que para mi gusto es lo más hermoso de España...

Vasconcellos creyó llegado el momento de intervenir con su capote de diplomático.

—El ministro quiere decir—aclaró—que Barcelona es admirable, dentro de su carácter; pero Madrid también encanta al señor ministro...

—¡Oh, sí, sí!—agregó el Sr. Costa—. Y Bilbao, la capital trabajadora, y Salamanca, llena de tradición, y Toledo, sagrario de arte... Conozco toda España. Y cada vez que vengo a visitarla, me sorprende su rápido progreso y que la veo llegar a la meta de sus aspiraciones...

—Hablemos de Portugal, señor ministro. Nosotros también sentimos una profunda simpatía por Portugal.

—La situación de mi país es la de un país en guerra, que sabe afrontar estoicamente las situaciones difíciles.

—¿No hay en Portugal división de opiniones en lo que se refiere a la guerra?

—No, señor—rechazó rápido—. Nosotros hemos ido a la guerra por tres cosas: Primera y principal, porque nuestra aliada, Inglaterra, estaba en ella, y de la misma manera que si nosotros hubiésemos ido nos hubiese secundado Inglaterra, teníamos nosotros la obligación de sumarnos a ella; además, lo imponía nuestra ventaja, y, por último, era preciso garantizar nuestra independencia futura...

—¿Cuántas fuerzas tienen ustedes en el frente francés?...

—Tenemos 60.000 hombres.

—Y además—medió Vasconcellos—

25.000 en las colonias y muchas reservas...

—¡Ah, ya!

—¿Qué opinión tiene usted formada del tiempo que todavía durará esta guerra?...

—Yo espero que se acabe este año por una victoria de nosotros los aliados. Esa misma última retirada de los alemanes lo da a entender bien a las claras. Esa retirada obedece, sin duda, al agotamiento de Alemania, que necesita reducir su frente y, por lo tanto, disminuirá la resistencia. Allá, en Alemania, creo que esa operación ha producido un enorme aplanamiento moral. Al final de la guerra vendrá el desenvolvimiento rapidísimo de las naciones beligerantes aliadas, a las cuales pertenece Portugal... y, seguramente, también este desarrollo será para las naciones neutrales que por afinidad de raza se hallan ligadas a los aliados... Una de las más importantes es España.

—¿Cree usted en una alianza ibérica entre Portugal y España?...

—Entre Portugal y España lo que hay hasta ahora es una amistad cordialísima... Con ella es posible que nuestros diplomáticos respectivos zurzan algo...

—¿Y Portugal acepta el actual régimen sin ninguna vacilación?...

—Portugal está completamente tranquilo. El actual régimen se halla sostenido por la voluntad de todos... No hay ninguna voluntad de mudarlo; los mismos

monárquicos que quedan—que son muy pocos—se llaman de la "tradición monárquica", igual que aquí los jaimistas.

—Usted ha sido dos veces presidente del Consejo, ¿no?

—Sí, señor; en 1913 y en 1915. Yo tengo una mayoría enorme en las Cámaras. Ahora soy ministro de Hacienda de un Gobierno de "unión sagrada", propuesto por mí mismo, para que todos arrostráramos las responsabilidades de las circunstancias.

Y después el ilustre portugués me habló de su carrera política, de sus desafíos y de los peligros que corrió cuando la revolución...

CARMENCITA JIMENEZ

CARMENCITA JIMENEZ

—¿Tomamos asiento en este banquito que se nos ofrece tan tentador?—propuse a las dos bellas hermanas.

—Tomémosle—aceptó Carmencita, con una indiferencia olímpica. Y dulcemente, con su elegante abandono de mujer árabe, se dejaba caer en el banco, entre su hermana Pepita—que tenía el rostro constantemente iluminado por una risita traviesa y coquetona—y yo, que la contemplaba extasiado y sorprendido de su belleza, blanca y dorada, sin afeites, sin colorete, hasta sin polvos.

Carmen se dejó caer sobre el respaldo del banco con indolencia.

—¿Está usted cansada?

—¡Oh, no!—protestó, irguiéndose rápida—. Es pereza: ese abandono que se experimenta ante todo lo bello. ¿No lo ha observado usted?

—Sí—afirmé—. Toda la energía corporal se reconcentra en un suspiro o aliento de amor: se entrega uno a lo que contempla. Si es, como ahora, una maravilla de

la Naturaleza, quisiéramos tendernos sobre el suelo boca arriba, con los ojos fijos en el cielo añilado de esta tarde y, mudos de palabra y de pensamiento, morir un poquito cuando muera este día placentero.

—¡Eso, eso!—clamó la gentil artista—. A mí me inspira el cielo una devoción extraordinaria.

—Claro, porque es usted un angelito.

—No; de verdad.

—Si lo creo; el cielo inspira la devoción y la atracción que inspira todo lo grandemente misterioso. ¿Es usted religiosa?

—Mucho: por educación y por convencimiento. Oígo mi misita todos los domingos. ¡Ya lo creo!

Y sus pupilas, negras y brillantes, se alzaron con avidez hasta el cielo.

Estaba un poquitín nerviosa y turbada; la inquietaba el juicio que formase el periodista.

—En este momento le falta a usted naturalidad, Carmen—le dije—. Y no sé por qué; somos paisanos; más que paisanos: casi hermanos; los dos nacimos en el mismo pueblo, allá en Montilla, en la misma casa y hasta en el mismo cuarto.

Rememoró, y, como si pensase alto, dijo:

—¡Ya, ya! Cómo me acuerdo yo de aquella casita andaluza que deslumbraba de blanca, siempre embalsamada por el azahar de los limones y los naranjos que había en el patio.

—Eran seis.

—Sí; en el primer patio; pero en el segundo patio había una parra y una acacia muy grande que subía por encima de los tejados de la casa.

—En efecto; cuando yo paseaba por el campo, siempre buscaba con la vista la acacia de nuestra casita. Era como una bandera.

El gesto de la actriz se animaba.

—Y también había un pozo; tenía su magnífico brocal de hierro, con una gran cruz en el centro; en este tiempo iban llegando las golondrinas, y por las noches se instalaban muy apretadas en los brazos de la cruz, y allí dormían. ¿Se acuerda usted?

—Me acuerdo, Carmen; y recordado por su voz deliciosa lo veo todo más tangible que nunca. Usted se marchó de Montilla muy pequeñita...

—En efecto; nos fuimos a vivir a Córdoba, en donde nació ésta.

Y señaló a Pepita, que escuchaba en silencio.

—Y al poco tiempo—proseguí yo—se instalaron ustedes en Madrid. Tendría usted entonces siete u ocho años.

—En efecto.

—Y comenzó usted a ir a un colegio que tenía una prima mía muy guapa, en la calle de Santiago.

—Cierto; allí volvimos a encontrarnos.

Usted era ya un hombrecito muy espigado y muy...

—Siga usted, que ya pasó. Muy guapo—agregué, en broma.

Rió ella, mostrando sus dientes blanquísimos.

—Claro; tendría usted entonces doce años, y acababa de llegar de Montilla.

—Así era—asentí.

—Iba usted de visita al colegio casi todos los días, y su prima le encargaba de tomarnos las lecciones. ¿Recuerda usted? Se ponía usted muy serio y muy ceremonioso.

—A usted la enseñé a escribir, y me costó mucho trabajo.

—Sí, sí; verdad—exclamó con alborozo—, y se indignaba usted porque me torcía mucho.

—¡Es que parecía que lo hacía usted a propósito, Carmen!

—¡Bueno, hombre, no se indigne usted ahora recordándolo! Ya pasó, ya escribo muy bien y muy derecho.

Reímos.

—¿Y qué pasó después?—me pregunté yo, a mí mismo.

—Que dejamos de vernos mucho tiempo—repuso ella—. Hasta que un día nos encontramos ya en el escenario del teatro Español. Yo comenzaba mis balbuceos escénicos y usted los literarios. Usted tenía novia y yo tenía novio.

Calló un momento para suspirar por la

libertad perdida. Después, con voz de lamento, prosiguió:

—¡Y me casé!

—¿Con Cirera?

—Sí—labió.

Hubo una pausa de pesadumbre.

—¿Y cómo nació en usted la idea de dedicarse al arte dramático?

—A su prima se lo debo; ella sembró en mí esta idea. Me matriculé en el Conservatorio, y me hice discípula de Fernando Díaz de Mendoza.

—¿Estuvo usted mucho tiempo en expectación?

—¡Oh, sí!, y haciendo damas mudas en escena. Cuando la compañía de Guerrero-Mendoza pasó a la Princesa comencé a hacer *pinitos*.

—¿Cuál fué el primer éxito lisonjero que tuvo usted?

—En *La cena de las burlas*. ¿Verdad que hay un instante en la vida de uno que se juega el porvenir? Ese instante para mí fué la noche de *La cena*.

—¿Y triunfó usted?

—Salí airosa, y ya me confiaron papeles de importancia: en muchos casos llegué a sustituir a María Guerrero.

—¿Por qué se marchó usted de la Princesa?

—Pseh. Por incompatibilidades.

—¿Y pasó usted...?

—A Eslava, con García Ortega. Allí tuve algunos éxitos. Después hice una

temporada con la Cobeña, en el Español.

—Cuando se estrenó *Cabrita que tira al monte.*

—En efecto.

—Esta será la obra que más le gusta a usted.

—No; la que quiero más, porque fué la que me consolidó.

—Entonces, ¿cuál es su obra predilecta?

—Siempre la última: ahora *La casa de la Troya.* También me divierte mucho representar *La venganza de don Mendo.*

—¿Prefiere usted el género serio o el cómico?

—No tengo predilección: con igual gusto hago una cosa que otra.

—¿Cuál es su autor preferido?

—¡Por Dios!—imploró, encantadora—. No me ponga usted en compromisos. Para mí, el mejor autor es el que me hace papeles más bonitos.

—Con esa contestación demuestra usted que es egoísta.

—El egoísmo en arte es disculpable.

Callamos. La miraba, en silencio, atentamente. La veía de perfil, un perfil impecable; nacía su pelo como una pelusilla de oro en la blancura inmaculada del cuello. Cuando, perezosa y castamente, reía, su boca sutil, de bacante, parecía arder bajo la brillante pincelada bermeja. Boca exótica, un poco de ángel y un poco de diablesa, saturada de una dulce y exquisita sensualidad de sangre y de agua fres-

ca, y al mismo tiempo contraída por una mueca de indiferencia.

—¿Usted cómo se cree, bonita o fea?

Se le arreboló el rostro, y rió en carcajadas.

—¡Bah!, qué pregunta. Me parece que soy así... así...; no asusto.

—¿Se enamoran muchos espectadores de usted?

—No comprendo.

—Que si recibe usted muchas cartas de enamorados.

—¡Uf! ¡Muchísimas! Tengo un constante enamorado en Manila. Vió mi retrato en *Nuevo Mundo* y se quedó prendado. Desde entonces me escribe en todos los correos.

—¿Está usted enamorada?

—¡Quiá!

—¡Caramba! Lo siento por su esposo.

—Aquello ya pasó. Ahora estoy desengañada: soy un camposanto, paisano.

—¿Cuál cree usted que será su porvenir?

Suspiró largamente:

—¿Cuál ha de ser? Trabajar mucho, hasta que me muera.

—¿Qué muerte ansía usted?

—Quiero morir como *La dama de las camelias:* tuberculosa, pero con menos tos que en el último acto.

—Veo que es usted romántica.

—Mucho.

—¿Cuál es el día más feliz que ha tenido usted en su vida?

—El día que me ofrecieron el contrato de la Comedia. Fué una cosa inesperada; nadie me había hablado de ello, cuando recibí una carta de mi empresario prometiéndomelo.

—¿Cómo presiente usted su vejez?

—De característica—murmuró con tristeza—. Y no crea usted que me aterra la idea, porque yo amo con locura el teatro; así es que seguiré con una nueva ilusión cada día, y una ilusión es lo más bonito que hay bajo el cielo.

—¿Qué concepto tiene usted de los hombres?

—¡Oh! ¡Muy malo!—exclamó entre carcajadas—. Que son ustedes todos muy prosaicos, muy vulgares, muy dominantes y muy egoístas.

—Gracias, paisana.

—Es la pura verdad.

—Un enamorado de esos que tiene usted la matará un día.

—No lo crea: me lo han dicho muchas veces, y... aquí me tiene usted, tan campante.

—¿Tiene usted mucho dinero ahorrado?

—Ni un céntimo chico. Hoy día, con los sueldos que se ganan en el teatro, y los precios de las ropas, no se puede ahorrar. Gracias que se viva con decoro.

Caía la tarde.

EL MARQUES DE VILLAVICIOSA DE ASTURIAS

EL MARQUES DE VILLAVICIOSA DE ASTURIAS

Un libro pequeñito, que desde hace un mes nos lo vamos encontrando en todas partes, y que se titula *Política al alcance de todos,* es el que nos ha inquietado, hasta el punto de decidirnos a girar esta visita al ilustre marqués de Villaviciosa.

En el despacho del erudito y aristócrata publicista recibimos la primera sorpresa. El marqués de Villaviciosa de Asturias es un campeón de *sport,* de energías físicas. Sus proezas en el Tiro de Pichón, en las monterías regias, en el alpinismo y en la esgrima, las hemos leído casi a diario en todos los periódicos; por esta razón, creíamos, sinceramente, que hombre de tales aficiones viviría rodeado de escopetas, cuchillos de monte, espadas, *skis* y copas ganadas en campeonatos; y nuestra sorpresa fué grande al encontrarnos en un despacho suntuoso, en una habitación de estudio, con las paredes embujadas de lujosos libros, en cuyos lomos se lee: Spencer,

Bain, Kant, Schopenhauer, Darwin, Max Stirner, Levy Bruhl, Locke, Fouillée...

No nos quedó tiempo de seguir curioseando, porque tuvimos que atender la llegada de nuestro visitado.

El marqués de Villaviciosa es alto, arrogante, pujado de pecho y ancho de espaldas; tiene la color saludable y los movimientos armónicos y gallardos de todos los hombres que han ejercitado el deporte al aire libre. Pasa de los cuarenta años, y ya su cabello lacio y su bigote fino se van empolvando. Habla, como todos los hombres sanos, con vehemencia, sin cautela y con un poco de desorden en las ideas; a las primeras palabras se advierte su vasta erudición en todas las materias, y principalmente en Filosofía. Nos da la mano, nos abraza, nos lleva hasta su mesa y allí nos sienta ante ella en su sillón de trabajo; todo esto con una efusión noble e infantil que llega a cautivarnos.

—Pero, marqués, ¿qué es esto?—preguntamos extrañados, girando una mirada en derredor de la habitación.

—Este es mi despacho, mi habitación de estudio. Ahí en ese sillón, donde usted está sentado, me paso horas y horas con mis cuartillas o mis libros delante.

—¿Y sus trofeos deportivos?

—Para esos tengo una habitación especial.

—Pero, usted, sobre todas las cosas, ¿no es un hombre de *sport?*

—No, señor; sobre todas las cosas, no; al mismo tiempo que las demás cosas, sí. Yo cultivo el *sport*, no como fin, sino como medio. Con el deporte al aire libre se fortalece el cuerpo y el alma; se sanea la materia y el espíritu; es un complemento necesario para el hombre intelectual; es el aportador de fósforo, de ideas nobles y de energías corporales.

—¿Y cuál es su deporte favorito?

—La contemplación de la Naturaleza; caminar por campos abruptos y bravíos; cuando se está en el campo parece que se está más cerca de Dios, e instintivamente se sube a la cima de las altas montañas con el pueril ánimo de acercarse todavía más a Él. Por eso mi deporte favorito es el alpinismo. Allá en los Picos de Europa, parque nacional creado por mí, yo soy feliz viviendo entre las nubes, haciendo ascensiones emocionantes.

—¿Y peligrosas?

—Sí, señor; peligrosas. Yo he conseguido subir, no sé cómo, a la montaña más difícil de los Picos.

—Y habrá usted tenido caídas de importancia.

—¡Oh, muchas!—exclamó riendo—. En la Peña Santa tuve una caída que por poco me cuesta la vida.

—¿Cómo fué eso?—inquirimos.

—Pues nada. Subí a lo alto de un pico, y era tan estupendo el espectáculo que la Naturaleza me ofrecía desde allí, que me

quedé ensimismado más del tiempo necesario; cuando quise recordar se iba la tarde; me apresuré a descender, pero ya la nieve estaba helada y resbalaba demasiado; entonces no sabía qué hacer; la noche se echaba encima con una espesa nube plomiza que me envolvió; seguí descendiendo; veía a los osos adueñarse del campo. Se me escurrió un pie y, ¡zas!, rodé como un fardo hasta las faldas de la montaña; me destrocé yo y hasta hice pedazos el mauser.

—¿Usted es de Madrid, marqués?

—No, señor; soy asturiano. En Madrid hice todos mis estudios y terminé mi carrera.

—¿Qué carrera?

—Abogado. Yo, desde pequeño, era muy aficionado al estudio; aprobé toda mi carrera con *sobresalientes;* es decir, no: en una asignatura me dieron *notable,* y dió la casualidad que fué en el mejor examen que hice; era una tonta venganza política, porque el profesor se sentía enemigo de mi padre.

—¿A qué edad fué usted diputado por primera vez?

—A los veinticinco años fuí elegido diputado por el distrito de Belmonte, que es el que siempre representé en las Cortes, hasta que me hicieron senador vitalicio, que es el mejor de todos los cargos para estudiar y ser independiente.

—Y algunos años después intervino usted mucho en los debates del Congreso.

—Sí, señor; allá por el año 1908 comencé mi campaña sobre la enseñanza.

—¿Y cómo la interrumpió usted?

—Porque tuve que entregarme por entero a establecer en España los Parques Nacionales; fuí a América para estudiarlos, y esto me alejó de la política.

—¿Tiene usted afición por la política?

Meditó un momento; después, resueltamente, exclamó:

—La política me gusta en cuanto es realización de las ideas; la local y partidista me fastidia, la detesto. He dejado de ser diputado por asco a las luchas caciquiles.

—¿Cuántos libros lleva usted escritos?

Los contó con el pensamiento, y...

—Siete u ocho.

—¿Cuál tuvo mayor éxito?

—Este último: *Política al alcance de todos.*

—¿Qué persigue usted con ese libro?

—El buen gobierno; aumentar por la libertad la felicidad de los españoles y su robustecimiento, para que llegue un momento en que podamos competir en nuestras relaciones individuales y colectivas con los extranjeros.

—¿Piensa usted continuar la campaña iniciada en su libro?

—No parte esa campaña de mi libro; es una campaña que vengo sosteniendo sin resultado alguno desde hace veinte años

contra el vampiraje de la burocracia y el infarto de la Instrucción pública y su Celestina la politicastrería. Estuvo a punto de triunfar con el proyecto de Administración local de Maura, y contra él se levantó el bloque liberal universitario, tan eficazmente auxiliado con el *affaire* Ferrer—nuevo *affaire* Dreyfus—, para que la centralización burocrática continuase haciendo de las suyas.

—¿Cuál es su escritor predilecto?

—Cervantes, por el sentido común; Stuart-Mill, por la inducción, y Schopenhauer, por la voluntad.

—Siga usted.

—Porque el sentido común, que consiste en no ver visiones, ve que la explicación de las cosas y personas de este mundo consiste en encontrar, en la variedad de todas ellas, la unidad, la analogía, la ley general o ciencia que las preside, que es lo que hace la inducción o adivinación en los particulares de aquello que los identifica al compararlos, y ve también, a poco que se fije, que la materia se reduce a la fuerza, y ésta es la voluntad, única realidad que conocemos.

—En materia religiosa, ¿cuáles son sus ideas?

—Mire usted: en la cabeza, en la Razón, tenemos a Dios, y en el corazón, en el Sentimiento, a su hijo Jesucristo; a ellos debemos entregarnos.

—¿Cómo entiende usted el socialismo?

—Como igualdad en la fraternidad de los hombres, porque donde hay fraternidad lo hay todo; y como comunidad en el trabajo, en la acción, en el valor; sin miedo al frío ni al calor ni al agua, pues todos estos son elementos de la Naturaleza. El hombre que vive en un fanal, rodeado de comodidades y de lujos, se afemina; no es un hombre ni cosa que lo valga. Yo de mí sé decir que gozo estrechando la mano callosa de los obreros más que las finas y pulidas de muchos señoritos.

—¿Cuál cree usted que es el hombre más capacitado para gobernar a España?

—El más liberal de todos, y esto es lo que no se ve con facilidad, pues los que son enemigos del monopolio de la Iglesia son partidarios del monopolio de la Universidad, y viceversa. Pero, con un *Catecismo* de la Política, con una *Constitución mental,* con *Ideas claras,* ya surgirán políticos nuevos o cambiarán los viejos.

—¿Usted piensa que España puede ser gobernada por una democracia sin trono?

—Si pensamos como Leopardi, que dice que en toda sociedad, désele la forma de gobierno que se le dé, los individuos más fuertes o más astutos son los que explotan a los más débiles o inocentes, expresaría mi pesimismo en un cantar y diría refiriéndome al Trono o República: "Ni contigo ni sin ti—tienen mis penas remedio." Pero como yo entiendo que puede ponerse un valladar a las demasías o desafueros

de los fuertes o astutos inmorales, soy optimista. Ahora bien: ¿quién está más capacitada para poner este valladar, la Monarquía o la República? Yo creo que en la Monarquía, al servicio del liberalismo, está la salvación de España, por ser la soberanía más independiente. Si abandonamos a la Monarquía los liberales no labiales, los liberales de verdad, la Monarquía, abandonada por un lado y reducida por otro, se verá impulsada a prevaricar, a entregarse a los monopolistas si no quiere perecer. Las honradas masas, reaccionarias y revolucionarias, carlistas y socialistas, derechistas o izquierdistas, deben ir a palacio y hacer una piña con el rey; no abandonar a Don Alfonso XIII, ¡el salvador!, para decirle: "Nosotras, contigo, vamos a conquistar la Libertad."

—Entonces, ¿opina usted que caben todas las democracias dentro de la Monarquía?

—¡Estoy seguro!

—¿Cuál es el día más feliz que ha tenido en su vida?

—El día que concluí *Política al alcance de todos.*

—¿Qué es lo que le inquieta más de la vida?

—No ser justo en mis apreciaciones; perjudicar a alguien con ellas.

—¿Cuál es el problema que usted cree más interesante para la prosperidad de España?

—La enseñanza y su simplificación; que para estudiar una carrera no se necesiten quince años; esto es lo que yo he perseguido con vehemencia.

Fumamos un cigarro y cambiamos de conversación.

—¿Y qué, marqués? Con la escopeta creo que también es usted un campeón.

—Sí, tiraba bien. Fuí campeón de España cinco veces; también en Londres gané en un mismo día las dos grandes copas internacionales.

—¿Cuál ha sido en este deporte su competidor más terrible?

—Su majestad el rey; yo he perdido ya facultades por la vista, y mi adversario me pasó con creces; hoy Don Alfonso es el mejor tirador del mundo; dígalo usted, que lo afirmo yo.

—¿Cuántos premios ganó usted con ese deporte?

—Más de cien copas.

—¿Y dinero?

—¡Bah! El dinero se vuelve a gastar en la misma afición.

—Si usted no hubiera estado atado por la política y la familia, ¿qué hubiese deseado ser?

—Un explorador como Stanley. Esta es mi vocación fija desde niño; pero somos hijos de las circunstancias.

—¿Cuál es el momento de más peligro que ha tenido usted en su vida?

—Un día, en el coto de Aller (Asturias): un oso estuvo a punto de "abrazarme".

—Y ¿cómo fué eso?

—Nada, que se me vino encima y tuve la suerte de matarle cuando ya estaba a un metro de distancia.

—Usted es un amigo predilecto del rey.

—Sí, señor; tengo esa fortuna. Me une gran amistad con su majestad el rey, y admiro sinceramente, sin adulaciones que yo no uso, su inteligencia privilegiada y su noble corazón.

—También el rey es un gran deportista, ¿no?

—Sí, señor; como toda persona que quiere estar fuerte para vivir y pensar. Clemenceau, a los ochenta años, ama la gimnasia y el *sport*. Y los que censuran estas nobles aficiones regeneradoras, censuran a toda la privilegiada raza anglosajona. Cuando la sangre baja a los talones, es cuando mejor llegan las ideas a la cabeza.

—¿Qué vida hace usted?

—Me levanto de seis a siete, me baño y a leer o escribir hasta las dos de la tarde que almorzamos; luego acostumbro a darme largos paseos por el Retiro o el Parque del Oeste; y todas las noches me acuesto en el momento que dan las once.

Y el marqués reía; su rostro anguloso tiene esa pátina tostada de los hombres de mar.

PEDRO MUÑOZ SECA

PEDRO MUÑOZ SECA

Cesamos de reír un momento, durante el cual yo contemplé una magnífica fotografía de Don Alfonso XIII, dedicada, que había en el sitio preferente del despacho. Al fin, me hizo exclamar:

—¡Bien, Perico!, veo que tiene usted el alto honor de ser amigo de nuestro Rey.

—Hombre, ¡ya lo creo!, y hasta me he permitido ofrecerle colaboración. Yo soy un entusiasta de Su Majestad. Es un hombre que vale muchísimo; simpático, amable, y además tiene una gracia que tumba. Ha visto todas mis obras, y hasta me hizo el honor de asistir al estreno de *La barba de Carrillo;* para mostrarle mi agradecimiento por esta distinción, le dediqué la obra, y le envié el primer ejemplar; él, a los pocos días, me mandó ese retrato dedicado, y por medio de una carta me hizo saber que me agradecía los buenos ratos que le había hecho pasar con mis comedias. Por cierto que estoy inventando ahora, para esa carta, un marco especial, por-

que, como está escrita por ambas carillas, es muy difícil que, colgándola en la pared, se vean a un mismo tiempo el anverso y el reverso. ¿Verdad que es difícil?

Asentí sonriendo.

—Bueno, pues dentro de una semana tendré el invento terminado. ¡Hará una revolución! No, si a mí acabarán conociéndome, y pasaré a la posteridad por alguno de mis inventos. ¿No tiene usted noticias de mi bastón termo, para excursionistas? Pues es precioso. ¿Y el sombrero de copa contra los naufragios? Ese es una maravilla. Este año pienso hacer las pruebas en San Sebastián. El otro día, sin ir más lejos, he ideado un aparato para quitar las rodilleras de los pantalones, y estoy satisfecho, porque no es ninguna "plancha".

Me tragué el chiste, y no pude por menos de soltar una carcajada. El acento marcadamente andaluz del aplaudido autor daba más gracia a sus palabras.

— Bueno, hablemos seriamente — murmuré, porque la risa no me dejaba tomar notas—. ¿En dónde nació usted?

—En el Puerto de Santa María, el año 1881: capicúa; moriré el domingo de Piñata de 1991, otro capicúa que se las trae. Esto de que he de vivir ciento diez años no es una chirigota: me lo vaticinó mi ama, esposa de un cabo de la Guardia civil y... amigo mío: hay que creer lo que dicen las *civilas*. Aprendí a leer de corrido

en las obras de Julio Verne. ¡La de pesadillas que me ha costado a mí Julio Verne! En cuanto se me ensuciaba el estómago era yo soñando un explorador o un esquimal. La de veces que me ha despertado mi madre gritándome: "¡Chiquillo, no pases mal rato, que no estás en el Polo!" He sido siempre el hombre de las pesadillas; algunas de ellas me han servido luego para argumentos de mis comedias. Lo de *La barba de Carrillo* lo soñé una noche en el tren. Otra noche soñé que era yo una onza de chocolate, y que la cocinera me cogía para rallarme. ¡Qué angustia cuando vi que me quitaba el papel plateado y cogía el cuchillo! Otra vez me perdí dentro de un queso Gruyère, y no encontraba la salida. ¡Qué angustia! Me metía por un agujero, por otro, daba vueltas y más vueltas y... ¡nada! Y lo mejor es que yo había salido de mi casa para buscar al médico, porque una cuñada mía estaba de parto, y el marido de la interfecta me había dicho: "¡Por Dios, Perico, mucho ojo!" Y lo que hacen sufrir estos sueños.

—¿Fué usted buen estudiante?

—Sí, señor; estupendo. En Sevilla cursé las carreras de Derecho y Filosofía y Letras. Cuando las hube terminado, mi padre me regaló 300 pesetas, y yo decidí gastármelas en venir a Madrid. Madrid era mi obsesión. Mi madre, que sabía la clase de pájaro que yo era, el día de la partida me cosió en el bolsillo interior del chaleco un

billete de veinte duros, fruto de sus ahorrillos, y me dijo muchas veces: "Por Dios, hijo mío, que es el dinero para la vuelta; no lo gastes más que en eso." Me despedí de ellos diciendo: "Hasta dentro de diez días." Y... aquí estoy... Cuando yo vi cómo era Madrid, me dije: "Periquillo, ésta es tu tierra. Aquí, el que trabaja se hace el amo." Y pasé varios días buscando febrilmente colocación. Era difícil. Llegó el momento de quemar las naves o de regresar a mi pueblo: ese era el dilema. Y me decidí por quemar las naves. Descosí el bolsillo del chaleco y extraje el billete de cien pesetas. Fué un momento solemne de mi vida. César, al pasar el Rubicón, se irguió menos que yo. Le encendí una lamparilla de aceite a la Virgen de los Milagros, patrona de mi pueblo—porque yo soy creyente—; escribí una carta a mis padres, diciéndoles que había encontrado una buena colocación, y me tiré a la calle en busca de trabajo.

—Y lo de la lámpara, ¿hizo su efecto?

—¡Calle usted, hombre! El tufillo del aceite debió llegar a lo más alto, porque a los seis días era yo profesor de Griego, Hebreo y Literatura latina en la academia de Morales y Valdiavellano, con ¡veinticinco durazos mensuales! ¡Urquijo! ¿Qué Urquijo? Mucho más. Aquel día ha sido el más feliz de mi vida. Podía vivir con independencia, y hasta con lujo; podía quedarme en Madrid; podía tomar café

todos los días. No sé por qué asociación de ideas me acordé de Julio Verne.

—¿Cómo se despertó en usted la afición al teatro?

—La tuve desde niño. Cuando vine a Madrid ya había yo estrenado algunas cosas: en mi pueblo un sainete en verso, titulado *República estudiantil,* que fué un exitazo; luego, *Un perfecto de Paura, El señor de Pilili* y algunas más. Todas con retruécanos, ¿eh? Pero la obra que me había dado cartel era una zarzuela estrenada en el teatro del Duque, de Sevilla, titulada *Las guerreras.* Por cierto que mi pupilera, una viejecita muy simpática, que asistió a la representación, se entusiasmó locamente, y le decía a todo el mundo que yo era un genio, y empezó a ponerme unos filetes gordísimos y a tratarme a cuerpo de rey, y siempre me decía: "Don Pedrito, usted, con el tiempo, será unos hermanos Quintero. Coma, coma usted." Y, claro, yo, para darle gusto, me nutría como dos. ¡Qué remedio!

Hizo una pausa; me ofreció un cigarrillo. Yo lo observaba. Estaba impecable, con su cuello de pajarita, su traje de corte inglés y su aire distinguido, de diplomático.

—¿Cuál fué su mayor éxito?

—No sé si ha sido *El rayo* o *La venganza de don Mendo.*

—¿Cuál le gusta a usted más?

—*La venganza,* sin duda porque ha sido

la que más trabajo me ha costado. Yo suelo tardar en hacer una comedia de tres actos cuarenta días. En *La venganza de don Mendo* invertí cerca de un año. Claro que durante ese año hice no sé cuántos actos más. Pero, vamos, es la que he hecho con más detenimiento.

—Y dígame usted, Perico, ¿cuánto dinero le lleva producido su ingenio teatral?

—Bastante menos que un ingenio en Cuba. ¡Lo que se exagera en eso del dinero! Yo apenas llevo ganados unos setenta mil duros. Antes las obras me dejaban para ir viviendo con buen humor; ahora ya para ir viviendo y guardar algo para los chicos. Tengo seis, y los que quieran venir.

—¿Qué escribe usted más a gusto, lo serio o lo cómico?

—Prefiero el género cómico, porque es lo que hago con más facilidad. Dentro de lo cómico los disparates me encantan. Yo soy capaz de hacer una comedia disparatada cada veinte días. A veces se me ocurren cosas que las desecho, porque me da miedo; temo que un día me tiren las butacas; pero son cosas de gracia, no lo dude usted. Tengo apuntados en un libro treinta y dos asuntos a cual más disparatados y graciosos, y no los toco por nada del mundo. Son las obras que guardo para la vejez. Cuando me encuentre agotado, cuando la imaginación se resista, entonces. Aún tendré treinta y dos éxitos,

créalo usted, porque son argumentos con unas situaciones como para revolcarse de risa.

—¿Y cómo es que hace usted de vez en cuando obras serias?

—Porque me gusta muchísimo vencer dificultades, y todos los años procuro dar dos obras que estén bien. La intención, por lo menos, es buena. Además, como trabajo tarde y noche, suelo hacer al mismo tiempo dos obras de arte distinto, y se recrea muchísimo mi espíritu cuando, después de hacer decir disparates a uno de mis muñecos, hago que diga cosas de sentido común alguno de mis personajes serios.

—Según se ve, es usted un incansable trabajador.

—Soy un león; mejor dicho: una especie de Cierva. Trabajo tarde y noche, salvo rara excepción; por la tarde, colaboración, y por la noche, solo. Durante la mañana cumplo en mi oficina, pues soy jefe del Negociado de Accidentes en la Comisaría General de Seguros. No falto jamás, y trabajo mucho; un trabajo muy bonito, por cierto.

—¿Y cómo no deja usted ese empleo, ahora que ya tiene asegurado el porvenir?

—Jamás; por nada del mundo. A él le debo la salud. Metodiza mi vida; me obliga todos los días a levantarme a una hora fija y, por consiguiente, a acostarme a la una y media todas las noches. No soy un

hombre fuerte ni demasiado sano, y el método me conserva.

—¿Con qué compañero colabora usted más a gusto?

—Con Pérez Fernández me entiendo muy bien. Es un muchacho muy listo y muy trabajador; ahora tenemos mucha tela cortada. Con Enrique García Alvarez he hecho muchas obras, y cada una de ellas ha sido para mí un verdadero disfrute. ¡Se ríe uno tanto con sus cosas! No creo que nazca un hombre de más gracia personal que Enrique; hasta cuando le cuenta a uno penas hay que reírse; es el único.

—¿Qué autor cómico le gusta a usted más?

—Tristán Bernard.

—¿Y dramático?

—De los modernos, Benavente.

—No creo en la sinceridad de sus predilecciones, pero continuemos.

Muñoz Seca protestó; yo continué mi interrogatorio.

—¿Cuántos actos tiene usted estrenados?

—En Madrid, 142.

—¿Es usted plenamente feliz?

Me miró sorprendido por mi pregunta, y...

—¡Hombre, ya lo creo! Viven mis padres, he tenido diez hermanos y viven los diez, y son dichosos; mis hijos gozan de buena salud y son guapos. Mi mujer es un ideal de compañera; gano dinero y oigo aplausos, ¿qué más puedo pedir?

—Pero tendrá usted muchos enemigos, ¿no?

—Ya lo creo; como usted y como todo aquel que se destaca. A propósito: le voy a contar una cosa desagradabilísima que me ocurrió en una visita de pésame.

Meditó un instante para ordenar el relato; después prosiguió:

—Había muerto la tía de una compañera de colegio de mi mujer; esta compañera estaba casada con un marino, que yo no conocía. Yo soy refractario a hacer visitas, y, sobre todo, las de pésame me estremecen porque salgo a plancha por visita; sin embargo, mi mujer venció mi resistencia y nos plantamos en casa de los doloridos, mi mujer, un cuñado mío, que es muy distraído, y yo. Al entrar, la criada se llevó a mi mujer a la sala, y a mi cuñado y a mí nos mandó al comedor con los caballeros. Allí encontramos al señor de la casa rodeado de amigos. Mi cuñado me presentó al marino de esta manera: "Mi hermano político." Y no dijo mi apellido... Se generalizó la conversación entre aquellos señores serios. Hablaban de incendios. Yo, por meter baza en la conversación, exclamé: "Para incendio espantoso, el de la Comedia." Entonces el señor de la casa exclamó con voz de trueno: "¡Lástima no volviera a arder con Muñoz Seca dentro!" "Verdad—dijeron tres o cuatro—. ¡Lástima de teatro dedicado a ese género estúpido, imbécil e intole-

rable!" Y dirigiéndose a mí uno de ellos me preguntó: "¿Usted se ha reído alguna vez con esas gansadas?" "Hombre, yo...; pues verá usted..." Sin dejarme terminar, exclamó: "Nada, no me diga usted que sí." Pero lo gordo, lo verdaderamente gordo, fué que uno de los *pesamistas,* un caballero que tiene una alta graduación en la Armada, se arrancó diciendo: "Ese Muñoz Seca es un animal. Yo le conozco." "Y yo también--intervino otro--; un sandio." "Yo también—añade el señor de la casa—. Está casado con una compañera de mi mujer." Y al decir esto miró a mi cuñado, que estaba pálido como la cera y se quedó, a su vez, del color del azufre. El hombre se hizo cargo en aquel momento de que estaba metiendo la pata, y con un achaque hizo mutis tropezando con el mobiliario. Siguieron insultándome. El uno me fusilaría; el otro se había cansado de patear mis obras, y en esto una criada asomó la cabeza, diciendo: "La señora de Muñoz Seca, que se marcha." Cayó como una bomba. Yo, muy tranquilo, me levanté, me tiré de los puños, miré a todos, que se habían quedado aterrados, con las bocas abiertas, y después de dirigirles una de mis mejores sonrisas, le tendí una mano a mi cuñado, que también se había puesto de pie, y le dije: "Amigo Muñoz Seca, quede usted con Dios. Siento mucho el mal rato que le han hecho a usted pasar estos señores *pesamistas.* Buenas tardes, señores." Y me fuí. Y aquí

empezó lo gracioso. Todos aquellos señores rodearon a mi cuñado y quisieron darle la mayor cantidad de explicaciones. ¡Qué tardecita! Pero anda, que de uno de mis detractores, el que llevaba la voz cantante, me he vengado bien.

—¿Cómo?—inquirí.

—Es un señor que tiene un juanete en el pie derecho que es un sombrero de copa, un espolón. Yo todos los años, el día de San Juan, le envío una tarjeta diciendo: "Pedro Muñoz Seca felicita a su Juanito."

—¿Cuál es el chiste de sus obras que más le gusta?

—¡Oh! No recuerdo. Un chiste de frase que está muy bien encajado en la situación es el de la escena del académico en *Los pergaminos*. Un personaje grita entusiasmadísimo a su mujer: —"Urraca, Urraca. —Querrá usted decir *eureka*. —No, señor, Urraca, que es el nombre de mi mujer." Fué una explosión.

Y Muñoz Seca se retorcía de risa recordando el momento.

AMALIA ISAURA

AMALIA ISAURA

—¡Oh, no me lo recuerde usted!—exclamó la pequeña Amalia, crispada por la dolorosa evocacón de las horas crueles—. Fué espantoso... ¡Espantoso! Quisiera morirme antes de pasar días de angustia y sufrimientos como aquéllos...

—Pero, usted, ¿no estaba vacunada?

—No, señor—lamentó, encogiéndose de hombros—. Siempre me resistí a ello... No creía en la eficacia de la vacuna; mejor dicho, jamás suponía que a una muchacha tan sanita, tan limpia y tan pequeña como yo, le atacase la viruela. Un exceso de confianza que me costó bien caro.

—¿Y fué en Barcelona?

—Sí, señor; en Barcelona; estuve dos meses postrada en un lecho de la clínica "La Alianza".

—Pero ustedes ¿no tenían allí casa?

—No, señor; estábamos instalados en el Hotel Regina. Yo venía haciendo una campaña afortunadísima: todo me mimaba en aquella época. Me faltaban cuatro días

para terminar el contrato cuando caí con la espantosa enfermedad.

—¿Y se dió cuenta de la enfermedad que padecía?

—A los pocos días, ¿cómo no? Si de pies a cabeza quedé convertida en un montón informe, en un monstruo humano. Hasta mis ojos desaparecieron bajo las úlceras.

Y añadió vagamente, como si pensase en voz alta:

—¡Qué horror! ¡Tuve días de ceguera!

—¿Y qué pensaba usted durante la enfermedad?

—Le interrogaba a Dios constantemente que qué había yo hecho tan malo en la vida para recibir aquel castigo. No me lo explicaba. Yo había sido buena hija, buena muchacha, creyente, trabajadora. ¿Por qué aquel suplicio? Y, créame usted, ansiaba la muerte con todas las veras de mi alma.

—Y para en caso de ponerse buena, ¿qué proyectaba usted?

—Como esperaba quedarme destrozada físicamente, pensaba no volver a Madrid; instalarme en Barcelona en "una torre" y así enterrarme en vida.

Por fin, lágrimas fluyeron lentamente de sus lindos ojos negros, alentadas, de seguro, por el recuerdo.

—¡Vamos, Amalita! No me reproche usted con sus lágrimas mi obstinación en hablarle de sus días tristes.

—¡Oh, no!—rechazó la artista, enjugándose los ojos—. No tiene usted la culpa. Es que siempre esa enfermedad deja reliquias. A mí me dejó otra enfermedad moral, de la cual ya estoy casi curada; pero todavía conservo la manía de llorar a esta hora, a la caída de la tarde, entre dos luces.

—Pues no tiene usted motivo; ha quedado usted divinamente; dentro de un año nadie dirá que tuvo usted viruelas.

—Sí, en efecto, es milagroso; jamás soñé quedar tan bien.

—Con el pelito cortado.

—No hubo otro remedio; a los cuarenta días comenzó a caérseme todo el cabello. Entonces me afeitaron la cabeza cuatro días seguidos. Todas las mañanas se presentaba el barbero a "hacerme la barba". Mi cabecita quedó convertida en una insignificante pelotilla de goma gris.

Reía entre lágrimas.

—¿Y experimentó usted mucha pena al perder su pelo?

—No, ¡quiá! Yo, desde niña, quería llevar el pelo corto; pero mis padres no me dejaban. Decían que era *cocotesco*.

—Y ahora ya, buena, bonita y triunfante, ¿qué aspiración suprema acaricia usted?

Reflexionó unos momentos. Estábamos en su casa; en una sala de muebles rojos. Amalia había tomado asiento en el sofá y yo en una panzuda butaca muy cerca de

ella. Hasta que lloró, la pequeña artista me estuvo pareciendo una linda muñeca de *biscuit,* con los ojos muy grandes, los dientes alabastrinos muy iguales y brillantes, y las manos muy pulidas. Hasta la airosa cabeza, de pelo corto, empenachada de rizos como la endrina, le daba cierto aspecto de chicuelo pícaro de bazar.

Permanecía absorta, meditando sobre mi pregunta. Como persistiera en el silencio, insistí:

—Veamos, ¿cuál es su aspiración más vehemente?

—¡Si viera usted—expuso la artista con lentitud—que desde mi enfermedad no me atrevo a desear nada con vehemencia!...

—¿Por qué?—inquirí, extrañado.

—Por algo que me pasó.

—Cuéntemelo.

—Es un poco trágico. Verá usted. Desde mi llegada a Barcelona, días antes de mi enfermedad, acariciaba la idea de dar un paseo en automóvil durante una madrugada de luna. Era una obsesión; una locura. Al fin organizamos el paseo; iríamos a Sitges en compañía de mi empresario. Sólo esperábamos la noche de luna y, en esto, con mi soñar... caí enferma. Como le he dicho antes, estábamos en un hotel, y aunque el dueño se portó con nosotros muy bien, era preciso aislarme, llevarme a una clínica, y, durante una madrugada, para no alarmar a los demás huéspedes, silenciosamente se organizó el traslado. En

una especie de sudario envolvieron mi cuerpo, y con una gasa me cubrieron el rostro. La fiebre me había hecho perder la plena noción de lo que me rodeaba; sin embargo, me daba cuenta de algo; me parecía que ya estaba muerta y que me habían amortajado. Me depositaron en la camilla, y dos hombres cargaron conmigo. Soy tan pequeñita... Atrás dejaba llanto, como dejan los muertos. En la puerta me esperaba un *auto* de la Cruz Roja; en él me colocaron boca arriba, como interrogando al cielo. Al fin el automóvil se puso en marcha; con la claridad del cielo se transparentaban las grandes cruces rojas estampadas en las cortinillas. Entre el conductor y su ayudante se entabló el siguiente diálogo, que no olvidaré mientras viva: "Son las tres de la madrugada y hace tanto calor como si estuviéramos en medio del día"—murmuró uno. "¡Buena noche y buena luna para ir en el coche a Sitges!" —repuso el otro. Yo, con frío, con horror y con amargura, pensé en mi obsesión por pasear en *auto* bajo la luz lunar. Qué contraste, ¿verdad?

—En efecto—asentí impresionado.

—Y desde entonces tengo miedo de desear nada con demasiado ahinco. Sin embargo, si usted se empeña, le diré, aunque parezca cursi, que yo aspiro a mi casita de campo, con los míos y con mis gallinitas.

—¿Para comérselas?

—¡No, no; pobrecitas! Para que pongan huevecitos y se diviertan conmigo.

—¿Tiene usted ya mucho dinerito ahorrado?

—Cerca de cincuenta mil duros. Poquito; no ve usted que de estrella no llevo trabajando ni un año.

Y al observar que tomaba notas, agregó con monería:

—A ver lo que escribe usted, que eso lo tengo yo que ver.

—Pues se llevará usted un disgusto.

Entonces, fingiendo mucho miedo, suplicó, con monería felina:

—No, no, por Dios; no me tome usted el pelito.

—No hay más remedio, Amalia—dije yo, inexorable.

—¡Ah!, ¿sí? Pues ya no le digo a usted nada más—e hizo un delicioso mohín de muñequita enfadada.

—Ya me dirá usted cuántos novios ha tenido.

—"Para ser mi confesor sois muy joven todavía."

—Pues entonces me entretendré en hacer el inventario de los muebles—y comencé a escribir—. Una mesa negra...

Ella me interrumpió rápida:

—No se meta usted con la casa; ésta es la antigua y pobrecita casa de mis padres; no es la casa de la incomparable "estrella". Ya verá usted cuando yo me instale por mi cuenta.

—¿Qué? ¿Me dice usted cuántos novios ha tenido?

—Muchos... Numerosos... Ya he perdido la cuenta; pero todos sin pies ni cabeza.

—¿Estuvo usted enamorada?

—Lo he creído alguna vez; pero ahora veo que no.—Y agregó en tono burlón—: Todos los años florecen los almendros.

—¿Qué es lo que, fuera de su arte, le gusta a usted más de la vida?

—No me pregunte usted esas cosas—protestó, con sonrisa diabólica—. Siempre lo que más nos gusta a las señoras es lo contrario que les gusta a ustedes, los señores.

—¿Es usted madrileña?

—Sí, señor, y a mucha honra.

—¿A qué edad debutó usted en el teatro?

—Apenas tendría catorce años. Estaba mucho más ridícula que ahora; era enteramente una quisquilla. Sin cuerpo, sin voz, sin belleza...

—Le ruego a usted que no siga ofendiéndose. ¿Cómo nació en usted la vocación por el arte?

—Por contagio, como las viruelas. Mi madre era tiple, y mi padre maestro director de orquesta. Pero el motivo de mi *début* es curioso. Tal vez sea la anécdota de mi vida. Yo debuté por sorpresa. Trabajaban mis padres en los Campos Elíseos, de Bilbao. Mi padre trataba de enseñarme música, pero sin esperanzas ningunas, por-

que yo era un grillo. El, además, siempre menospreciaba mis aptitudes.

—Pero ¿usted tenía afán por aprender?

—Un afán loco. Toda la noche me la pasaba en la primera caja del escenario. Se estrenó allí *El arte de ser bonita,* y fué un éxito grande. Amparo Romeo, que hacía "la romántica", ¿recuerda usted?, se puso mala, y, claro, surgió el conflicto. El empresario llamó a mi padre y le dijo: "Isaura, me encuentro en este atolladero. Su hija entiende algo de música. ¿Se atrevería?" Mi padre hizo un gesto de desconfianza y se avistó conmigo. "¿Tú quieres debutar esta noche?" Yo me negué al principio; pero al advertir en mi padre su eterno gesto de desconfianza en mis facultades, rectifiqué en seguida, y le dije: "Debuto esta noche." Cuando se enteraron mis compañeras tuve "un lleno" de bromas y de guasa. Entre todas me vistieron, y... salí a escena. Esta es la impresión más tangible, más grande de mi vida. Tras de la mutación a obscuras me encontré en medio del escenario, deslumbrada por la luz y amilanada por el público, que parecía venirse encima de mí. Y canté y... aplaudieron mucho, y aquella noche ya quedé convertida en artista de teatro. A la temporada siguiente ya salí de primera tiple cómica; hace de esto trece años; después marché a América, y allí estuve cinco años, y a mi regreso fuí contratada en

Apolo. El resto de mi carrera es muy conocido.

—¿Y cómo nació en usted la idea de cambiar de género?

—Porque la actuación de Consuelo, *Fornarina*, en Apolo, me demostró que yo estaba perdiendo el tiempo miserablemente. Me mataba trabajando para ganar diez o doce duros, y a ella, por cantar unos cuplés, le daban quinientas pesetas. Y entonces se me ocurrió la idea de dedicarme a cupletera.

—¿A usted lo que más le gusta es el cuplé cómico?

—Sí, señor; es mi estilo. Yo en todo veo la línea grotesca; si hubiera sabido dibujar, sería una gran caricaturista, porque a mis ojos se ofrecen todas las cosas descompuestas.

—¿Ante qué público trabaja usted más a gusto?

Vaciló un momento; después explicó:

—Mire usted, el público de Madrid es un encanto, y a mí me quiere muchísimo; pero los *niños bien* que se mezclan con el público para *patosear,* son insoportables. Estos *niños bien* madrileños, que carecen, no sólo de educación, sino de civilización, no van al teatro más que a escandalizar, y esto es muy desagradable para una artista. El público de Barcelona me quiere muchísimo.

—¿Cuál es su cuplé favorito?

—Tengo varios; tal vez me aplaudan más en *Soy una infeliz.*

—¿No le gustaría a usted ser hombre?

Puso los ojos en blanco y suspiró de felicidad:

—¡Daría media vida! Ustedes no saben apreciar el privilegio que tienen.

—¿Qué es lo que más le interesa a usted de la vida?

—El amor. Yo amo el amor; por él y para él hago esfuerzos por embellecerme.

—¿Qué es lo que más la inquieta?

—Ya nada.

—¿Y antes?

—Haber pasado por la vida sin ser más que "Amalia Isaura; profesión: sus labores."

—Creo que *se disfruta* usted un genio de consideración.

—¡Quiá! No diga usted que tengo mal genio, porque no lo van a creer.

Y la muñequita se puso de pie para oprimir la llave de la luz eléctrica. Una perrita, *Lulú,* blanca como una bola de nieve, la seguía a todas partes, haciéndole zalemas.

DON JOSE R. CARRACIDO

DON JOSE R. CARRACIDO

—Yo no tengo nada que hacer más que contestar a las preguntas que usted me dirija. Es decir, aunque rector, en este momento soy alumno de usted; pregunte cuanto guste, yo responderé cuanto sepa y después me dará usted la calificación adecuada—me dijo el sabio doctor Carracido al mismo tiempo que nos acomodábamos en su despacho, un despachito modesto que recibía por un balcón la luz gris de aquella tarde brumosa.

—Lo que yo sentiría es entretenerle—me atreví a insinuar—, porque su nuevo cargo no le dejará tiempo para nada.

—No se preocupé usted—insistió, amable—. No tenga prisa. Ahora estamos en vacaciones.

El rector de la Universidad es menudito, encogido y de movimientos nerviosos. No obstante, cuando habla, se reposa notablemente. Entonces sus movimientos—con los cuales ayuda la expresión de sus frases—siguen el ritmo de su

palabra fácil. Nunca puede sustraerse a la influencia de la cátedra; hasta en la más sencilla conversación siempre es el profesor que explica.

—Dígame, don José: ¿está usted satisfecho de su nuevo cargo?

—El cargo es honrosísimo; pero está erizado de dificultades. Hay que abrir bien las puertas para que entren corrientes modernas por los claustros de las Universidades. La Universidad Central, desde hace tiempo, era más bien que un centro de enseñanza una oficina, un centro burocrático adonde asistían los catedráticos en su mayoría con el poco amor y la poca afición del empleado que asiste a la oficina. Yo, precisamente para evitar esto, y al mismo tiempo para estrechar las relaciones, tengo el decidido propósito de celebrar claustros con relativa frecuencia, cosa que antes se hacía de año en año. También pienso, con igual fin, dar tes de vez en cuando en el mismo salón rectoral. Esto, que parece una profanación, dará por resultado que los catedráticos se traten íntimamente. En el extranjero, en las Universidades, se celebran fiestas de carácter literario y erudito, análogas a las que yo me propongo implantar en nuestra Universidad de Madrid. De esta forma no ocurrirá lo que hasta ahora: que hay muchos catedráticos que pasan años y años sin tratarse y otros que no se conocen siquiera. Cambiando impresiones con frecuencia en

la casa rectoral matriz, irán formando el alma corporativa tan necesaria en la enseñanza.

—El ministro de Instrucción pública, al entregarle el nombramiento, ¿le hizo algún encargo?

—Ninguno. El ilustre Burell, al poner el nombramiento en mis manos, me dijo: "Se lo doy a usted sin recomendación ni advertencia ninguna, como si la Universidad fuera completamente autónoma; lo que yo quiero es que tenga usted iniciativas, que yo suscribiré y apoyaré."

Hizo una pausa. Con sus manos delgadas y largas se mesó sus cabellos grises y erizados. Después prosiguió:

—Yo encuentro a Burell muy afanoso, animado de un vivísimo deseo de hacer cosas, de dejar una huella saludable en la enseñanza.

—¿Ambicionaba usted el cargo de rector?

—Nunca he pensado en ello ni me creí con méritos suficientes para desempeñarlo.

—¡Oh! Eso es una modestia exagerada.

—No, no lo crea usted.

—¿Cuántos años llevaba usted de catedrático?

—Treinta y seis años explicando cursos en la Universidad Central.

—¿Siempre ha sido usted catedrático de Química biológica?

—No, señor; primero expliqué la cátedra de Química orgánica diez y siete años,

y luego hice oposiciones a la que ocupo hoy. Así es que, con tan larga vida de catedrático, tengo ya pobladas las Universidades de profesores eminentes que fueron discípulos míos.

—¿Quiere usted hablarme algo de su niñez y de sus primeros pasos en la carrera?

—Mi niñez transcurrió en Santiago de Compostela, que fué en donde yo nací.

—¿Sus padres de usted?—inquirí.

—¡Oh, mis padres! Mis padres eran menestrales, infelices que vivían del trabajo material. Eramos nueve hermanos y yo el más pequeño de todos..., el Benjamín. Todos fueron muriendo muy jóvenes, quedando yo solo como paño de lágrimas para los ojos de los viejos padres. Y, claro, en mí reconcentraron ellos el cariño de los ocho muertos y me adoraban. Como Santiago es una ciudad que no tiene más vida ni más mundo que el que le da la catedral y la Universidad, resulta que para aquellas buenas gentes, el *sumum* de la gloria es llegar a ser canónigo o rector. Así, mis padres, alentados por este sueño dorado respecto a mí, acordaron hacer toda clase de sacrificios imaginables para darme una carrera universitaria. Además, cuando yo me hice bachiller, que lo fuí a los quince años, comencé también a ayudarme en mis necesidades, ganándome, si no la vida, parte de ella, y, sobre todo, los estudios.

—¿Qué hacía usted?

—Daba lecciones durante el verano a los

condiscípulos suspendidos en junio, preparándoles para el examen de septiembre. Acostumbraban a pagarme una miseria: dos o tres duros al mes, a pesar de ir diariamente a sus casas; pero, en fin, como tenía varios, con el producto pagaba matrículas, libros y el trajecillo de la temporada. De modo, amigo *Audaz,* que empecé a ejercer el magisterio a los quince años.

—¿Y tenía usted gran afición por los libros de texto?

—Tenía y tengo... Ya más que cariño, amor. Entre ellos he pasado toda mi vida, a ellos le debo todo lo que soy; aunque no fuese más que por egoísmo y agradecimento.

—Pero ¿y cuando pequeño?

—También... Mis padres hacían sacrificios inauditos por sacar de mí un hombre de provecho; yo no hubiese correspondido a estos extremos siendo un desaplicado... Así es que puse toda mi voluntad y mi entendimiento al servicio de mis estudios. El año setenta y cuatro terminé la carrera de Farmacia y vine a Madrid a doctorarme. Hice oposiciones a Sanidad Militar y las gané con el número uno; por cierto que tuve una suerte enorme. Verá usted: cuando me estaba preparando para estas oposiciones caí soldado; entonces solicité y obtuve permiso para no incorporarme a filas hasta que no se hubiesen verificado las oposiciones, y como tuve la

fortuna de ganar plaza, serví al rey de oficial.

—Muy curioso.

El continuó:

—Estuve en Sanidad Militar hasta el año ochenta, que por no ir a Africa destinado dejé la carrera. Por este motivo viví una temporada muy trabajosamente hasta que salió a oposición la cátedra de Química orgánica.

—¿Qué edad tenía usted entonces?

—Tenía veinticuatro años y más ilusiones metidas en la cabeza que una muchacha de quince abriles.

—¿Cuántos opositores se presentaron?

—Cinco de lo más temible del Cuerpo.

—¿Y usted no había sido ya catedrático en provincias?

—Ni catedrático, ni siquiera alumno de esta escuela.

—¿Y era usted conocido?

—Eso sí... En el mundo literario era muy estimado y tenía mucho público. Yo era uno de los ateneístas más conocidos, porque me había significado mucho dando conferencias que fueron muy elogiadas; así es que cuando hice mis oposiciones a la cátedra, se descolgó a presenciarlas casi todo el Ateneo... Por cierto que mis contrincantes decían que yo me los había llevado de *claque*. Pues bien; gané la cátedra y ya pasé a ser personaje.

—¿Es usted académico de Ciencias?

—Sí, señor; formo parte de la Academia

desde el año ochenta y siete. He sido el académico que entró más joven en ella. Posteriormente, entré en la de Medicina y en la Española. En esta última recordará usted que reemplacé a Benot.

—¿Y periodista, no ha sido usted?

—Sí, señor; muchos años. En *Los lunes de El Imparcial* he escrito bastante tiempo.

—¿En qué situación ha encontrado usted la Universidad de Madrid?

Dudó un momento... Después, con resolución, exclamó:

—Yo, como gato viejo en la casa, sé de todos los males que adolece... En la actualidad se halla en un lamentable estado de perturbación; sobre todo en lo referente a disciplina escolar... Cada año los escolares imponen vacaciones más largas... ¿Y la Universidad, como edificio? Esta Universidad Central no reúne condiciones de higiene ni de alegría necesarias para formar espíritus fuertes...

—¿Tiene usted hijos?

—Tengo dos: uno que ha salido recientemente ingeniero de Caminos con el número dos, y una muchachuela de diez y siete años que ya tiene un sucesor de ocho meses.

—A pesar de ser rector, ¿seguirá usted asistiendo a su cátedra?

El ilustre Carracido hizo un gesto de resolución.

—¡Ah!, ya lo creo. Yo he de ir todos los días a mi cátedra. Eso no lo dejo por nada.

Al final de mis años, tengo el placer de decir que en todo el tiempo que llevo de ser catedrático no he faltado jamás y no he disfrutado ni de una licencia en mi carrera...

—¿Es usted el decano de los catedráticos?

—Soy el decano de los decanos.

—¿Opina usted que en lo referente a enseñanza hemos progresado en España?

—Sí, señor. La enseñanza, sobre todo en Ciencias, ha progresado notablemente. Y ha empezado este movimiento científico desde que hemos perdido las colonias. Ahora bien: lo que le hace falta a España es que también se desarrolle la producción científica.

* * *

Se iba la luz gris.

El sabio maestro continuaba con la cabeza apoyada sobre la mano derecha en una actitud muy de pensador.

LA "ARGENTINA"

"LA ARGENTINA"

—Central: con el 103 de Jordán.

—...

—¿Es el 103?

—Sí, señor.

—¿Tiene la bondad de decirle a la señorita *Argentina* que se ponga al aparato?

—¿De parte de quién?—inquirió la voz zafia.

—De parte del *Caballero Audaz*.

—No se retire.

—Perfectamente.

Y permanecí unos instantes con el oído atento. Charlas y risas de las telefonistas, cruces indiscretos, inquietudes del timbre; por fin, una voz dulce y chillona que parecía venir de un abismo:

—¿Quién es?—preguntó.

—¿La señorita *Argentina?*—pregunté yo al mismo tiempo.

—En el aparato—repuso la voz.

—Aquí la saluda a usted *El Caballero Audaz* y la pide perdón por haberla molestado; pero...

—Tanto gusto—correspondió la musical vocecita con marcado acento andaluz—. ¿Y qué quiere de mí *El Caballero Audaz?*...

—Después de saludarla rendidamente, ser su amigo...

—Encantada—me interrumpió.

—Y además—proseguí yo—que me dé usted una cita.

—¿Una cita?...

—Sí, señorita, para que hablemos media hora.

—Vaya usted por el teatro la tarde que guste.

—Perdone; pero preferiría que no fuese en el teatro; deseo que nos dedique usted media hora a Campúa, que le hará lindas fotografías, y a mí, que la molestaré con algunas inocentes preguntas; todo junto se publicará en mi libro de interviús de personalidades célebres.

—¡Oh!...—se limitó a contestar la voz. ¿Fué una exclamación de horror, de modestia, de inquietud, de disgusto?... Quise saberlo.

—¿Y a qué obedece esa exclamación? ¿Le contraría a usted nuestro proyecto?...

—No..., no... Es que dispongo de tan poco tiempo...

—Podríamos vernos en el Retiro... ¿Usted es madrugadora?...

—Sí, señor.

—Pues, mañana, a las doce, ¿no?

—El caso es que mañana tengo ensayo a las dos y...

—Pues bien; pasado mañana...

—Como es domingo...

Comprendí por las excusas que a la señorita *Argentina* no le agradaba la idea, y sinceramente la dije:

—Observo, Antonia, que no le parece bien mi proposición. Olvídela y... beso sus pies.

—¡Oh!, no, no es eso... Es...

—¿Qué?... Sea usted sincera; no comencemos nuestra amistad equivocándonos.

—Pues mire usted, señor *Audaz,* es que le tengo un miedo horrible; todo lo que le he dicho son achaques; ni mañana tengo ensayo, ni el domingo es un inconveniente; pero le tengo miedo, verdadero pánico. Desde que se ha anunciado por teléfono estoy inquieta.

Yo reía.

—Sí, sí, ría; pero es usted un demonio.

—Y usted un ángel.

—Muchas gracias.

—Sí, un ángel —continué—; bastante más peligroso y más temible que yo. Mi pluma alguna vez habrá inquietado un momento; seguro estoy de que sus ojos inquietan a muchos toda la vida.

—No lo crea; soy muy feíta, y sinceramente deseo que me haga usted esa interviú; pero...

—Pero, ¿qué?...

—Me aterra la idea de que me trate usted mal.

—¡Por Dios, Antonia!—protesté—. ¿A qué dama he molestado yo en mis interviús?... A ninguna, jamás... Y a usted, que la admiro y que merece todos mis homenajes, mucho menos.

—¿Sí? Entonces ¿será usted bueno conmigo?...

—Muy bueno.

—Pues entonces mañana, a las doce y media, espéreme usted en el Retiro, frente a la Casa de Fieras... El sitio es muy a propósito, porque usted es una fierecilla...

—Pues hasta mañana. Tengo verdadera impaciencia por besar su mano.

—Pues sea usted puntual. Muchas gracias... Adiós.

—A los pies de usted, Antonia.

* * *

A la diáfana luz de aquella mañana dorada y cálida — mañana de primavera en vez de otoño—la tez de *la Argentina* tenía transparencias de ópalo, y sus grandes ojos, soñadores y risueños, reflejos azules, dorados y verdes. Reía también, con su boca grande y fresca, de labios finos, sangrientos y sensuales, mostrando con inconsciente provocación sus dientes apiñaditos y blanquísimos como una joya de alabastro. "¿Es una mujer bella *la Argentina?*" Contemplando de cerca sus pupilas verdes, sus cabellos color de caoba y la extraordinaria elegancia de su figura

frágil, delicada, sutil, espiritual, y un poco encantado de sus gracias singulares, me he hecho esta segunda pregunta: "¿Por qué a cada instante y ante cada nueva creación tenemos que modificar el sentido que tenemos de la belleza femenina?"

A mí Antonia Mercé me parece una belleza original, alta, delgada y quebradiza. Posee esa suprema distinción que en el frívolo lenguaje de los salones se califica de *chic.* Parece una de esas evocaciones fantásticas de los ensueños de los paraísos artificiales; la abstracción de un pintor infiltrado por una mezcla de paganismo y misticismo.

Estaba vestida con un elegante traje de terciopelo negro que ceñía implacable y dulcemente la esbeltez un poco fatigada, algo desmayada, de su figura hebrea, y que hacía resaltar más la blancura translúcida de rosa de su descote.

Me entregó su mano, larga, fina y muy pálida, y después me presentó al caballero que la acompañaba...

—Mi marido...

Quedó un momento suspensa la conversación, durante el cual nos miramos atentamente. Era un hombre joven y correcto, argentino por su acento; un poco cegado por los encantos de la danzarina hechicera.

—Por mi gusto no hubiera venida a esta entrevista—comenzó diciéndome.

—¿Por qué?—inquirí yo sorprendido.

—Porque usted, como intervievador, es un hombre peligroso...

—¿Peligroso? ¿En qué sentido?...

—Que ve usted muchas cosas que no debiera ver.

—¡Bah! No lo crea usted—. Y volviéndome a la artista, le pregunté:

—¿Conque casada?...

—Sí, señor; ¿no lo sabía usted?

—Sí; pero no lo creía.

—¿Por qué?

—Porque yo entiendo que los artistas no deben casarse.

—Y ¿qué tiene que ver el arte con la vida íntima?

—Mucho. Todo. El público quiere a sus ídolos predilectos solteros, libres; así se figura que son más suyos.

—¡Pseh! Tal vez...

—Pongamos el ejemplo de usted. Su casamiento seguramente habrá defraudado a miles de espectadores. A éstos su casamiento les ha robado algo que era de ellos.

—¿El qué?

—Lo más bonito que hay bajo las estrellas: una ilusión.

—Bueno, bueno; yo no estoy conforme con eso, pero le ruego una cosa.

—¿El qué?

—Que no hable para nada de mi casamiento.

—Algo, poquito—repuse yo.

—Mire usted que nos enfadamos—me amenazó con un gesto muy hechicero.

—¿Y qué importa? Si enfadada está usted más bonita.

—No, no, pues no quiero. Sea usted bueno.

—Muy bien, perfectamente, señorita... digo, señora.

—No, no—me interrumpió rápida—; me gusta que me llamen señorita.

—Perdone, pero es incompatible con su estado. ¿Y cuánto tiempo lleva usted casada?

—Tres años. El mismo día de mi *début* en Buenos Aires conocí a mi marido.

—¿Y qué más?

—Pues nada más; que me flechó y le fleché, y al mes y veinticuatro días nos casábamos.

—¿Y no están ustedes arrepentidos?

—No, señor—contestó ella con monería—; nos queremos mucho.

—Pero yo leí que se había usted retirado del teatro.

—Sí, en efecto; estuve tres meses sin trabajar, pero me moría sin arte: lo necesito para el alma y para el cuerpo.

—¿Cómo para el cuerpo?

Intervino el marido.

—Es muy artrítica, y en cuanto hace vida de quietud la asaltan fuertes dolores.

—Entonces, Antonia, ahora mismo, ¿es usted feliz?

—Sí, señor; felicísima. Trabajo en este Madrid de mi alma.

—Pero, usted, ¿es de aquí?

—No, señor; nací en Buenos Aires; pero soy muy madrileña.

Su rostro, saladísimo, se inundaba de alegría.

—Vine a Madrid — prosiguió — de seis años. Nos instalamos en la castiza calle del Olmo, en un pisito que nos costaba diez duros. ¡Más rico el pisito! ¡Más majo! Todo él exterior. Tenía más balcones que el Palacio Real. ¿Ve usted que ahora vivo en una casa de diez mil pesetas? Pues recuerdo con cariño aquel pisito, escenario de todas las primeras emociones de mi vida.

—¿Desde qué edad comenzó usted a cultivar el baile?

—¡Pobre de mí!—suspiró por el esfuerzo y la lejanía—. Desde la edad de cinco años bailaba el *Ole* y las *Peteneras*.

—¿Quién le enseñaba?

—Mis padres, que eran profesores de baile y me llevaban por ahí, para lucirme, a todas partes, y después de bailar, mi madre me estrujaba con caricias: "¡Huy mi niña!"

Reía como una chiquilla traviesa.

—¿Recuerda usted cuándo fué la primera vez que bailó en público?

—Sí, señor; lo recuerdo como si fuera ahora mismo; hay cosas que quedan para siempre en el alma. Cuando la coronación

del rey, en las funciones regias del Real, fué la primera vez que yo pisé un escenario; tenía nueve años; por ahí puede usted sacar la edad que tengo ahora. Soy viejecilla; gracias al carmín y a las cremas, consigue una dar el timo.

—¿Y la aplaudió mucho el público?

—Mucho; tanto, que aquellas palmas me dieron velocidad para llegar a donde estoy. Mi especialidad entonces era el baile de punta, que en cuanto pude eliminé de mi repertorio.

—¿Por qué?

—Me gusta más el baile de movimientos de expresión de línea.

—¿Era usted bonita cuando pequeña?

Soltó una sonora carcajada que asustó a una bandada de gorriones que había cerca.

—Mire usted: cuando debuté en Romea, a los catorce años, era un mono; lo que se llama un mono; muchísimo más fea de lo que soy ahora.

—¿Pero ahora es usted fea?—la interrumpo, sinceramente extrañado.

—Un poco largo—asegura, burlona.

—Pues yo pienso asegurar que es usted bonita.

—No diga eso, porque se van a burlar de usted... Diga que soy simpática..., simpatiquilla.

—Muy bien, simpática Antonia; siga usted.

—Y nada más; que era muy negra, muy

desnutrida y muy larga; pero le advierto a usted que bailaba... como los ángeles. Sabía de eso más que nadie.

—¿Y ganaba usted...?

—Tres cincuenta diarias, y los domingos me hacía diez y siete secciones. Era *telonera;* vamos, de las que levantan el telón.

—Y en su casa, ¿estaban de acuerdo con que se dedicase usted al teatro?

—¡Qué remedio! Cuando yo me agarré al arte es porque no teníamos qué comer. Mi padre se había quedado paralítico. Yo tenía una gran voz de contralto, y en casa querían que me dedicara a la ópera; pero la necesidad me empujó por otro camino. No podíamos esperar.

—Entonces ¿ha pasado usted fatiguitas?

—¡Uf!—salió con un gesto de horror.

—¿Cuál ha sido la alegría mayor de su vida?

Meditó, y...

—Pues mi alegría mayor fué una vez estando en Romea. Había allí una muchacha que bailaba muy bien y quería llevarse al público, a mi público. Yo, que tenía un amor propio descompasado, pensaba la manera de *darle un baño.* Bueno. Su especialidad era un bolero trenzado y dificilísimo que gustaba extraordinariamente. Entonces yo, una noche salí detrás de ella y bailé aquel bolero y me llevé al público de calle. Levanté a la gente de las

butacas. Cuando, cantando y saltando de alegría, entré en el escenario, mi compañera, que tantas noches me había quitado el sueño, lloraba apoyada sobre un bastidor. ¡Pobrecilla! ¿Dónde estará ahora? ¿Qué habrá sido de ella? ¡Quién pudiera devolverle el éxito de aquel bolero! ¡Crueldades de la vida!

Y tras estas últimas palabras se quedó triste y pensativa.

—Y su nombre, ¿cuándo empezó a sonar?

—En 1908. Debuté en el Príncipe Alfonso y después en el Salón Madrid. Allí ya era estrella. Después, a París contratada; no a dar audiciones, sino a trabajar en escenario.

—¿Con qué sueldo?

—Pues hice un negocio malo; estaba ganando aquí treinta y seis duros diarios y me contrataron con treinta francos en el Jardín de París; pero yo tenía unos deseos enormes de asomarme como artista al extranjero.

—¿Y gustó usted?

—Extraordinariamente; después trabajé en Alhambra y Olimpia con veinte duros, que era el máximo que en París ganaba, en aquella época, una artista de este género. Y adquirí cartel mundial y trabajé en Londres, Montecarlo, Niza, Rusia, América.

—¿Dónde cobró usted el mayor sueldo?

—El Gran Casino de Montecarlo me

daba mil pesetas por representación. La guerra me cogió en Moscú, y tardé en llegar a París veinticinco días, corriendo dos peligros mortales.

—¿Y fueron?

—Primero nos cogieron prisioneros los alemanes, y a mí, después de muchos sufrimientos, gracias a mi nacionalidad, me soltaron, y después estuvimos a punto de naufragar.

—¿Cuál es el día más triste que hay en su vida?

—Fué en Barcelona, cuando empezaba. Por la maldad de una compañera me echaron del teatro en donde trabajaba, y pasé dos días sin comer; pero como Dios protege, fuí a otro teatro ganando un duro más.

—¿En dónde trabaja usted más a gusto?

—En Madrid y en Nueva York; sobre todo, en Madrid; no lo puedo remediar.

—¿Qué es lo que más la inquieta de la vida?

—Me da mucho miedo morirme; pero no quiero llegar a vieja.

—¿Tiene usted mal genio?

Hizo un mohín encantador, y después, enseñándome sus manos como garras de nácar, murmuró:

—Tengo fama de sacar las uñas, de tener mal carácter; pero es porque digo lo que siento y me quedo tan tranquila.

—¿Cuál es su vicio más acentuado?

—No tengo vicios. Ser muy casera; ya

ve usted, me llama mi marido la hormiguita.

—¿Es usted romántica?

—No con exceso.

—¿Qué ilusiones acaricia usted para el porvenir?

—¡Oh, muchas! Cada día asoma en una cabeza joven el tallo de una ilusión.

—Dígame usted la que más brilla en su cerebro; ¿tener un hijo?

—Sí, me gustaría; pero todavía no. No se ría usted, que me escamo y no le digo una palabra más. Mi marido es viudo y tiene una hija, y a mí me gustaría tener otra; es cuestión de amor propio.

—¿No la inquieta la idea de morir pobre?

—Antes de casarme, sí; ahora, no; porque si yo me inutilizara, la fortuna de mi marido es suficiente para vivir bien.

—¿Qué idiomas habla usted?

—Francés, inglés... y madrileño.

Y soltó otra carcajada.

—¿Cuál es la artista de su género que más le gusta?

—*La Bilbainita;* para mi gusto es la más completa y la que se entrega al arte con más amor.

—¿Cuál es su literato preferido?

—No leo mucho.

—Eso no está bien que lo digamos.

—Sí, señor; ¿por qué no?

—¿Y su pintor favorito?

—Zuloaga.

Callamos. Las hojas amarillas de los árboles se quejaban bajo nuestros pies. El largo y asfaltado paseo de coches, iluminado por aquel sol primaveral, parecía una enorme pizarra blanca. Una pareja amorosa se perdía por entre los árboles. Pasaba una berlina lentamente arrastrada por dos mulitas; en el fondo, un matrimonio viejo moríase de aburrimiento. De vez en cuando rugía el león.

INDICE

INDICE

Ptas.

INQUIETUD DE AMAR (novela.) 3,50
J. Ortega Munilla (de la Real Academia Española): LUCIO TRELLEZ (novela, 10.° millar) 3,50
Pedro Mata: EL MISTERIO DE LOS OJOS CLAROS (novelas, 12.° millar) 3,50
Willy: LA FUMADORA DE OPIO (novela, 15.° millar) .. 3,50
Max Nordau: EL DIA DE LA IRA (novela), dos tomos, uno .. 3,50
Antonin Reschal: PIERRETTE COLEGIALA, PIERRETTE SE DIVIERTE, PIERRETTE ENAMORADA (trilogía sobre la Eva moderna), en tres tomos, uno 3,50

Colección popular Sanz Calleja, en tomos de espléndida presentación

Precio provisional: 1,50 pesetas volumen.

B. Morales San Martín: EVA INMORTAL (novela) 1,50
Carmen de Burgos (Colombine): LA HORA DEL AMOR (novela) 1,50
Enrique de Alvear: GENTE BIEN (teatro rápido) 1,50
Felipe Sassone: BAJO EL ARBOL DEL PECADO (novelas) 1,50
Id.: LA PRINCESA ESTA TRISTE. (Dramas y comedias).. 1,50
Id.: EL MIEDO DE LOS FELICES. (Dramas y comedias). 1,50
Id.: EL INTERPRETE DE HAMLET. (Dramas y comedias). 1,50
Emilio Carrère: EL ENCANTO DE LA BOHEMIA (novela).. 1,50
José M. Deuloíeu: UN HOMBRE QUE HA VIVIDO MUCHO (novela) 1,50
José Ortega Munilla (de la Real Academia Española): CLEOPATRA PEREZ (novela) 1,50
Pedro Mata: LOS CIGARRILLOS DEL DUQUE (novelas). 1,50
Juan Gómez Renovales: MUJERES CONOCIDAS. Prólogo de D. Jacinto Benavente ... 1,50
Francisco Villaespesa: LA MAJA DE GOYA. (Episodio nacional dramático, 3.ª edición) 1,50
Alberto Ghiraldo: EL PEREGRINO CURIOSO. (2.ª edición) 1,50
Manuel A. Bedoya: UNA TRAGEDIA EN AUTOMOVIL. (Novela) 1,50
Eustaquio Cabezón: LA PROLE DE ADAN (Poesías festivas) 1,50
Gustavo Flaubert: MADAME BOVARY. (Novela, 20.° millar) 1,50
Goethe: LAS AFINIDADES ELECTIVAS. (Novela) 1,50

Colección Sanz Calleja.—Precio provisional: 2,25 pesetas volumen.

Todos los tomos de esta colección constan de 250 a 300 páginas, y están elegantemente encuadernados.

N.° 1.—Emilio Carrère: LA VOZ DE LA CONSEJA (selección de las mejores novelas breves y cuentos de los más esclarecidos literatos). Firmas del volumen 1.°: Galdós, Benavente, Unamuno, Condesa de Pardo Bazán, Baroja, Dicenta, Ricardo León, Rubén Darío, Répide, Nogales, Palacio Valdés, Arturo Reyes y Pedro Mata 2,25
N.° 2.—Francisco Villaespesa: JUDITH (tragedia). 2,25
N.° 3.—Carmen de Burgos (Colombine): CONFESIONES DE ARTISTAS (interviús con celebridades contemporáneas). (Tomo 1.°: Actrices españolas) 2,25
N.° 4.—Id.: (Id. 2.°: Artistas extranjeras) 2,25
N.° 5.—Francisco Villaespesa: ANDALUCIA (cantares y poesías) 2,25
N.° 6.—Carmen de Burgos (Colombine): MIS VIAJES POR EUROPA. (Tomo 1.°: Suiza, Dinamarca, Suecia y Noruega) 2,25
N.° 7.—Id.: MIS VIAJES POR EUROPA (Tomo 2.°: Alemania, Inglaterra y Portugal) 2,25
N.° 8.—Emilio Carrère: LA VOZ DE LA CONSEJA (selección de las mejores novelas breves y cuentos de los más esclarecidos literatos). Firmas del volumen 2.°: Bernardo Morales San Martín, Diego San José, Concha Espina, W. Fernández-Flórez, J. Ortega Munilla, V. Blasco Ibáñez,

	Ptas.
Prévost: MANON LESCAUT...	1,50
Chatrián: LA SEÑORA TERESA (novela)...	1,50
Fray Luis de León: LA PERFECTA CASADA...	1,50
Shakespeare: HAMLET...	1,50
Sta. Teresa de Jesús: OBRAS.	1,50
Lope de Vega: NOVELAS...	1,50
Quevedo: OBRAS ESCOGIDAS.	1,50
Schiller: LOS BANDIDOS...	1,50
Zorrilla: OBRAS ESCOGIDAS..	1,50
Perrault: CUENTOS...	1,50
Campoamor: POESIAS ESCOGIDAS...	1,50
Espronceda: EL DIABLO MUNDO...	1,50
Foé: AVENTURAS DE ROBINSÓN CRUSOE (tomos 1.° y 2.°)...	1,50
Dante: LA VIDA NUEVA.—Tasso: AMINTA.—Petrarca: VERSOS...	1,50
Chateaubriand: VIAJES...	1,50
J. J. Rousseau: EL PACTO SOCIAL...	1,50
Séneca: TRAGEDIAS...	1,50
Marco Polo: VIAJES...	1,50
Fray Luis de Granada: SERMONES...	1,50
Lamartine: VIDA DE CRISTÓBAL COLÓN...	1,50
Lord Byron: POEMAS...	1,50
Cristóbal Colón: CARTAS Y TESTAMENTO...	1,50
Voltaire: CANDIDO O EL OPTIMISMO (novela)...	1,50
Nicolás Gogol: EL COSACO TARASS BOULBA (novela rusa)	1,50
Mesonero Romanos: EL CURIOSO PARLANTE (Escenas matritenses (1832-1836)..	1,50
Id.: IDEM ID. (1836-1842)...	1,50
Herculano: ARRAS. POR FUERO DE ESPAÑA (novela histórica)...	1,50
Iriarte y Samaniego: FABULAS	1,50
LOS VIAJES DE GULLIVER (tomos 1.° y 2.°)...	1,50
PENSAMIENTOS Y FRASES CELEBRES DE GRANDES HOMBRES...	1,50
ANTOLOGIA DE POETAS GRIEGOS...	1,50
ANTOLOGIA DE ALOCUCIONES MILITARES...	1,50
ANTOLOGIA DE LITERATURA CHINA...	1,50

BIBLIOTECA MORO

CHARLAS INFANTILES, POR DON CRÍSPULO MORO CABEZA

Los libros más amenos e instructivos para los niños, prologados por el Excmo. Sr. D. José Francos Rodríguez, ex ministro de Instrucción pública; por D. Ramón Méndez Gaite, presbítero y publicista, y otras personalidades.—Ilustraciones de diferentes artistas.

PUBLICADOS:

PINTIPOLIN, su infancia (primera época)...	1,75
PINTIPOLIN, su juventud (segunda época)...	1,75

EN PRENSA:

PINTIPOLIN, su vejez (tercera época)...	1,75

EN PREPARACIÓN:

LA HIJA DE PINTIPOLIN.
CUENTOS DE PINTIPOLIN.

VARIAS

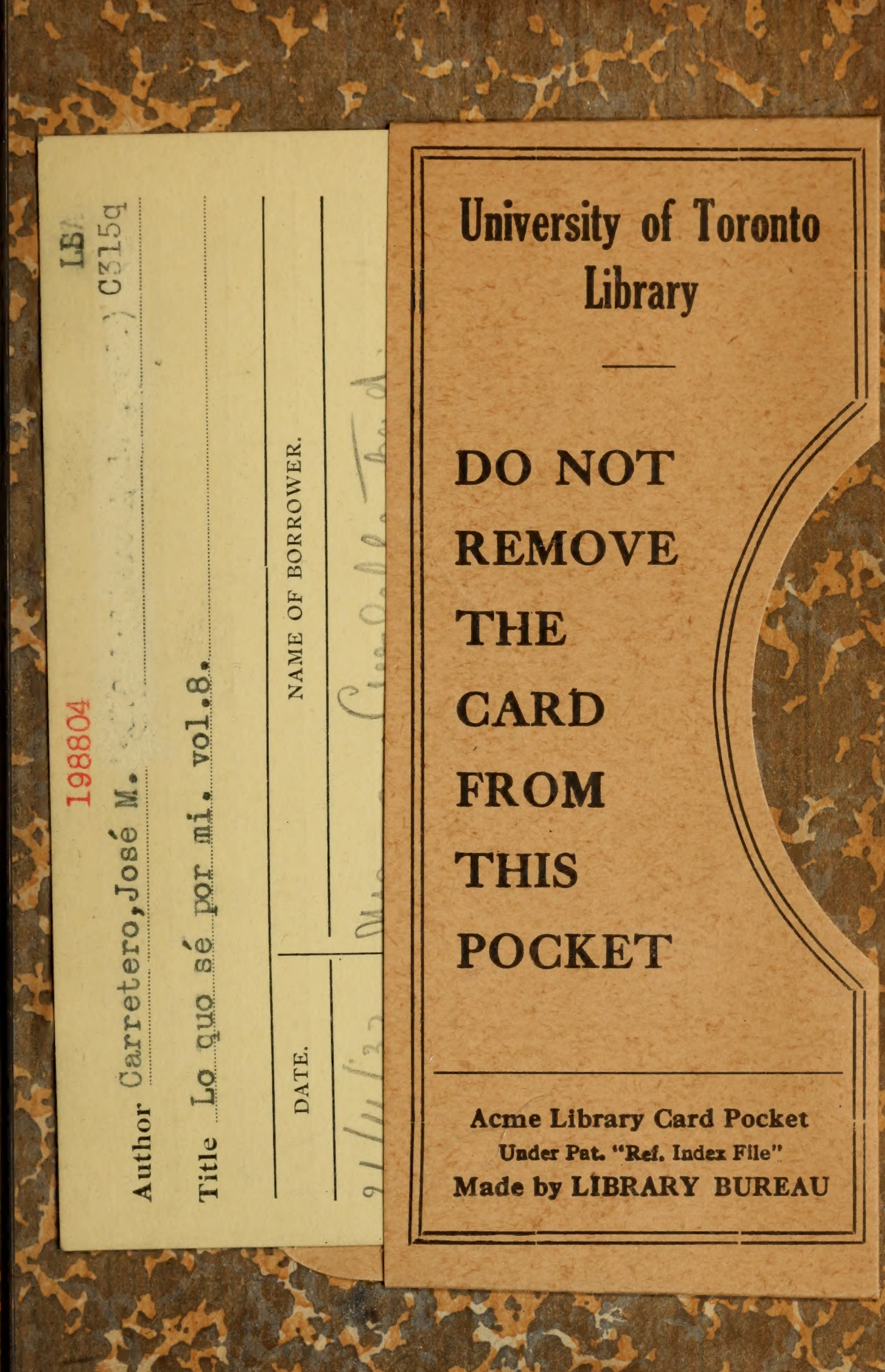
Max Nordau: BIOLOGIA DE LA ETICA...	5,00
Julián Sanz Martínez: RINCONES DE LA ESPAÑA VIEJA (Santander). Cuevas prehistóricas, monumentos, palacios señoriales, casas solariegas, castillos, arte antiguo, etc...	3,00
Martín Rodríguez Merlo: ELABORACION DE VINOS TIPO VALDEPEÑAS (un volumen en 8.° de 302 páginas)...	4,00
Carlos Barés: (Catedrático de la Escuela Superior de Comercio de Madrid): RUDIMENTOS DE FISICA Y QUIMICA (388 páginas, 4.° mayor; contiene 427 grabados)	10,00

Pida usted a su librero obras de la Casa SANZ CALLEJA, las de mejores firmas y las más espléndidamente presentadas hasta el día.

TODAS NUESTRAS PUBLICACIONES SE HALLAN DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA Y EN LOS KIOSCOS DE LAS ESTACIONES

-:- Casa Editorial **V. H. Sanz Calleja** Casa Central: Montera, 31.—Talleres: Ronda de Atocha, 23-MADRID




University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU
Author Carretero, José M.
Title Lo quo sé por mi. vol.8.
DATE.
NAME OF BORROWER.

